

LA
HISTORIA
REAL QUE INSPIRÓ
LA PELÍCULA

SUMÉRGETE
EN EL ODIO

**INFILTRADO
EN EL KKKLAN**

Ron Stallworth

INFILTRADO EN EL KKKLAN

RON STALLWORTH

INFILTRADO EN EL KKKLAN

Ron Stallworth

Traducción de
Ernesto Estrella y Carlos Estrella

Capitán Swing®

Título original: Black Klansman: Race, Hate, and the Undercover
Investigation of a Lifetime (2018)

© Del libro: Ron Stallworth

© De la traducción: Ernesto Estrella & Carlos Estrella
Edición en ebook: diciembre de 2018

© Capitán Swing Libros, S. L.
c/ Rafael Finat 58, 2º 4 – 28044 Madrid
Tlf: (+34) 630 022 531
28044 Madrid (España)
contacto@capitanswing.com
www.capitanswing.com

ISBN: 978-84-949693-3-1

Diseño gráfico: Filo Estudio - www.filoestudio.com

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra Ortiz

Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL AUTOR

Si un hombre negro, ayudado por un grupo de blancos y judíos decentes, comprometidos, abiertos y liberales puede conseguir imponerse sobre un grupo de racistas blancos, haciéndoles parecer como los necios ignorantes que realmente son, imaginen lo que podría conseguir una nación de individuos con ideas afines. Lo que sigue se logró a pesar de las habituales afirmaciones de los supremacistas de que ellos tienen un alto nivel educativo, poseen más inteligencia y son muy superiores en todo a los negros, a los judíos y a cualquier otra persona que ellos consideren inferior. Mi investigación sobre el KKK me convenció de que más pronto que tarde *conseguiríamos derrotar* a aquellos que intentaban definir a las minorías en función de sus propias debilidades personales respecto de la raza, de sus prejuicios étnicos, su fanatismo o preferencia religiosa. También supe que desmontaríamos la falsa creencia de que la gente de color que no encajara en su definición de «blancos arios puros» no era merecedora de respeto o, mucho menos, de ser clasificada como «personas».

**INFILTRADO
EN EL KKKLAN**

*Para mi mujer,
Patsy Terrazas-Stallworth,
y el señor Elroy Bode.*

01

UNA LLAMADA DEL KLAN

Todo empezó en octubre de 1978. Como detective de la Unidad de Inteligencia del Departamento de Policía de Colorado Springs (el primer detective negro en toda la historia del departamento), una de mis tareas era revisar los dos periódicos locales en busca de información relativa a cualquier indicio de actividad subversiva que pudiera afectar al bienestar y la seguridad de Colorado Springs. Sorprende lo que la gente saca en los periódicos: prostitución, fórmulas para ganar dinero y, en general, ese tipo de cosas. Pero, de vez en cuando, sí que hay algo que llama realmente la atención. Mientras estaba revisando los anuncios clasificados, algo hizo que me detuviera. Decía así:

Ku Klux Klan
Contactar apartado de correos 4771
Security, Colorado
80230

Bueno, ahí teníamos algo inusual.

La ciudad de Security era un área de expansión urbana situada al sureste de Colorado Springs, en las proximidades de dos importantes bases militares: Fort Carson y Norad (Mando Norteamericano de Defensa Aeroespacial). La comunidad era predominantemente militar y, hasta el momento, no existía actividad conocida del Klan en esa zona.

Así que decidí responder al anuncio.

Escribí una breve nota para enviarla al apartado de correos que indicaban, explicando que era un hombre blanco al que le interesaba obtener información sobre el modo de afiliarse al Ku Klux Klan para impulsar la causa de la raza blanca. Escribí que me preocupaba el modo en que «los negratos estaban controlando todo»^[1] y quería ayudar a que eso cambiara. Firmé con mi propio nombre, Ron Stallworth, y di mi número de teléfono confidencial, que pertenecía a una línea que no figuraba en la guía de teléfonos ni podía rastrearse. También utilicé mi dirección encubierta, que tampoco podía rastrearse. Metí la nota en un sobre y lo eché al buzón de correos.

¿Por qué decidí firmar con mi nombre real aquella nota que habría de poner en funcionamiento una de las investigaciones más fascinantes y únicas de toda mi carrera? Como todos los investigadores secretos, yo mantenía dos identidades confidenciales separadas, con su identificación de apoyo correspondiente (carné de conducir, tarjetas de crédito, etc.). Entonces, ¿por qué tuve esa falta de juicio y cometí un error tan tonto?

La respuesta más sencilla es que cuando eché al correo aquella nota no estaba pensando en una futura investigación. Buscaba una respuesta, esperando que viniera en forma de, por ejemplo, algún tipo de panfleto o folleto del Klan. Jamás pensé que mis esfuerzos lograrían algo más que una respuesta automática y banal. Estaba convencido de que la descarada publicación de un anuncio tan inflamatorio y racista no era otra cosa que el intento de una mala broma, y mi intención al responder era simplemente comprobar hasta dónde eran capaces de llevar aquella broma.

Dos semanas más tarde, el 1 de noviembre de 1978, la línea de mi teléfono confidencial comenzó a sonar. Cogí el aparato y escuché una voz que me dijo:

—¿Podría hablar con Ron Stallworth?

—Soy yo —le contesté.

—Buenas, mi nombre es Ken O'dell y soy el responsable de organización local del capítulo del Ku Klux Klan de Colorado Springs. Recibí su nota a través del correo.

«¿Qué demonios hago ahora?», pensé.

—Buenas —dije, tratando de ganar tiempo mientras cogía un lápiz y un cuaderno.

—He leído lo que nos escribió y me estaba preguntando por qué quiere unirse a nuestra causa.

«¿Por qué quiero unirme al Klan?».

Definitivamente, era una pregunta que jamás pensé que alguien me plantearía y mi primer impulso fue responder: «Bueno, Ken, quiero sacarte la mayor cantidad de información posible, de modo que pueda destruir el Klan y todo lo que representa». Pero no lo hice. Respiré profundamente y pensé en lo que alguien que realmente quisiera unirse al Klan diría en ese momento.

Sabía bien —pues me habían llamado «negrata» muchas veces en mi vida, desde pequeñas escaramuzas que se elevaban a una retórica insultante, hasta, en el trabajo, cuando multaba a alguien o hacía un arresto— que en el momento en que un blanco me hablaba así, la dinámica cambiaba por completo. Al llamarme «negrata», me hacía saber que pensaba que era intrínsecamente mejor que yo. Esa palabra era un modo de invocar un poder del todo falso. Es el lenguaje del odio, y ahora, teniendo que aparentar ser un supremacista blanco, sabía exactamente cómo utilizar yo mismo ese tipo de lenguaje en sentido contrario.

—Bueno, odio a los negratos, a los judíos, a los mexicanos, a los sudacas, a los amarillos[2] y a cualquier otra persona que no tenga sangre blanca, aria y pura, en sus venas —afirmé, y, con esas palabras, comprendí que mi investigación encubierta había comenzado.

Continúe diciéndole:

—Mi hermana tuvo recientemente una relación con un negrata, y cada vez que pienso en él poniendo sus sucias manos negras sobre su cuerpo blanco y puro me pongo enfermo y me dan ganas de vomitar. Quiero unirme al Klan para evitar que la raza blanca siga sufriendo abusos.

A partir de ese momento, Ken pasó a mostrarse más afectuoso, su voz pasó a ser más cálida, más dulce y amigable. Me dijo que era un soldado de Fort Carson y que vivía en Security con su mujer.

—¿Y cuáles son los planes concretos del Klan aquí? —le pregunté.

—Tenemos muchísimos proyectos. Ahora que se acercan las vacaciones de Navidad, estamos planeando unas *Navidades blancas* para las familias blancas necesitadas. A los negratos no se les permitirá apuntarse —respondió Ken.

Estaban recolectando donaciones a través del apartado de correos, y La

Organización (ese era el nombre que utilizaba en lugar del de Klan) mantenía una cuenta en un banco de Security bajo el nombre de White People, Org.

—Estamos planeando también cuatro quemas de cruces, para anunciar nuestra presencia aquí. Todavía no sabemos cuándo, pero eso es lo que queremos hacer.

Detuve la pluma sobre mis notas cuando escuché esto último. ¿Cuatro quemas de cruces aquí, en Colorado Springs? Lisa y llanamente, terrorismo.

Ken continuó explicándome que afiliarme a La Organización me costaría diez dólares para lo que quedaba del año, y un total de treinta dólares por el siguiente año; también tendría que comprar mi propia capucha y la túnica.

—¿Cuándo podemos encontrarnos? —me preguntó.

«Mierda, ¿cómo hago para encontrarme con este tipo?», pensé.

—Esta semana no voy a poder —le contesté.

—¿Qué te parece si nos vemos el jueves que viene por la noche? ¿El Kwik Inn? ¿Lo conoces?

—Sí —respondí.

—A las siete. Allí estará un chico blanco, alto, delgado, con pinta de *hippie*, con bigote a lo Fu Manchú; estará fuera, fumando un cigarrillo. Él será quien se encuentre contigo. Luego, si vemos que todo está bien, él te traerá a donde yo esté —dijo Ken.

—De acuerdo —dije mientras escribía frenéticamente en mi cuaderno.

—¿Cómo te reconoceremos? —me preguntó Ken.

Esa misma pregunta venía haciéndome yo desde el momento en que cogí el teléfono.

¿Cómo haría yo, un policía negro, para infiltrarme en un grupo de supremacistas blancos? Pensé inmediatamente en Chuck, un agente encubierto de Narcóticos con el que ya había trabajado y que tenía aproximadamente mi misma altura y complexión.

—Mido un metro ochenta y peso unos ochenta kilos. Tengo cabello oscuro y barba —le dije.

—Entonces, muy bien. Ha sido un placer hablar contigo, Ron. Eres el tipo de persona que estamos buscando y estaré encantado de conocerte.

Y con eso, la línea se cortó. Respiré profundamente y pensé: «¿Qué cojones voy a hacer ahora?».

02

JACKIE ROBINSON Y LOS PANTERAS NEGRAS

Bueno, lo que tenía que hacer era comenzar una investigación secreta dentro del Klan para conocer sus planes de enraizarse y crecer en mi pueblo. Llevaba cuatro años trabajando como agente encubierto de investigaciones y había estado ya al cargo de un buen número de casos. Pero este iba a ser diferente, por decirlo suavemente.

No había crecido, desde niño, con la idea de ser policía. En realidad, siempre había querido ser profesor de instituto, y la manera que encontré para ir a la universidad fue enrolarme como cadete del Departamento de Policía de Colorado Springs.

A los diecinueve años, el 13 de noviembre de 1972, la ciudad de Colorado Springs me reclutó como cadete de policía. El programa para cadetes estaba diseñado para graduados de instituto de entre diecisiete y diecinueve años interesados en desarrollar su carrera en las fuerzas de la ley. Los solicitantes tenían que realizar la misma batería de test que los candidatos normales a policía, y tenían que aprobarlos con las mismas puntuaciones que ellos, pues, en definitiva, eran oficiales en periodo de entrenamiento. Una vez que te aceptaban en el programa, cada joven solicitante recibía un salario de 5,25 dólares la hora, lo que estaba muy por encima del salario mínimo, que entonces era de 1,60 dólares. Entre las tareas que debíamos realizar, estaba asistir a la Academia de Policía, además de realizar una serie de funciones de apoyo civil dentro del departamento, como procesar registros de antecedentes criminales o hacer cumplir las normas de aparcamiento.

El programa de cadetes había sido una parte del departamento de policía desde aproximadamente cuatro años antes de que yo me incorporara. Su

objetivo más específico era intentar que aumentase el reclutamiento entre las minorías (especialmente entre los negros) en las filas de las fuerzas de la ley. Desde esta perspectiva, el programa había sido un fracaso, ya que hasta el momento de mi incorporación nunca se había empleado a ningún otro negro. Se había reclutado a un puertorriqueño y a dos mexicanos, pero el resto de los contratados a través del programa eran blancos.

Aún recuerdo con claridad mi entrevista de trabajo. Me senté en una mesa enfrente del jefe adjunto de policía (un hombre blanco) a cargo del personal, del capitán de la División de Patrullas Uniformadas (otro hombre blanco) y de James Woods, el responsable de personal de la ciudad de Colorado Springs (un hombre negro y empleado civil).

El señor Woods mostró un especial interés en mi caso. Era un hombre de personalidad afable y sonrisa fácil, lo que ocultaba el fuego interior que le llevaba a provocar cambios dentro de un sistema que, bien lo sabía, era intrínsecamente sesgado y lleno de prejuicios en contra de los negros. Tenía una pasión: arreglar este problema sistémico; así que pasó a detallar, de forma vehemente, los obstáculos a los que me iba a enfrentar.

—Te habrás dado cuenta de que no hay negros en este departamento. Esto es blanco como la azucena. Te va a costar mucho y vas a tener que luchar mucho para conseguir triunfar. Esta gente no está acostumbrada a tratar con negros si no es para arrestarlos. ¿Tendrías problemas para moverte dentro de un ámbito completamente blanco?

—No. Ya me he sentido denigrado en otras ocasiones. Puedo manejarlo.

—¿Sabes quién es Jackie Robinson?[3] —me preguntó.

—Sí.

—Bueno, lo que le permitió a Jackie tener éxito fue su decisión de no responder a las provocaciones. Él respondía al racismo con silencio. ¿Crees que puedes hacer algo similar?

—Sí, podré.

Manteniendo mi barbilla bien alta, miré fijamente a los ojos de Woods al decir esto. Yo sabía bien quién era, conocía mi carácter, y sabía qué se siente cuando te insultan, cuando te miran con sospecha o incluso con odio. No soy el tipo de persona que se queda callada cuando alguien se le echa encima. Pero estaba seguro de que sabría elegir bien qué momentos eran los adecuados para dar la batalla.

Me hicieron una serie de preguntas relacionadas con el periodo de mi vida que pasé, de niño, en la frontera mexicana, en la ciudad de El Paso (Texas). Les interesaba especialmente saber cómo había sido, para un joven negro, vivir en un estado del sur durante los momentos álgidos del movimiento por los derechos civiles de los años sesenta. En aquel periodo que me tocó vivir y en el que crecí como persona negra, El Paso era una ciudad sureña muy liberal. No sufrimos el exceso de retórica y de violencia que se vivía en el sur profundo contra el movimiento de los derechos civiles. Lo que teníamos allí era básicamente lo que podíamos ver en el telediario de la noche. En este sentido, el movimiento de los derechos civiles no era precisamente algo que estuviera sucediendo en el patio trasero de mi casa. Se trataba, más bien, de un programa de televisión. Mi propia vida sucedía en un contexto multicultural, entre mexicanos, negros y blancos. Había una fuerte presencia militar que también era muy diversa. Era como un pequeño rincón del país, lo cual no quería decir que estuviera inmune a la intolerancia racial. Yo nací en Chicago, y la decisión de mi madre de mudarnos a El Paso fue la mejor que podría haber tomado jamás, pues nuestra nueva ciudad estaba muy lejos de los niveles de pobreza, conflicto y bandas de la parte sur de Chicago, donde me habría hecho mayor si ella no hubiera decidido que nos mudáramos. Toda mi vida habría sido completamente diferente.

La entrevista continuó, y Woods dejó que los demás comenzaran a acribillarme con sus preguntas. Me preguntaron sobre aspectos de mi vida personal. ¿Era un mujeriego? No lo era. ¿Solía frecuentar los clubs nocturnos? No era precisamente muy activo en ese ámbito. ¿Bebía en exceso? Rara vez. ¿Me drogaba? Solo medicamentos prescritos por un médico. Jamás había consumido drogas ilegales como la marihuana, lo cual para alguien de mi edad y durante ese periodo cultural era del todo inaudito, así que me costó mucho convencerlos de mi respuesta. ¿Había estado implicado en algo que podría deshonorar al departamento? Pues no.

Según avanzaba la entrevista, las preguntas iban cada vez más dirigidas a incluir el uso de la palabra peyorativa «negrata» y a la forma en que yo respondería ante diversos escenarios donde podría utilizarse para referirse a mí por el personal del departamento o por los ciudadanos mientras estaba de servicio como oficial de policía.

¿Sería capaz de morderme la lengua y reprimir mi deseo de arremeter

contra aquellos que se pasaran de la raya en estas cuestiones? ¿Qué tenía que decir sobre mi lealtad hacia el departamento? Siendo el único negro del departamento, desde el momento en que la comunidad negra supiera que trabajaba para la policía, sufriría muy probablemente presiones encaminadas a comprometerme, apelando a mi sentido de «comunidad» con mis «hermanos negros». ¿Sería capaz —me preguntaron los entrevistadores— de resistir esa presión?

En retrospectiva, y a la luz de las normas legales que, a día de hoy, rigen en las entrevistas de trabajo, este tipo de preguntas son racistas. Pero estábamos en 1972 y apenas habían transcurrido tres años desde un tiempo en el que las grandes ciudades estadounidenses se habían visto envueltas en llamas como resultado de las revueltas raciales relacionadas con el tema de los derechos civiles y la igualdad para los ciudadanos negros norteamericanos. Aunque era ya una especie en extinción, el partido de los Panteras Negras, y sus consignas de fuerte tono racial («Poder negro», «Matemos blanquitos», «Ha llegado la revolución, hay que empuñar el cañón»), mantenían aún su fuerza e impacto social. Para un departamento que había sido «blanco como la azucena» durante gran parte de su historia y que no había tenido experiencia con la población negra salvo en un contexto extremadamente negativo, este tipo de preguntas, desde su punto de vista, eran algo natural y necesario.

En varias ocasiones, me preguntaron si sería capaz de soportar el escrutinio continuo al que me iba a ver expuesto, si finalmente me contrataban, durante el primer año de prueba que tendría que cumplir. Querían saber si no pondría en peligro mi trabajo para vengarme de aquellos que me estaban atormentando.

Una y otra vez y de distintas maneras me preguntaron si sería capaz de responder del mismo modo en el que Jackie Robinson había respondido. Jackie no devolvía los golpes a quienes le provocaban con insultos raciales y violencia física durante su primer año en las Grandes Ligas. Así, me preguntaban: ¿sería capaz de dar ejemplo y probar que un hombre negro estaba tan capacitado para llevar el uniforme del Departamento de Policía de Colorado Springs como un hombre blanco y que un hombre de color merecía caminar entre los blancos como su igual?

Mis respuestas a esas preguntas fueron afirmativas. Sí, sería capaz de

realizar todo aquello que mi trabajo requería, y, además, sería un honor llevarlo a cabo.

Lo que no les conté es que cuando era niño, en los años sesenta, teníamos literalmente que pelear para que nos respetaran. Mi madre me había enseñado a hacer exactamente lo contrario de lo que el Departamento de Policía de Colorado Springs me pedía ahora. Mi madre me decía que si alguien me llamaba negrata, «le partiera la boca» para enseñarle a dirigirse a nosotros de un modo apropiado.

De niño, me metí en tres peleas con otros niños que me habían llamado negrata. Todas esas peleas tuvieron como consecuencia problemas en el colegio, con lo que tuve que contárselo a mi madre. No se enfadó conmigo, todo lo contrario, pero me preguntó: «¿Les diste una buena paliza?». Siempre le decía que sí, a pesar de que en dos de esas ocasiones le estaba mintiendo. Era a mí a quien le habían dado la paliza en esos casos, pero ninguno de aquellos niños volvió a atreverse a llamarme negrata.

Imagino que las respuestas a sus preguntas debieron ser satisfactorias, pues el 13 de noviembre de 1972 juré mi puesto como cadete. Mi primera misión fue el trabajo nada excitante de hacer el turno de noche en la Oficina de Identificación y Registros, rellenando formularios y navegando entre montañas de papeleo. Pero primero debía recibir mi uniforme.

Mi uniforme de cadete consistía en unos pantalones marrón oscuro y una camisa marrón claro. Eso era todo. El uniforme de policía eran unos pantalones azul oscuro y una camisa azul vivo. Ambas camisas llevaban el símbolo de Colorado Springs y, lo más importante, estábamos obligados a llevar una gorra de policía.

Me presenté ante el teniente encargado de equipamientos y suministros, que era el responsable de entregar el uniforme y equipo al personal recién incorporado.

En aquella época yo llevaba el pelo a lo afro, y el departamento no tenía experiencia alguna en tratar con personas con este estilo de pelo. El teniente midió el tamaño de mi cabeza, pero no tuvo en cuenta la gran cantidad de pelo que había por arriba y a los lados. Deliberadamente, apretó tan fuerte como pudo la cinta de medir alrededor de mi cráneo, lo que le dio una talla de gorra inadecuada, talla y media menor que la que me correspondía. Cuando me la dio y me la probé, le dije que me quedaba pequeña y me la puse para

demostrárselo. Se quedaba literalmente plantada en lo alto de mi afro. Era imposible ajustármela. Parecía uno de esos monos de los dibujos animados que llevan sombreros minúsculos, entretienen al público y le piden dinero mientras el organista toca.

—Puedes usar esa gorra o cortarte el pelo —me dijo, y se echó a reír.

Decidí ignorar su mordaz arrogancia y quedarme con la gorra sin mayor discusión.

La política del departamento estipulaba que cada vez que alguien del cuerpo abandonara el edificio, él o ella estaba obligado a llevar puesta la gorra. A partir del día siguiente, empecé a salir del departamento de policía a mediodía para recorrer las calles del centro en busca de algún lugar donde almorzar. Me calzaba aquella minúscula gorra sobre mi cabeza con el pelo afro y caminaba, orgulloso y con la cabeza bien alta, por las calles de la ciudad con mi uniforme de cadete. Parecía un maldito payaso, y respondía con una inclinación de mi gorra y un «¿Cómo está usted?» a las miradas extrañadas de aquella gente que me observaba señalándome con el dedo.

Esto continuó durante un mes aproximadamente, hasta que un día el jefe de policía me vio regresar tras la hora del almuerzo.

—¿Por qué llevas la gorra así? —me preguntó.

—El teniente se negó a darme una ajustada a la talla de mi cabeza y a mi corte de pelo —respondí.

El jefe me ordenó comunicarle al teniente que debía proporcionarme inmediatamente una gorra de mi talla y que esta era una «orden directa». Le transmití el mensaje al teniente con una sonrisa de oreja a oreja. Ni el mensaje ni el placer evidente que mostré al comunicarlo le sentaron demasiado bien. Me preguntó qué talla de gorra necesitaba. Le contesté que no la sabía. Se marchó enfadado, regresó con dos gorras más grandes y finalmente escogí la que mejor encajaba en mi cabeza con el pelo afro. Le había ganado en su propio juego. Creo que Jackie Robinson habría estado orgulloso.

Hubo otro incidente de mis tiempos de cadete que se me quedó grabado y que, aún hoy, me duele recordar. Sucedió durante un turno de noche en el Departamento de Registros. John, un técnico de identificaciones blanco y anciano, estaba de un humor particularmente jovial y juguetón aquel día. Fantaseábamos sobre nuestras famosas favoritas. Él me describió su cita ideal

y yo hice lo propio. Seguimos así un rato, y yo mencioné a un par de mujeres blancas que resultaron de su agrado. Entonces empecé a hablar de la multitalentosa, voluptuosa y sensual Lola Falana, quien por entonces era una de las estrellas más populares de Las Vegas. John reconoció su nombre y, de repente, desapareció de su cara la sonrisa que había mostrado mientras bromeábamos. Su respuesta me dejó atónito, ya que dijo que no podía considerar «bella» a la señorita Falana porque no sabía qué se consideraba bello en una mujer «de color». Aun después de tantos años, todavía recuerdo nítidamente lo que John dijo a continuación: «No sé cómo definís *vosotros* la belleza femenina». Lo dijo como de pasada, aparentemente sin malicia. Afirmó que nunca había mirado a una mujer de color en términos de atractivo físico y que, por ello, el que yo describiera a Lola Falana como «bella» le resultaba totalmente incomprensible.

Me quedé estupefacto, por decirlo suavemente. Aquel agradable anciano me había abofeteado, sin intención ni conciencia, con sus palabras. Según el modo inocente en que veía el mundo a mis diecinueve años, una mujer atractiva era..., bueno, una mujer atractiva, independientemente de su color de piel. Si tenía ojos grandes y seductores, curvas y un aire sensual —como la señorita Falana— no importaba que fuera blanca, negra o de cualquier color del arcoíris. Mi relación con John, un hombre de cuya compañía disfrutaba a diario en el trabajo, nunca volvió a ser la misma.

Fue mientras trabajaba en la Oficina de Registros cuando conocí a Arthur, al sargento Jim y a los demás miembros de la Unidad de Narcóticos. Chuck, el hombre que sería mi doble durante nuestra investigación del Klan, aún no se había unido al departamento de policía. La oficina de Narcóticos estaba situada en el sótano del departamento, y a menudo subían a la Oficina de Registros, en el primer piso, para solicitar el historial criminal de los sospechosos que estaban investigando.

Desde el principio, me sentí intrigado y fascinado por los desastrados y melenudos «*hippies*», como los llamaba respetuosamente la gente del departamento. Me habían informado de que «jamás» debía dar muestras en público de conocer su identidad, a menos que se dirigieran a mí, pues podrían estar realizando un trabajo como agentes encubiertos, y ese reconocimiento podría comprometer su investigación y poner en peligro sus vidas.

Parecían los malos de la película, con su pelo largo, sus barbas y sus

desaliñadas ropas callejeras, pero en realidad eran de los buenos, estaban armados y trabajaban duro para hacer cumplir la ley. Yo quería ser como ellos.

Como mínimo, tendría que esperar cuatro años antes de tener la más remota posibilidad de que me pudieran ofrecer un puesto de detective en la Unidad de Narcóticos, y eso solo en caso de que hubiera una vacante. Además, habría otro gran obstáculo en mi camino: en toda la historia del Departamento de Policía de Colorado Springs, nunca hubo un detective negro.

Después de un tiempo, los detectives de Narcóticos se habían acostumbrado a verme en la Oficina de Registros, así que empecé a tener conversaciones con ellos —especialmente con Arthur— sobre la actividad habitual de un policía encubierto. Cada vez que venían a mi mesa para solicitar un historial criminal, les acribillaba a preguntas. Les preguntaba por el lenguaje de la calle, el argot de las drogas y el rango de precios y categorías de peso de cada droga. Quería saber cómo debía actuar en una situación real en caso de escuchar algo fuera de lo común. Si oía una referencia a las drogas en alguna película, más tarde iba a preguntarles si realmente era así en la práctica. En un breve periodo de tiempo, me había convertido para ellos en un plasta, pero, con ello, también había conseguido algo mucho más tangible e importante: que el grupo de veteranos de la unidad se percatara de mi existencia.

De todos modos, en realidad, el haber logrado la atención de la Unidad de Narcóticos pese a mi juventud, persistencia y preguntas entusiastas sobre su trabajo no era suficiente. El más importante de los veteranos, cuyo favor me tenía que ganar, era Arthur, quien, por entonces, era sargento y jefe de la Unidad de Narcóticos, y a quien veía como mi Moisés particular, quien tenía en sus manos mi entrada a la «tierra prometida».

Asaltaba a los investigadores de Narcóticos con preguntas acerca de los aspectos rutinarios de su trabajo. También a Arthur le caía de vez en cuando alguna de esas preguntas, que siempre remataba al grito de «¡Hazme de Narcóticos!» cada vez que le veía. Su respuesta era siempre la misma: bien una sonrisa, bien una risotada, mientras negaba con la cabeza antes de volver a ocuparse de sus asuntos.

Además de incordiar a los de Narcóticos, comenzaba a enamorarme de mi

trabajo de cadete, pese a lo monótono que resultaba, y mis sueños de convertirme en profesor de secundaria se esfumaron de mi mente. Me encantaba ponerme el uniforme cada día. Me encantaba el sentimiento de formar parte de un equipo. Me encantaba el trato diario con la gente, a pesar de que el sentimiento no fuera recíproco cuando se trataba de ponerles una multa. Incluso me encantaba rellenar impresos y buscar fichas para otros detectives. Era un ambiente muy diferente a todo lo que había conocido hasta el momento, en el que yo mismo era una parte visible de la ciudad, y donde tuve que aprender el arte de tratar con gentes de todo origen y condición. Habilidades sociales, digamos. Una cosa es ser un adolescente que trabaja en un restaurante de comida rápida y otra muy distinta tener responsabilidades que pueden afectar a la vida de la gente. Me hizo crecer a marchas forzadas.

Cuando trabajaba como guardia de tráfico, la gente solía cabrearse conmigo, me insultaba y me maldecía. Tuve que aprender a defender mi territorio. Para ser honesto, quizá me dolía más el que alguien me atacara diciéndome que no era un policía de verdad cuando le ponía una multa, de lo que me afectaría si su ira hacia mí acabara siendo racial. Fue en esta época cuando maduré. Aprendí lo que significa ser, a la vez, un hombre y un policía.

El 18 de junio de 1974, el día en que cumplía veintiún años, hice el juramento para convertirme en oficial de policía de la ciudad de Colorado Springs. Fui el primer negro en graduarse dentro del programa de cadetes. Decir que me sentí bien sería decir poco. Había logrado hacer historia en Colorado Springs y estaba seguro de que lo que tenía por delante iba a ser tan apasionante como enriquecedor.

Pero la ceremonia no transcurrió sin incidentes. Desde el principio supe que, en el fondo, yo era un rebelde. En la ceremonia de juramento, el otro graduado del programa, Ralph Sánchez, se presentó frente al alcalde de Colorado Springs con traje y corbata impolutos, camisa negra recién estrenada y zapatos relucientes. Yo, por mi parte, vestía unos chinos cuidadosamente planchados (llevaba planchando mi ropa —y almidonándola bien— desde que estaba en el colegio), un jersey oscuro y una chaqueta ligera de otoño. No me gustaban los trajes ni las corbatas, nunca me han gustado, y nadie me había dicho que debía llevarlos para la ceremonia. Las únicas instrucciones que me habían dado para la ceremonia era que debía

tener buen aspecto, y según mi criterio, así era. Además, consideraba que ya había superado todas las pruebas y era parte del Departamento de Policía de Colorado Springs. No tenía necesidad alguna de impresionar con traje y corbata al alcalde de la ciudad ni a ninguno de los demás presentes en la ceremonia. Junto con el alcalde, el resto de los asistentes se completaba con los tres miembros del tribunal que me habían entrevistado. Mi madre trabajaba y no pudo tomarse el día libre para venir a verme.

La temprana disposición de Ralph a adaptarse a las «normas», a las apariencias y expectativas del Departamento de Policía de Colorado Springs marcaría el tono que más adelante definiría los distintos caminos que tomarían nuestras respectivas carreras. Lo que comenzó como una amistad forjada por nuestros mutuos esfuerzos en el camino de convertirnos en oficiales de policía, se había agriado en cuestión de un año, pues Ralph, que era seis meses mayor que yo, se había graduado antes y había ingresado ya en la División de Patrullas de Uniforme, y empezó a comportarse como si fuese mejor que yo. Se consideraba mi superior e insistía en que lo tratase con una deferencia que no me salía natural. Se convirtió en un «patrullero modélico», lo que en el departamento llamábamos un pelota o, más vulgarmente, un lameculos. Se mostraba siempre dispuesto a atender los deseos de todo aquel que pudiera ayudarle a progresar en su carrera. Ralph no se desviaba un ápice del protocolo del departamento, nunca se pasaba de la raya; ni siquiera se acercaba a ella. En su forma limitada de ver las cosas, hacerlo habría supuesto arriesgarse a hacer enfadar a aquellos individuos que, potencialmente, podrían dar un empujón a sus objetivos personales y profesionales y llevarlo al siguiente nivel, con lo que Ralph nunca traspasaba los límites. Esto no le sirvió de nada, ya que no le caía bien a nadie y sus compañeros del departamento lo miraban por encima del hombro. Pero, además, a los seis meses de su aparición estelar con traje y corbata, y de convertirse en oficial del Departamento de Policía de Colorado Springs, Ralph cometió un error imperdonable.

Como patrullero, Ralph disparó y mató a un adolescente, un delincuente común, a plena luz del día. Ralph arguyó que el chico estaba armado y que le había apuntado con una pistola mientras escapaba del lugar donde había cometido un robo. El problema con la versión de Ralph era que, en realidad, el chico no llevaba ningún tipo de arma. Fue solo gracias al magistral juego

de manos retórico del fiscal del distrito del condado de El Paso que Ralph pudo salir indemne del proceso frente al gran jurado. Conservó su puesto como oficial de policía, pero su credibilidad entre los colegas se vio muy afectada después de este incidente. Su actitud de pelota continuaba, pues aún tenía esperanzas de subir en el escalafón del cuerpo, pero los que mandaban siguieron ignorándolo.

A pesar de mi personalidad inconformista y de que, en el fondo, era un rebelde, también era lo bastante listo como para saber que, ante los usos establecidos, era necesario hacer ciertas concesiones en pos de mi beneficio personal. Dicho de otro modo, tenía cuidado de elegir muy bien los momentos en los que enfrentarme al sistema, siempre consciente de hasta dónde podía tensar la cuerda. Nunca me sedujo el atractivo estilizado del uniforme, el protocolo y los demás pertrechos oficiales del cuerpo de policía.

Está mal que yo lo diga, pero me sentaba estupendamente el uniforme. Aun así, la verdad es que no me gustaba llevarlo puesto, y no tenía intención alguna de hacer carrera como patrullero. La visión de los oficiales de Narcóticos viniendo a mi oficina para buscar ayuda fue lo que plantó la semilla de lo que acabaría convirtiéndose en mi trayectoria profesional. Llegar a ser un agente de Narcóticos encubierto, alguien que parecía un ciudadano normal, pero que llevaba placa y pistola y tenía el respaldo de la autoridad de la ley, se convirtió en mi objetivo profesional y mi meta. Desde aquel momento, cada minuto de mi vida estuvo dedicado a hacerlo realidad.

Inmediatamente después de la ceremonia y de haber recibido mi nombramiento oficial, me acerqué a la oficina de Arthur para enseñarle mi flamante certificado de funcionario de la ciudad y mi carné del departamento, que demostraba mi condición de policía, obtenida apenas un par de minutos antes, y repetirle mi molesta cantinela:

—Ahora que soy un policía legal, ¿me meterás en la Oficina de Narcóticos?

Se rio de mi audaz persistencia y me dijo:

—Necesitas al menos dos años con ese uniforme para que se te empiece a considerar apto. Esas son las reglas.

Poco podía imaginar que mi suerte cambiaría mucho antes.

Durante diez meses, me ocupé de las tareas habituales de un patrullero:

poner multas de tráfico, arrestar a borrachos en la vía pública, investigar hurtos, robos y disputas domésticas. No era precisamente lo que estamos acostumbrados a ver en las teleseries policíacas, pero para mí era algo nuevo y emocionante. Y aun así, cada vez que me cruzaba con Arthur lanzaba mi grito de guerra: «¡Hazme de Narcóticos!». Hasta que un día respondió con algo más que una sonrisa y un cabeceo. Ese día, Arthur me preguntó:

—¿Qué te parece la idea de participar en una misión de incógnito para nosotros, Ron?

Como podéis imaginar, no lo dudé un momento:

—¡Claro que sí! —contesté.

—Se trata de Stokely Carmichael, el líder de los Panteras Negras, que va a venir a la ciudad a dar un discurso. Estamos preocupados por el impacto que pueda tener, por lo que pueda decir. Necesitamos a un hombre negro porque creo que nuestros chicos blancos llamarían demasiado la atención.

Stokely Carmichael, quien más tarde tomaría el nombre de Kwame Touré, era el antiguo primer ministro del partido de los Panteras Negras^[4] y una figura icónica dentro del panteón de los derechos civiles, donde también se hallaban Martin Luther King Jr. y Malcolm X. Carmichael pertenecía al SNCC (Comité Coordinador de Estudiantes No Violentos), que organizaba sentadas en el sur frente a negocios regentados por blancos que se negaban a servir a ciudadanos negros. Se suele considerar que fue él quien acuñó, en 1966, el término «Poder negro», el grito de guerra triunfal, orgulloso y revolucionario que sirvió de emblema para el empoderamiento negro. Las protestas actuales relacionadas con el movimiento Black Lives Matters^[5] son descendientes directas del mensaje de Carmichael.

Arthur me explicó que habían contratado a Stokely para que diera una charla en un club llamado Bell's Nightingale. El Nightingale era un local frecuentado por negros, con música en directo, donde se bailaba hasta altas horas de la noche. El club estaba en el centro de la ciudad, en los alrededores de la avenida principal.

En Colorado Springs teníamos dos clubs de negros (el Bell's y el Cotton Club) que habían adquirido cierta notoriedad. El Cotton Club, regentado por Fannie Mae Duncan, era un lugar frecuentado por chulos y putas, así que como oficiales de policía solíamos tenerlo vigilado, particularmente en los días en que los soldados cobraban su nómina. Por su parte, el Bell's no se

encontraba en la zona principal del centro, sino en una calle lateral, por lo que se podría decir que su reputación no era tan mala.

Aunque la charla de Stokely era abierta al público, para asistir era necesario adquirir la entrada, a un precio bastante razonable.

Se suponía que la alta sociedad negra de Colorado Springs, así como sus jóvenes revolucionarios, acudiría en tropel para deleitarse con el aura febril y antiblanca o pronegra de Stokely y llevarse un pedacito de su gloria pasada, de aquellos momentos en que sus palabras hacían temblar los corazones y las mentes de los miembros más distinguidos de la clase política blanca de los Estados Unidos.

El departamento de policía no podía predecir cómo terminaría aquello, y mis superiores estaban tan preocupados que, después de años insistiendo para que me dieran la oportunidad de ser un agente de incógnito, vinieron en mi busca.

Era el momento de demostrarles mi valía profesional, y lo haría frente a uno de los más señalados líderes del movimiento por los derechos civiles, un hombre al que, cuando era joven, había visto muchas veces en las noticias de la noche, lanzando arengas contra el sistema y provocando a las fuerzas de seguridad, aquellas a las que ahora me tocaba representar.

El departamento valoraba que el poder retórico de persuasión de Stokely era aún formidable, y querían que un observador «infiltrado» vigilase su actuación y la respuesta del público. Temían que el impacto de su mensaje despertara el fervor emocional de la comunidad negra y pudiera provocar una respuesta violenta. A pesar de que nadie lo mencionó, yo sabía que Arthur y los jefazos del departamento tenían miedo de que Stokely prendiera fuego a otra ciudad —nuestra ciudad—, como sucedió durante los disturbios de 1967. Mi misión consistía en vigilar su discurso, analizar la respuesta del público e informar sobre los pasos que el departamento debía tomar para prevenir cualquier tipo de problemas.

La noche del discurso me presenté en la oficina de la Unidad de Narcóticos, que estaba en el sótano, vestido con ropas apropiadas para una noche de juerga. Llevaba un traje *sport* y pantalones de campana. Me puse una chaqueta para ocultar mi pistola y una camisa amplia de cuello abierto, al estilo *Fiebre del sábado noche*.

Mientras me colocaban el micro oculto, con un transmisor a través del

cual mis compañeros podrían escuchar lo que se decía donde yo estuviera, varios miembros de la unidad me bombardeaban con distintos escenarios del tipo «qué pasa si». En esto consistió mi curso intensivo para el trabajo de policía encubierto.

Si el sospechoso te ofrece algo de cocaína, ¿cómo podrías/deberías responder?

Respuesta: No la aceptes. Agradéceselo, pero dile que no estás de humor en este momento. Procura no llamar la atención, pero entérate de quién vende. Si podemos hacer una redada después, mejor.

Y si te ofrecen un porro, ¿cómo podrías/deberías responder?

Respuesta: Del mismo modo que con la cocaína.

Y si alguien te apunta con una pistola, ¿cómo podrías/deberías responder?

Respuesta: Esta es un poco más complicada. Lo importante es que, cuando alguien te amenace con una pistola —algo que me ha ocurrido en varias ocasiones—, recuerdes siempre que llevas un micro oculto. Tus compañeros te están escuchando, no estás solo. Empieza a comunicarte con los oficiales. Si puedes, dile a tu asaltante: «Ah, esa pistola con la que me estás apuntando al pecho parece interesante. ¿Qué modelo es? ¿Una Magnum con seis balas en el cargador?». De este modo, les haces saber a tus compañeros que hay una pistola en juego, que te están apuntando con ella y que estás jodido.

Solo deberías actuar por tu cuenta como último recurso. Quédate tranquilo y espera a que lleguen los refuerzos.

Otros oficiales me iban informando sobre los precios de la droga en el mercado y me dieron un cursillo acelerado sobre la jerga del mundo de la droga. Estaba claro que a los de Narcóticos les ponía nerviosos enviar a un oficial negro y sin experiencia a un entorno desconocido.

Arthur, mientras tanto, contó cien dólares de los fondos oficiales de la ciudad y apuntó cuidadosamente los números de serie, en previsión de que se me presentara la ocasión de comprar droga, algo que podría acabar en un arresto. Después de este ritual, me hizo firmar un recibo que me hacía oficialmente responsable del gasto o devolución del dinero.

Estaba experimentando un caso masivo de sobrecarga sensorial, algo que, para mí, era muy emocionante. Yo era como una esponja humana y absorbía cada fragmento de información que mi mente, tan joven e inexperta, podía

atrapar, mientras intentaba, sin demasiado éxito, recordar todo lo que me era posible.

Las últimas instrucciones que me dieron fue que me concentrara en Stokely Carmichael y su discurso, poniendo especial énfasis en la respuesta del público a su mensaje. Me dijeron que, si se me presentaba la oportunidad de comprar drogas, era libre de hacerlo, siempre y cuando fuera capaz de identificar al vendedor. Al ser yo un poli novato acostumbrado a seguir unas estrictas normas de conducta en toda situación, tuve que hacerles la que, para mí, era quizá la pregunta más importante: ¿me estaba permitido pedir una bebida alcohólica en el bar?

A todos les hizo mucha gracia mi pregunta inocente —luego descubrí que la mayoría de los que entraban nuevos a la Unidad de Narcóticos solía hacerla también—, pero Arthur me tranquilizó diciendo que podía tomar una copa o una cerveza siempre que la investigación lo requiriera. Debía tener siempre en cuenta que todo lo que dijera o hiciera podría ser contemplado con rigor en el juicio, y eso incluía el consumo de cualquier sustancia.

Me asignaron un coche sin distintivos, pero provisto de una radio portátil, y me puse rumbo al Bell's Nightingale. Aun siendo temprano, el aparcamiento estaba casi lleno. Era evidente que la charla, tan esperada, de Stokely iba a tener bastante éxito. Después de pagar los tres dólares de mi entrada para el programa «Habla Stokely Carmichael», me mezclé entre el público. Empecé a sentir las típicas «mariposas» en el estómago al ser consciente de que estaba actuando como agente encubierto; además, había reconocido a algunas personas a las que, en mi corta carrera, había denunciado por diversas violaciones de tráfico. Reconocí también a algunos de nuestros «famosos del gueto»: chulos con sus prostitutas, camellos. También tenía a la vista un par de jóvenes matones. Me sentí como Daniel entrando en la guarida del león, como si fuera comida esperando a ser reconocida y consumida.

Toda la gente que había acudido para escuchar el discurso de Carmichael sentía un desprecio innato por la policía, y la cosa empeoraba cuando se trataba de un policía negro. Para ellos, yo *no* era un «hombre negro», sino un oficial de policía que, casualmente, era también negro. A sus ojos, yo era un «traidor» a la causa a la que un hermano negro revolucionario como Stokely había dedicado toda su vida y de la que nos hablaría esta noche. Mientras

hermanos negros como Stokely estaban decididos a derrotar al hombre blanco —al que veían como un «demonio»—, a su sociedad etnocéntrica y a las estructuras de poder dominantes, otros hermanos como yo nos veíamos atrapados en una tierra de nadie que nos es muy familiar a los policías negros: un vacío «fantasmal» donde resultábamos demasiado negros para la comunidad blanca a la que servíamos, al igual que para algunos de nuestros compañeros, y demasiado «azules» (por el color del uniforme) para nuestros compañeros «hermanos del alma» en la causa de los derechos civiles y la revolución social en beneficio de la comunidad negra. Sin embargo, no todos nuestros conciudadanos de color nos miraban con suspicacia, como si fuéramos ovejas descarriadas. Al contrario, algunos sabían que compartían con los oficiales de policía negros la experiencia común de ser víctimas de los prejuicios por su color de piel y su condición social.

Pero, para revolucionarios negros como Stokely, gente como yo y otros, que habíamos decidido llevar placa, pistola y uniforme azul, que representan las fuerzas de lo que, en su opinión, era un Gobierno opresivo que respalda unas leyes que ellos percibían como intrínsecamente injustas y diseñadas precisamente contra aquellos que ya son víctimas de esa opresión, nos habíamos convertido en modernos «esclavos domésticos», mayordomos negratos, y cada uno de nosotros era como un Judas negro que había elegido colaborar con los *massa*[6] (amos) del Gobierno y hacer cumplir la justicia del hombre blanco. Nos habíamos convertido en los esclavos del sistema, en los «chicos» del hombre blanco, como mis autoproclamados «hermanos negros» me llamaron en muchas ocasiones durante mi carrera.

Pero yo estaba orgulloso de ser negro y policía. Me enorgullecía de mi negritud sin sentir ira. Me fascinaba Stokely, pues se trataba de una figura esencial para el movimiento por los derechos civiles. Gente como él (Martin Luther King Jr., Malcolm X, Rosa Parks, Recy Taylor, John Lewis, etc.) había hecho que la vida fuese mejor para gente como yo. Y aquí estaba ahora, a punto de lanzarme a una situación tan singular sin sentir escrúpulo alguno, ya que sabía diferenciar muy bien entre ser un policía negro y ser un hombre negro en los Estados Unidos blancos.

El club estaba salpicado de grupitos de blancos, aquellos aspirantes a negros a quienes los raperos de hoy suelen llamar *wiggers*. [7]

Logré encontrar una mesa cerca de la parte de atrás del bar, ocupada

únicamente por una atractiva señorita alemana. Con su permiso, me senté de espaldas a la pared, un procedimiento habitual en las misiones encubiertas, para tener una panorámica completa del local en caso de que estallara algún altercado. También localicé la salida más cercana, por si tenía que salir precipitadamente.

Ella agradeció mi compañía y se lanzó con entusiasmo a hablarme en un inglés con marcado acento alemán. Estaba intentando ligar conmigo y me hizo sentir algo incómodo. Yo había comenzado a salir recientemente con la que cinco años más tarde se convertiría en mi mujer. Aunque en aquel momento no había compromiso alguno, yo sabía en mi fuero interno — aunque aún no se lo había dicho a ella— que quería ir tan lejos como la relación y ella me lo permitieran. A pesar de ello, el «perro» que hay en mí se sintió halagado por el interés de la mujer alemana. Todos los hombres tenemos un pequeño «perro» dentro cuando se trata de mujeres, especialmente si esos hombres, como era mi caso, apenas han cumplido veintiún años, son solteros y sin ningún tipo de obligaciones personales. Sin embargo, yo era demasiado disciplinado, y estaba demasiado centrado en mi objetivo como para permitir que sus intentos de seducción acabaran en una aventura amorosa que echara a perder mi objetivo. Ese era un límite que no estaba dispuesto a cruzar.

Pedí un ron con Coca-Cola, mi primera bebida alcohólica estando de servicio, y amablemente la invité a otra ronda de lo que estaba bebiendo. Traté de dirigir la conversación y su interés en mí al tema de las drogas. Me ofreció ir a «pillar» (comprar drogas o presentarme a alguien que las vendiera) algo de marihuana o cocaína para pasar el rato juntos. Pero antes de que pudiera profundizar en esta posibilidad, Stokely Carmichael salió al escenario y fue recibido con una sonora ovación, el simbólico puño en alto característico del sector del movimiento de los derechos civiles que apoyaba el Black Power y gritos de «¡Vamos, hermano!» y «¡Poder negro!». El público estaba completamente entregado a Carmichael. Por mi parte, aunque también aplaudía, no pude reprimir la risa al ver cómo mi compañera se había unido a la multitud para, con su fuerte acento alemán, gritar: «¡Poder negro!» con su blanco puño en alto.

El discurso de Stokely era fiel al patrón que venía siguiendo desde hacía años. Estaba adornado con referencias a su creencia filosófica en el

panafricanismo, un movimiento ideológico que alentaba, a nivel mundial, la solidaridad económica, social y política entre las víctimas de la diáspora africana. Era —y es— una creencia basada en la idea de que existe un legado histórico compartido y un propósito unitario contra un enemigo común: la raza blanca. Junto con su creencia en una revolución marxista que echara abajo el sistema político norteamericano, el mensaje de Stokely era de gran interés para las masas negras y motivo de gran preocupación para mis superiores.

Stokely era dinámico, hipnótico. El efecto que conseguía con los cambios de tono y modulación de su voz era lograr que el público se alzara con una locura febril o se tranquilizara, como si estuvieran escuchando el sermón beatífico del domingo. Parecía un maestro titiritero, tirando de los hilos de nuestras emociones y llevándonos por caminos por los que, probablemente, jamás habíamos pensado aventurarnos.

En varias ocasiones, me vi atrapado por la intensidad de sus ataques a la institución tan gubernamental que yo representaba, así como a este grupo de blancos a quienes yo veía con cariño y admiración. Cada vez que me sorprendía aplaudiendo y gritando con entusiasmo: «¡Vamos, hermano!», debía reaccionar con presteza para recordarme a mí mismo que nuestras posiciones eran contrarias. También esperaba —rezando sinceramente para ello— estar siendo un actor encubierto tan bueno que mis supervisores que me escuchaban a través del micrófono oculto no pudieran detectar en mi voz el tono de acuerdo o aceptación del discurso.

Stokely, con su público —yo incluido— en la palma de su mano retórica, estaba haciendo añicos al hombre blanco y a la raza blanca, afirmando que a lo largo de toda su historia, el único argumento que habían entendido con claridad era el poder del cañón de una pistola. A continuación, arengó a las masas negras de los Estados Unidos para que se alzaran en armas y se prepararan para la «Gran Revolución» que pronto llegaría. Esta declaración fue, quizás, la que arrancó el aplauso más fuerte del público y los «¡Vamos, hermano!» y «¡Poder negro!» más sonoros.

Al final de esta presentación de unos cuarenta y cinco minutos, Stokely recibió una sonora ovación, todo el público estaba en pie gritando consignas en apoyo de la causa negra. Los organizadores del evento montaron una fila para que Stokely pudiera saludar y conocer a sus numerosos admiradores y a

aquellos que simplemente querían tocar a una leyenda viva de la historia negra contemporánea. Me puse en la cola y fui avanzando hacia él. A medida que pude acercarme, me sentí cautivado por la majestuosa grandeza de su presencia física.

De cerca, Stokely parecía medir seis pies y cuatro pulgadas, y su piel era de un color cacao perfecto. Al darle la mano, me recibió con una de sus sonrisas cálidas y contagiosas, que dejaban entrever los dientes más blancos e impolutos que jamás he visto. En ese momento pensé para mí mismo: «¡Este sí que es un tío guapo!».

Cuando nos dimos la mano, le pregunté si de verdad pensaba que era inevitable un conflicto armado entre blancos y negros. Apretó mi mano con más fuerza y acercó su cara a la mía, mirando fugazmente a izquierda y derecha por el salón, para luego decirme en voz baja: «Hermano, hazte con un arma y prepárate, porque la revolución está por llegar y vamos a tener que matar blanquitos. Créeme, ¡está a punto de llegar!».

A continuación, se echó hacia atrás y me dio las gracias por venir a escucharle. Me deseó buena suerte, algo que yo también hice, y fue así como completé mi primera misión como policía de incógnito y mi primer encuentro con la historia.

Dejé el club y me encaminé de regreso a la estación de policía con mi equipo. Abordamos el informe, y les conté todo lo que había ocurrido dentro del club. Sabían qué había dicho Stokely, pues habían estado escuchando. Pero les hablé sobre el ambiente, sobre cómo este había sido electrizante, emocionante pero desprovisto de ira, a pesar del contenido del discurso. Stokely no estaba alentando a realizar actos de violencia de forma inmediata. Rellené los correspondientes informes y me fui a casa sintiéndome especialmente eufórico.

En aquel momento, mi vida profesional no podría haber sido mejor: me había abierto camino hasta convertirme en patrullero uniformado con una misión especial dentro de la Unidad de Narcóticos. En apenas tres meses, me convertiría oficialmente en agente encubierto de Narcóticos, el primer detective negro en la historia del Departamento de Policía de Colorado Springs y, según pude saber después, el más joven, por un mes más o menos.

Y si mi carrera como investigador secreto había comenzado con los Panteras Negras, ahora llegaba el momento de investigar la otra cara de la

moneda. A fin de cuentas, era el Klan quien me había llamado.

03

YO SERÉ LA VOZ, TÚ DARÁS LA CARA

Hay ciertas realidades relacionadas con el trabajo encubierto que hay que tener en cuenta. En primer lugar, incumplí la primera regla básica al entrar a realizar mi trabajo sin un plan de operaciones. En segundo lugar, hice uso de mi nombre real en lugar de utilizar mi identidad secreta, lo que supone un pecado capital. En tercer lugar, habiendo dado ya mi verdadero nombre, di mi dirección y teléfono confidenciales sin pensar, en ningún momento, en la posibilidad de que todo este esfuerzo diera algún fruto.

Cuando comenzó la investigación, llevaba ya cuatro años como oficial de policía, tres de los cuales los había pasado trabajando como policía encubierto en la sección de Narcóticos y Antivicio. Conocía bastante bien todo lo básico en torno a cómo realizar este tipo de investigaciones. Sin embargo, en este caso, me comporté de un modo bastante blando y displicente en mi forma inicial de abordar el asunto, y mi error de juicio me llevó a cometer un grave error. Afortunadamente, estaba tratando con un grupo de gente que no eran precisamente, como dice la vieja expresión, «unos lumbreras», de modo que estos errores no pusieron en peligro el resultado de mi investigación. De hecho, estos fallos iniciales, de los que no tuve conciencia al principio, fueron la semilla de mi futuro éxito.

Después de colgar el teléfono con Ken, llamé inmediatamente a mi sargento, Ken Trapp. Le dije a Trapp que quería hacer uso de Chuck, agente encubierto de Narcóticos, para ayudarme. Ken estuvo de acuerdo con el plan, así que contacté con Arthur, quien, en el tiempo transcurrido entre la investigación de Stokely y la del Klan, había sido ascendido a teniente. El 9 de noviembre le pedí que me asignara a Chuck para una misión encubierta.

Le expliqué los detalles y el resultado que esperaba obtener con esta investigación.

Esta iba a ser una misión de inteligencia, cuyo objetivo general sería conocer todo lo que pudiéramos sobre la creciente amenaza del Klan en Colorado Springs y Colorado en general, y prevenir cualquier tipo de actos terroristas que pudieran derivarse de dicha amenaza. En cualquier momento de la investigación, podríamos haberla dado por cerrada arrestando por delitos menores a algunos miembros del Klan. Pero ese no era mi objetivo. Si esos individuos hubieran pasado al ámbito del delito mayor, sin lugar a dudas tendríamos que haberlos detenido, lo que habría puesto fin a la investigación. Pero mientras no cruzaran esa línea, estaba plenamente decidido a seguir la pista de la información tan lejos como pudiera y aprender lo máximo posible sobre la sección del Ku Klux Klan de Colorado Springs. Arthur era un investigador de Narcóticos y sus investigaciones estaban encaminadas a realizar arrestos y lograr pruebas suficientes para los juicios. Recolectar información era algo que él ni comprendía ni quería hacer.

Se negó a aceptar mi petición.

—No solo carezco del personal suficiente para hacer algo así, sino que además desde el momento en el que ese Ken escuche a uno de nuestros oficiales blancos, se dará cuenta inmediatamente de que ha estado hablando por teléfono con un negro.

—¿Cómo hablan los negros? —le pregunté.

—Bueno, ya sabes —dijo Arthur, como queriendo evitar el tema.

—No, la verdad es que no lo sé, explícamelo.

La respuesta que recibí fue un silencio sepulcral. Había escuchado este tipo de cosas en boca de otros oficiales con los que trabajaba. El prejuicio mental y los estereotipos relacionados con los patrones de conversación de los afroamericanos les cegaba. Me trataban como en la escena de *Aterriza como puedas* en la que June Cleaver se levanta y comienza a hablar en *jerga*. [8] A eso se refería la mayor parte de la gente con la frase: «Hablar como un negro». Cuando le hice a otro colega esa misma pregunta, me respondió: «Ya sabes, hablar en *jerga* y repetir “jódete” y “cabronazo” todo el rato». Enseguida me eché a reír ante lo incongruente de tal afirmación, del significado de la frase, y del hecho de que tal significado pudiera aplicárseme en relación con el éxito o el fracaso potenciales de esta investigación.

Arthur y otros miembros del departamento que habían compartido esas ideas venían a decir que yo sería incapaz de salir airoso de estas conversaciones telefónicas con los hombres del Klan. Pensaban que, al ser yo un negro, acabaría por escapárseme alguna expresión en *jerga* durante la conversación, delatando que, en realidad, yo era un negro; en esencia, que sería incapaz de resistir la tentación de decir «jódete» y «cabronazo», con lo que cualquier hombre del Klan con quien hablara se daría cuenta inmediatamente de que estaba hablando con un negro.

Ridículo y, a su manera, también divertidísimo, por lo absurdo que resultaba.

La segunda razón de Arthur para rechazar mi petición era que pensaba que toda esta idea de que el Ku Klux Klan había entrado en Colorado Springs no podía tomarse realmente en serio, y que no estaba dispuesto a permitir que la identidad de uno de sus agentes encubiertos se viera comprometida de un modo tan irresponsable por una insensatez como esta. Para él, el anuncio era, como mucho, una gamberrada, y Ken, probablemente, solo un hombre iracundo del que no teníamos por qué preocuparnos.

Con la negativa del teniente, volví a consultar al sargento Trapp, y tomé la decisión de saltarme a Arthur e ir directamente al jefe de policía para obtener los recursos que necesitaría para realizar el seguimiento de la reunión que el organizador local del Klan me había propuesto. El sargento Trapp me dio su apoyo incondicional. Desde el punto de vista de mi carrera, esta decisión no era precisamente muy inteligente. Teniendo en cuenta lo tensa que era ya mi relación con el teniente Arthur, este modo de saltarme el escalafón —pasando por delante de un capitán y de un jefe adjunto de detectives— iba a avivar, sin duda, las llamas de su hostilidad hacia mí.

La enemistad entre Arthur y yo había comenzado a desarrollarse un año antes, cuando trabajaba para él en la Unidad de Narcóticos. En un principio, él había sido mi mentor. Lo que ocurrió es que había que tomar una decisión en relación con un caso de Narcóticos y había que elegir entre la propuesta de Arthur y la del *sheriff* que estaba al cargo. Yo voté a favor de la posición del *sheriff*, con gran disgusto y enfado de Arthur. Él consideraba que, como oficial del Departamento de Policía de Colorado Springs, debiera haberme puesto de su lado y del lado del sargento de la ciudad en aquella disputa. No le gustaba nada el que hubiera dado muestras de tener un criterio

independiente sobre algo, en contra suya. Desde entonces, nuestra relación profesional ya no volvió a ser la misma.

Tenía solo una semana para poner en funcionamiento la maquinaria para la reunión con el organizador local del Klan, y, francamente, no tenía tiempo para preocuparme por si se exacerbaban sentimientos de acritud, por el protocolo y el escalafón del departamento, o por las consecuencias que podría tener el dejar egos heridos en el camino. Mi argumento principal era que el teniente me tenía ya manía y seguiría teniéndomela hiciera lo que hiciera. En otras palabras, yo no tenía nada que perder.

Otro aspecto de la gasolina que estaba a punto de echar al fuego de nuestra relación personal era la actitud del lugarteniente en relación con nuestro jefe de policía. Sentía un gran resentimiento hacia él, y él no le tenía el menor respeto, a causa de las influencias políticas que habían motivado su ascenso.

No hacía demasiado tiempo que habían promovido al jefe, quien hasta ese momento tenía como funcionario de plantilla el rango de teniente, a pesar de que tenía menos antigüedad que Arthur, su homólogo en Narcóticos. Como teniente, el jefe había estado al cargo de la División de Relaciones Comunitarias del departamento, considerada como un trabajo anodino en el contexto de la jerarquía policial, aunque había realizado una buena labor en ese puesto. Al no haber prestado servicio en la «línea del frente», como sí lo habían hecho algunos de sus colegas en las divisiones de patrullas uniformadas o de detectives, se le criticaba por haber saltado sobre ellos en el proceso de selección. En su opinión, pensaban que estaba poco cualificado como para ser el jefe del Departamento de Policía de Colorado Springs.

Arthur, el teniente de Narcóticos, era incapaz de comprender que los tiempos habían cambiado. En aquel periodo, el Departamento de Policía de Colorado Springs, al igual que otros muchos departamentos de policía a lo largo y ancho del país, había empezado a requerir un mayor nivel de formación para ascender en la estructura jerárquica. Argumentos tradicionales, como el de merecer más el puesto por antigüedad o nivel de productividad, dejaron de ser el paradigma sobre el que se basaban las decisiones de promoción. Estos argumentos estaban viéndose relegados a un lugar secundario, mientras que se apreciaban cada vez más los logros personales en el ámbito educativo. Uno de los requisitos específicos que los

comités de promoción tenían a la hora de decidirse por un nuevo jefe de policía era que el candidato estuviera en posesión de, al menos, un título de bachiller. El teniente de Narcóticos tenía una licenciatura mientras que el teniente de Relaciones Comunitarias tenía un título de máster, lo que lo convertía, en aquel momento, en el único oficial del departamento con un título de posgrado.

El sargento Trapp y yo informamos al jefe sobre las acciones que había llevado a cabo hasta ese momento: la respuesta al anuncio del periódico, la conversación telefónica con el organizador local del Klan y sus planes, declarados, de quemar cruces para anunciar a los habitantes de la ciudad la presencia del Klan; el deseo de perpetrar un acto de terrorismo doméstico como jamás se había visto en nuestra ciudad a fin de incentivar el orgullo blanco y, con ello, el número de adhesiones al Klan.

Mostró un gran interés en nuestro informe y, después de un par de preguntas, inquirió si necesitaba personal adicional. Le pedí que me asignara a dos detectives de vigilancia para que me acompañaran el 9 de noviembre. A continuación, llamó al teniente y le dio instrucciones de que pusiera a mi disposición todo el personal y la ayuda necesarios para que mi investigación pudiera seguir adelante.

Como era de esperar, Arthur no estaba nada contento con mi modo de proceder. Por mi parte, me daba igual que su ego o sus sentimientos hubieran resultado heridos. Para mí, la reunión era una oportunidad única para infiltrarse en un grupo con una larga historia de terrorismo doméstico que ahora pretendía establecerse en mi ciudad.

Tuve la primera reunión con Chuck, y lo puse al tanto de todos los aspectos relacionados con la investigación.

Le conté lo que había hecho hasta ese momento, la naturaleza de la llamada de teléfono y los temas sobre los que había conversado con Ken.

—Están planeando realizar quemas, campañas de caridad exclusivamente para blancos, tareas de reclutamiento y más cosas que necesitamos saber.

Él se echó a reír:

—¿Un policía negro infiltrándose en el Klan? Esto es una locura absoluta. ¿Crees que no se van a dar cuenta de que eres negro?

—Esa es la razón por la que tenemos que informarnos el uno al otro sobre todo lo que ocurra. Yo estaré escuchando, a través del micrófono, todo lo que

tú y él digáis. Y tú estarás al tanto de todo lo que yo le cuente por teléfono. Yo seré la voz, tú darás la cara.

—Esto es lo más delirante que he escuchado mi vida. ¡Cuenta conmigo!
—dijo Chuck a través de su amplia sonrisa.

Desafortunadamente, la disponibilidad de Chuck era bastante limitada. Su trabajo en Narcóticos y la propia política del departamento hacían que solo pudiera echar mano de él como último recurso. Esto significaba que el teléfono seguiría siendo el canal principal para mantener el engaño; por ello, era necesario que estuviéramos muy bien sincronizados respecto de cualquier conversación entre cada uno de nosotros y cualquier miembro de La Organización.

La reunión del 9 de noviembre era esencial, porque Ken ya se había formado una imagen tentativamente positiva de «Ron Stallworth» basada en nuestra conversación telefónica. Informé a Chuck sobre el reto que tenía por delante: adoptar esa imagen positiva que había plantado en la mente de Ken en nuestra interacción telefónica y reforzarla en la reunión cara a cara.

Como le expliqué a Chuck, Ken debía tener, en todo momento, la impresión de que estaba tratando con una sola persona, con independencia de que estuviera hablando conmigo por teléfono o con él (Chuck) en persona; teníamos que coordinar nuestras conversaciones para poder retomarlas, de un encuentro a otro, de un modo fluido y sin interrupciones.

Si yo tenía una conversación telefónica que llevaba a un encuentro cara a cara, al que Chuck asistiría como si fuese yo, él necesitaba saber todos y cada uno de los aspectos de la conversación para estar preparado para discutir cualquier punto que pudiera surgir. Del mismo modo, yo debía conocer cualquier detalle de cada una de las conversaciones cara a cara que tuviera con los hombres del Klan. En otras palabras, las conversaciones que Chuck y yo tuviéramos con estos individuos tenían que estar perfectamente coordinadas para poder engañarlos.

El 7 de noviembre, dos días antes del encuentro previsto, telefoneé a Ken para confirmar nuestra próxima reunión en Security. Acordamos que el blanco con pinta de *hippie* y yo nos encontraríamos a las siete de la tarde en el aparcamiento del Kwik Inn Diner.

Ken estaba relajado, lo suficiente como para comentarme que, a causa del revuelo provocado por su anuncio en el periódico, el Ejército le había dado

licencia hasta que finalizara su periodo de servicio, en treinta y siete días. Pensé que no era posible que el Ejército hubiera podido saber quién era el autor de aquel anuncio clasificado en el que no había nombre ni información alguna que pudiera servir para identificarlo. Si era cierto que estaba bajo vigilancia por su pertenencia al Klan, el Ejército debía saber algo más sobre él.

Pero, según parece, el Klan estaba en pleno bombardeo publicitario. El *Gazette-Telegraph*, uno de los periódicos principales de Colorado Springs, traía un artículo (una mención breve) con el anuncio de que David Duke, el Gran Mago del KKK, iba a venir a nuestra ciudad para un acto público.

—Leí esta semana un artículo sobre una visita de David Duke a Colorado Springs. ¿Es cierto? —le pregunté a Ken.

—Sí, así es. Duke ha llamado personalmente al periódico para decirles que va a estar en la ciudad en enero. Vamos a preparar un gran mitin. Tenemos ya seis miembros del Klan con túnica y estamos tratando de incorporar algunos más. Va a ser todo un acontecimiento. Todavía no tenemos confirmado el programa con David, pero tú serás el primero en saberlo, Ron —dijo Ken.

Estuvimos charlando y bromeando sobre cosas sin importancia un rato más, hasta que Ken me dijo:

—Tengo que irme. Nos vemos en dos días.

La noche del 9 me reuní con Chuck y otro investigador de Narcóticos, Jimmy, para prepararnos. Repasamos el plan, y luego Chuck se marchó conduciendo en dirección al Kwik Inn, mientras que Jimmy y yo fuimos en una furgoneta, que aparcamos al otro lado de la calle, dentro del radio de alcance del transmisor.

Chuck llevaba un micro oculto, con un transmisor que me permitía escuchar y grabar su conversación. Además de esto, le di a Chuck varios documentos —por si se los pedían— que confirmaban su identidad como «Ron Stallworth». Entre estos, estaban mi tarjeta de la biblioteca, mi tarjeta de crédito, mi tarjeta de la Seguridad Social: cualquier cosa en que apareciera mi nombre, pero que no llevara fotos ni, de algún modo, me identificara como negro.

Chuck llevaba oculta una pistola, algo que es un procedimiento habitual en operaciones encubiertas. Si Ken y su gente le cacheaban, podría decirles

que siempre llevaba una pistola.

Condujimos en dirección al Kwik Inn y Chuck aparcó bajo el letrero fluorescente, mientras que Jimmy y yo nos quedamos al otro lado de la calle e hicimos lo que hacen todos los investigadores al comienzo de una operación trampa. Esperamos.

04

DAVID, MI NUEVO AMIGO

No tuvimos que esperar mucho. Diez minutos después de nuestra llegada al Kwik Inn, una camioneta se detuvo y de ella bajó el *hippie* de aspecto extraño y bigote a lo Fu Manchú al que estábamos esperando. Se aproximó al coche de Chuck y dio unos golpecitos en la ventana.

—¿Eres Ron? —preguntó.

—Sí —respondió Chuck.

—Yo soy Butch. He venido para llevarte junto a Ken, que está en otro lugar. Venga, súbete a mi coche y te llevaré hasta él.

Como ocurre en toda operación encubierta, es vital que el AI (agente infiltrado) haga todo lo posible por mantener, lo máximo posible, la situación bajo control. Esto es esencial, no solo por su propia seguridad y el éxito de la operación, sino también para facilitar la labor de los agentes de vigilancia, cuya principal responsabilidad es la de ofrecer apoyo en caso de que la situación se ponga seria y la seguridad del agente encubierto esté en peligro. Teniendo esto en cuenta, y recordando que llevaba un micro encubierto y una radio de policía portátil en su coche sin marcas, Chuck discutió todo lo que pudo.

—¿Y si mejor te sigo yo en mi coche? —preguntó Chuck.

—No. Así no es como funcionan las cosas. Tú dejarás tu coche aquí y yo te llevaré hasta Ken.

—Bueno, entonces dime a dónde me estás llevando.

—Ya lo verás.

Finalmente, Chuck accedió a subir a la camioneta de Butch.

Mientras entraba, Chuck echó un vistazo hacia donde Jimmy y yo estábamos aparcados. Como el micrófono oculto funciona en una sola dirección (transmite, no recibe) podíamos escuchar a Chuck, pero no podíamos hacerle llegar ningún mensaje. Él ni siquiera sabía si el transmisor funcionaba, aunque ya lo habíamos probado en la oficina tras adherirlo a su cuerpo, antes de acudir a la reunión. No era inusual que estos instrumentos tuvieran fallos imprevistos, y a veces sucedía en mitad de una operación encubierta. En estos casos, el agente encubierto se movía en una especie de inquietante oscuridad, sin saber si el micrófono estaba funcionando correctamente y los agentes encargados de vigilar podían escuchar su conversación con claridad, o si podían tenerlo localizado cuando, como en esta ocasión, se veía obligado a desplazarse, de improviso, de un lugar a otro.

Al final, resultó que nuestros temores eran infundados, ya que Butch se lo llevó al Corner Pocket Lounge, un local que estaba a tan solo un par de kilómetros de distancia y que era bastante popular entre el público adulto, especialmente entre los militares de la zona. Era un auténtico tugurio con letrero de neón, mesas de billar raídas y cerveza barata. Más tarde, descubrí que el Lounge era el lugar de reclutamiento «no oficial» de Ken y sus compinches del Ku Klux Klan. Jimmy y yo aparcamos en la puerta del bar y comunicamos por radio nuestra posición a todos los agentes de la zona. Afortunadamente, en esta ocasión, el micro oculto funcionó sin fallo alguno.

Chuck fue recibido por Ken, un hombre de unos veintiocho años, bajito (de un metro setenta), corpulento (aproximadamente cien kilos), cabello castaño y pelado a lo militar y un bigote fino. Le acompañaba un hombre más joven, de unos veinte años, a quien Butch presentó como su hermano menor, Baron. Creyendo que estaba hablando conmigo, Ken le dijo a Chuck:

—Me impresionaste cuando hablamos por teléfono. Tengo el presentimiento de que tus ideas podrían ayudar a La Causa. —Entonces le mostró a Chuck un paquete de documentos que incluía, según dijo, toda la información que iba a necesitar si finalmente decidía unirse a La Causa. A continuación, le explicó el motivo que le hizo entrar a formar parte del Ku Klux Klan.

En palabras de Ken, el Klan se convirtió en su tabla de salvación después de que un grupo de negratos le dispararan y violaran a su mujer. Explicó que sus prejuicios contra los negratos comenzaron a manifestarse cuando se unió

al Ejército de los Estados Unidos.

—¿Has leído la publicidad que los periódicos le están dando al Klan últimamente? —preguntó Ken a Chuck.

Chuck respondió que sí, pero admitió que probablemente se habría perdido algunos artículos. Ken reveló que eran él y otros miembros del Klan quienes se encargaban de «colocar» estos artículos a los periodistas. El Klan quería darse a conocer. Era una estrategia de principiantes, incluso desesperada, pero les reportó algo de publicidad. Esperaban que sus apariciones en prensa les ayudaran a ganarse la simpatía de la opinión pública, a atraer nuevos miembros, a conseguir llamar la atención y legitimar su Causa. A pesar de que el Klan de Ken contaba con pocos miembros, tenía mucho atractivo para la prensa, que publicaba cualquier información que le facilitaba.

Ken explicó que, en su opinión, los medios de comunicación daban una mala imagen a La Causa y, por extensión, a él mismo, pero se negó a entrar en detalles sobre el asunto. Llevaba teniendo problemas con los mandos militares desde entonces, y esto hacía peligrar sus planes de reengancharse al Ejército. Ya en nuestras conversaciones telefónicas me quedó claro que Ken era un hombre airado, pero ahora que lo escuchaba hablar con Chuck, su ira era aún más evidente. El tono de su voz delataba una rabia triste y rencorosa, de la cual se alimentaba.

—La gente tiene que saber lo que hacen estos negratas. Mira lo que le pasó a la mujer de Butch —dijo Ken, afirmando que esta había sido apuñalada recientemente por negratas y que, entre los sospechosos, se encontraba una mujer que vivía en su calle.

Dijo que «alguien» quemó una cruz en el patio de esta mujer para mandarle un mensaje, pero que la cosa no salió bien. Más tarde, revisé las bases de datos de la policía y de la oficina del *sheriff* en busca de este supuesto incidente y no encontré indicación alguna de que hubiera sucedido realmente. De ser cierto, entonces la mujer *no había avisado* a la policía..., algo que parecía muy poco probable.

Hubo un cambio en la voz de Ken, como si estuviera relatando un sueño placentero, cuando dijo:

—Me gustaría conocer al que lo hizo para enseñarle a quemar una cruz como Dios manda y, de paso, felicitarle.

Ken explicó que Butch era su guardaespaldas, pero que el Klan, colectivamente, era un grupo no violento. Puso especial énfasis en este punto: «No se permitirá ninguna clase de violencia a menos que sea en defensa de un miembro del grupo».

Por primera vez desde que llegaron al Corner Pocket Lounge, Butch le dirigió la palabra a Chuck, diciendo:

—En público, nos referimos al Klan como La Organización o La Causa. —A continuación, habló de la frustración que le provocaba el tener que reprimir su deseo de comportarse violentamente con los negratos para cumplir con la política no violenta de La Organización—. A veces cuesta aguantarse las ganas, ¿sabes a lo que me refiero? Pero La Causa es más importante. Nuestros planes cambiarán el mundo de verdad.

—Bien, estoy verdaderamente interesado en unirme a La Organización — dijo Chuck.

Ken le indicó que abriera el paquete de documentos y extrajera la solicitud de admisión. Le explicó paso a paso cómo cumplimentar la solicitud, incluyendo los costes. La cuota para lo que quedaba de año sería de diez dólares, mientras que el precio para un año completo ascendía a treinta. Adicionalmente, debía abonar quince dólares de cuota al capítulo local. Ken le dio los datos del banco donde el Klan tenía una cuenta corriente y le dijo a Chuck que debía entregarles una foto junto con la solicitud.

—Butch y yo estamos deseando que puedas unirme a La Organización lo antes posible. Si lo haces, es muy probable que Baron y tú viajéis pronto a Denver para prestar juramento juntos como miembros del grupo. —Explicó que, una vez finalizado el proceso de admisión, la oficina nacional, situada en Luisiana, solía tardar entre diez días y dos semanas en enviar el carné de miembro.

—¿Y qué planes tiene el Klan concretamente para Colorado Springs? — preguntó Chuck.

—Quemar cruces. Cuatro.

—¿Dónde? —preguntó Chuck.

—Aún no hemos decidido las localizaciones, pero será en lo alto de las colinas que rodean a la ciudad. Queremos hacernos notar.

Butch explicó que cada una de las cruces mediría unos cinco metros de alto por dos y medio de ancho, y sería ensamblada antes del día de la quema.

Unos días antes, los miembros del Klan se acercarían a las localizaciones elegidas para excavar los agujeros donde clavar las cruces y cubrirlos con piedras hasta que llegara el día señalado.

La noche de la quema, los miembros irían a cada uno de los lugares elegidos, quitarían las rocas y clavarían las cruces en sus respectivos agujeros. Después de empaparlas con líquido inflamable, una mecha consistente en un cigarrillo encendido dentro de una caja de cerillas les daría tres minutos de margen para escapar antes de que surgieran las primeras llamas.

—Lo del cigarrillo y las cerillas lo saqué de una película de James Bond —dijo Ken con orgullo.

—Muy agudo —contestó Chuck. Al escuchar esto, miré a Jimmy y le sonreí. Menudo par de 007 teníamos entre manos...

—Si aprueban tu solicitud a tiempo, tú también podrás participar —dijo Butch.

Ken siguió detallando las actividades previstas por el Klan y le comentó a Chuck que tenían pensado organizar el mes siguiente unas «Navidades para blancos necesitados». Los miembros recolectarían bolsas de comida y otros donativos para los blancos pobres.

—Los negratas —dijo Ken— creen que la Navidad es la mejor época para timar a los blancos, y los judíos la consideran el momento perfecto para enriquecerse a costa de los blancos. Nadie se ocupa del bienestar de nuestros hermanos blancos, y por ello los miembros del Klan queremos ayudar a los blancos pobres estas Navidades.

Ken advirtió a Chuck de que jamás debía reconocer su participación en las quemas de cruces y jamás debía admitir haber participado en acto de violencia alguno. Esta, explicó, era la política de La Organización.

Cuando Chuck le preguntó por el procedimiento de admisión de nuevos miembros, Ken le respondió: «Lo primero que hacemos es comprobar si hay sangre judía en tu familia». Si no era así, organizaban una entrevista personal con el candidato, tal y como sucedió en nuestro caso.

Le lancé otra sonrisa a Jimmy mientras escuchábamos la conversación desde la furgoneta. La mente de Chuck iba dos pasos por delante, buscando el modo de lograr que otro agente se infiltrara junto con él en el Klan.

—Como ya sabrás, en enero vendrá David Duke a dar un mitin —dijo

Ken.

En honor a su visita, el capítulo de Colorado Springs había planeado un desfile a lo largo de una de las calles principales del centro. El jefe estatal de La Organización, Fred Wilkens (un bombero de Lakewood, Colorado), se encargaría de coordinar la marcha. El objetivo de la organización, de cara a la visita de Duke, era contar con cien miembros «uniformados» con las togas blancas del Klan y dispuestos a participar en la marcha en honor de su Gran Mago y demostrar que La Organización había llegado a Colorado para quedarse.

Ken señaló que, si lograban reunir a los cien miembros del capítulo de Colorado Springs antes de Navidad, era probable que se les unieran otros miembros de Luisiana, Kentucky, el área metropolitana de Denver y varias ciudades del sur de Colorado, incluyendo Pueblo y Canon City, donde se encuentra la prisión estatal de máxima seguridad.

—Será algo digno de verse —dijo Ken.

Después de unos minutos más de charla, Chuck tomó en sus manos el paquete de documentos de Ken con la promesa de rellenar la solicitud y enviarla por correo en los próximos días. Acordaron con Ken hablar más adelante del tema, caminaron hacia el lugar donde estaba aparcado el coche de Butch y se despidieron con un apretón de manos. En el viaje de vuelta, Chuck le preguntó a Butch con cuántos miembros contaba el Klan en Colorado Springs.

Butch contestó que no lo sabía, y que probablemente el único que conocía la cifra exacta era Fred Wilkens, el jefe estatal. Dijo que cuando Chuck recibiera su carné de miembro, comprobaría que tenía dos letras, CO, que quieren decir «Colorado», seguidas de una serie de números. Los dos primeros indicaban el año, mientras que el resto representaban el código estatal de membresía.

Butch añadió que el capítulo de Colorado Springs, al igual que sucedía en otras ciudades, estaba dividido en «guaridas»^[9] de aproximadamente cinco personas. Según decía, había mucha confianza entre los miembros y les gustaba socializar después de las reuniones. Finalmente, manifestó su esperanza de que Chuck, una vez fuera aceptado como miembro, pudiera pertenecer a su guarida.

Regresaron al coche de Chuck, en el aparcamiento del Kwik Inn, y Butch

prometió telefonarle en unos días para asegurarse de que todo estaba en orden con su solicitud de admisión. Hicimos que dos coches de vigilancia siguieran a Butch hasta el Corner Pocket Lounge, donde recogió a Baron y Ken. Siguieron a la camioneta de Butch hasta una casa cercana, cuyos ocupantes serían más tarde identificados como una pareja de la base militar de Fort Carson, procedentes de Watsonville (California). Chuck, Jimmy y yo regresamos a la estación para presentar nuestro informe.

Esta era *mi* investigación. No tenía que rendir cuentas a Arthur, el teniente encargado de la Unidad de Narcóticos. Puedo decir a su favor que nunca sentí que su ojeriza hacia mí tuviera que ver con mi raza, sino más bien con mi osadía. Después de todo, fue él quien me dio mi primer trabajo encubierto. Sin embargo, un año atrás, mientras trabajábamos en un caso conjunto con la oficina del *sheriff*, este presentó un plan de acción y Arthur propuso otro diferente. Yo me puse del lado de la oficina del *sheriff*, pues me parecía que su plan era el mejor. Arthur interpretó esto como una traición, y nuestra relación se agrió desde entonces. El conflicto surgió porque Arthur exigía lealtad a toda costa y yo me había atrevido a expresar mi propia opinión .

Dentro del paquete de materiales que Ken había entregado a Chuck había un par de copias del periódico del Klan, *The Crusader*, y una hoja de solicitud.

Cumplimenté toda la información necesaria para la solicitud, incluyendo mis datos personales. También le saqué una foto a Chuck sentado en la oficina para incorporarla a la solicitud, tal y como le habían pedido. Nos reímos mucho cuando le pedí que dijera «patata» para el Klan.

Al día siguiente, el sargento Trapp me hizo entrega de diez dólares, procedentes de los fondos del departamento, para pagar la cuota y envié la solicitud a Metairie (Luisiana), donde se encontraba el cuartel general nacional de los Caballeros del Ku Klux Klan de David Duke.

Es importante para mí explicar ahora qué clase de persona era y sigue siendo David Duke, un tipo cuyo nombre es, aún hoy, sinónimo de odio y anatema en el paisaje político y de los medios de comunicación. Un hombre que pronto me llamaría amigo.

Además de ostentar el título de Gran Mago, David Duke podía presumir

también de ser un mago de las relaciones públicas. Se dedicaba a vender su «producto», un «nuevo Klan», durante sus apariciones en la televisión matinal y en los programas nocturnos, así como en artículos en *Time* y *Newsweek* sobre la transformación del Klan y en un puñado de otras publicaciones, incluidas revistas de porno blando como *Playboy* y *Oui*.

Tenía el aspecto del típico chico estadounidense al que toda madre querría como acompañante de su hija en el baile de fin de curso. Iba siempre bien vestido, tenía buenos modales (al menos en público), era elocuente y muy culto, incluso tenía un título de máster. Su apariencia de doctor Jekyll ocultaba una personalidad de *mister* Hyde y una visión sobre los asuntos raciales que encajaba con el núcleo del clima social y político de los Estados Unidos. En público, no hablaba de odio, sino de tradición e historia. Dio a luz a un nuevo racismo para las masas de derechas, que mezclaba la antipatía hacia los negros y otras minorías con la insatisfacción general hacia el Gobierno y el temor a los cambios constantes de un mundo complejo.

Tal y como declaró en un artículo de la revista *Oui* en torno a 1979: «No predico la supremacía blanca. —Aunque había dicho en alguna ocasión que creía firmemente que los blancos eran superiores a los negros y a otras minorías—. Yo predico el separatismo blanco. Me gustaría ver a todos los negros volver a África, a donde pertenecen, pero también estaría dispuesto a darles una parte de nuestro país (un par de estados, quizá) siempre y cuando tengan una sociedad separada».

Duke elevó su enfoque de la propaganda «profesionalizándola». Evitaba llevar su túnica del Klan en apariciones públicas, optando en su lugar por un traje y una corbata. Personalmente, evitaba usar epítetos denigrantes para referirse en público a los negros, en particular la palabra «negrata», e instaba a sus seguidores a hacer lo mismo cuando representasen al Klan y tuvieran que argumentar frente a un público. En esencia, logró popularizar el Klan y hacerlo parecer una alternativa viable y aceptable para aquellos que necesitaban expresar su insatisfacción con el *statu quo* de sus vidas y con los representantes del Gobierno.

En 1979, Duke, de quien se sabía que, mientras estudiaba en la Universidad Estatal de Luisiana, estuvo involucrado en el movimiento neonazi que desfilaba por el campus llevando uniformes al estilo nazi, se presentó para un escaño en el Senado de Luisiana como demócrata

conservador y obtuvo un veintiséis por ciento de los votos. De hecho, en 1988 se presentó en las primarias demócratas para presidente, pero no logró entrar en la candidatura. Entonces intentó conseguir la nominación del Partido Populista y tuvo éxito. En consecuencia, apareció en las candidaturas para presidente en siete estados y fue candidato no nominado en algunos otros. Poco después cambió su afiliación política de demócrata a republicano. En 1989 se presentó y obtuvo un puesto como representante del estado de Luisiana en el distrito 89. Al año siguiente se presentó, sin éxito, a la nominación republicana para el Senado de la nación en representación de Luisiana. En 1991, Duke se presentó, sin éxito, para el puesto de gobernador de Luisiana. En 1992, volvió a presentarse sin éxito a las primarias para la presidencia, esta vez como republicano. En 1996, hizo otro intento fallido de lograr un escaño en el Senado de los Estados Unidos. Finalmente, en una elección especial en 1999 para reemplazar al congresista Bob Livingston, Duke se presentó, sin éxito, como republicano contra David Vitter.

Podría aducirse que todas las campañas de Duke fueron exitosas, pues le ofrecieron una plataforma pública desde la cual difundir su filosofía y su agenda ideológica racista. Sus oponentes se veían obligados a refutarla, lo que daba lugar a un torrente de discursos populistas a favor de Duke y respuestas de los liberales contra aquel, a quien percibían como una versión neonazi y con túnica blanca de Adolf Hitler. Esto produjo un debate muy animado, sin duda. Si el nombre de Duke no hubiera aparecido tan a menudo en las papeletas, gran parte, si no todos los temas de su agenda, probablemente nunca se habrían convertido en objeto de debate. El hecho de que ganara unas elecciones como republicano después de fracasar dos veces como candidato demócrata dice mucho del estado mental de los electores. La agenda conservadora y de derechas de los republicanos estaba, y sigue estando, mucho más en sintonía con grupos extremistas blancos alimentados por el odio racista, como el Ku Klux Klan.

El día después del encuentro en el Corner Pocket Lounge, tuve mi primera conversación telefónica con el mismísimo Gran Mago.

Mientras leía uno de los panfletos del Klan que le habían dado a Chuck, me fijé en un anuncio que indicaba el teléfono de contacto de la «Voz del Klan», un número de Palm Harbor (Florida). Al llamar descubrí que aquella «Voz del Klan» consistía, en realidad, en una serie de mensajes pregrabados

que difundían propaganda del KKK desde distintos puntos del país, usando la retórica típica de los supremacistas blancos:

—¡Despierta, hombre blanco! El negro quiere tu trabajo y a tu mujer. El judío quiere tu dinero. El Gobierno Ocupado por los Sionistas (ZOG) quiere arrebataros vuestros derechos de ciudadanía, garantizados por la Constitución de los Estados Unidos, y convertirnos en esclavos de los morenos y de sus amos judíos. Vuestra única vía de salvación es uniros a los Caballeros del Ku Klux Klan, el único grupo de patriotas dedicado a preservar vuestra cultura y el lugar que os corresponde en una sociedad estadounidense blanca.

«ZOG» era el término habitual con el que los supremacistas blancos se referían a los Estados Unidos y a su creencia de que el país estaba dominado por los judíos e influenciado por las políticas de Israel. «Morenos» era el modo en que denominaban a todas las personas de piel oscura, a las que consideraban bajo la dominación de los judíos.

Mientras la voz pregrabada seguía escupiendo odio, una nueva voz surgió de improviso: «Hola».

—¿Hola? —contesté—. ¿Con quién hablo?

—Soy David Duke, la verdadera Voz del Klan —contestó, lanzando una risotada.

Debo reconocer que me llevé una buena sorpresa.

—Yo soy Ron Stallworth. Soy uno de los nuevos miembros del capítulo de Colorado Springs.

—Encantado de conocerte.

Intercambiamos un par de comentarios amables y le hice saber lo mucho que admiraba su audacia y su capacidad de liderazgo. Respondía bien a los halagos.

—Señor Duke, ¿es cierto que tiene previsto venir a Colorado Springs en enero?

—Sí, es cierto. Será en algún momento de enero, todavía estamos ultimando los detalles. Espero verte allí.

Lo felicité por toda la atención que el Klan había obtenido desde que él estaba al cargo y comenzó a presumir de todos sus logros. Yo sabía que la clave para tratar con alguien como Duke, e incluso con alguien como Ken, quien claramente estaba lejos de ser un líder inteligente, era la adulación: hacerles la pelota y ofrecerles lealtad incondicional. Hablamos unos quince

minutos, hasta que me dijo que tenía un mitin del KKK en Palm Harbor para el que debía prepararse. Terminó nuestra conversación diciendo que esperaba conocerme cuando estuviera en la ciudad.

Colgué el teléfono y sonreí. Todo estaba yendo mejor de lo que jamás había podido planear.

Trapp y Chuck no podían creer que hubiera estado al teléfono con David Duke. «Eres un cabronazo loco», me dijo Chuck.

No podían creerse lo que yo hacía, y mucho menos el que aquellos idiotas hubieran picado. Iban de un lado a otro del departamento diciéndole a todo el mundo: «¿Sabes lo que está haciendo ese loco hijo de puta? Está hablando con David Duke».

Tuve la sensación de que estábamos haciendo grandes avances en la investigación, y eso me hacía sentir bien.

Ahora, todo lo que tuviera que ver con el Klan —desde artículos de prensa hasta bromas telefónicas hechas al departamento— pasaba por mis manos. Y yo no era el único en darse cuenta de que el Klan estaba tratando de expandirse en Colorado Springs. También el público veía esos anuncios, leía esos artículos y se sentía inquieto.

La primera protesta pública contra la presencia emergente del KKK en Colorado Springs llegó a mis oídos el mismo día de mi conversación con la «Voz del Klan», David Duke. La indignación pública contra el Klan llegó a mi oficina bajo la forma de un informe de inteligencia, reseñando que los negros y los latinos planeaban prender fuego a los coches de los miembros del Klan, y que se trataba de una información contrastada y creíble.

Durante la semana siguiente empezó a correrse la voz de que David Duke visitaría Colorado Springs en enero y participaría en un «bombardeo mediático» destinado a captar nuevos miembros para el capítulo local del KKK.

Oficiales de uniforme del Departamento de Policía de Colorado Springs respondieron a un disturbio ocurrido en el centro comercial de Southgate, en el extremo sur de la ciudad. Se encontraron a ocho manifestantes que desfilaban pacíficamente frente a las tiendas, portando pancartas con eslóganes anti-KKK escritos con grandes letras negras y repartiendo octavillas. Más tarde supe que uno de los manifestantes era profesor en el Colorado College, una prestigiosa universidad privada.

Las octavillas, impresas en inglés y español, habían sido publicadas por el Incar, el Comité Internacional Contra el Racismo, e incluían la dirección de un apartado de correos de Denver. Luego me enteré de que habían planeado una reunión aquella noche y decidí asistir de incógnito. Este fue el momento en que mi investigación encubierta del Klan comenzó a involucrar también al PLP (Partido Laborista Progresista) y a su «organización fachada», el Comité Internacional Contra el Racismo.

El grupo que se había manifestado en el centro comercial no eran más que ciudadanos preocupados porque no querían a ninguna organización racista como el Klan en su ciudad. Un grupo como el Incar (Comité Internacional contra el Racismo, a veces designado CAR, Comité Contra el Racismo) suponía una amenaza mayor, tanto para organizaciones como el Klan como para el mantenimiento de la ley. Tanto el Incar como su organización madre, el Partido Laborista Progresista, eran extremadamente radicales, estaban bien organizados y plenamente dedicados a acabar con el Ku Klux Klan. Eran rápidos y eficaces a la hora de convocar protestas y manifestaciones en defensa de su causa. También podían ser violentos.

Es importante recordar que eran los años setenta, un periodo de gran agitación política y social para nuestra nación. Los atentados con bombas eran habituales, especialmente en las ciudades más afectadas, como Nueva York, Chicago y San Francisco. Casi una docena de grupos radicales clandestinos a los que pocos recuerdan hoy —los Weather Underground (Clima Clandestino), el New World Liberation Front (Frente de Liberación del Nuevo Mundo) y el Symbionese Liberation Army (Ejército Simbiótico de Liberación en la prensa de habla hispana de la época)—[10] pusieron cientos de bombas durante esta década tumultuosa. Tantas, de hecho, que mucha gente acabó aceptando estos ataques como parte de la vida diaria.

Una representante del Incar, Marianne Gilbert, profesora de la Universidad de Denver, asistió a la reunión junto a un representante del PLP (Partido Laborista Progresista) por Denver, Doug Vaughn.

Vaughn se identificó a sí mismo como representante tanto del PLP como del Incar. El Incar era la «fachada» pública del PLP. El Incar estaba integrado por ciudadanos comunes que no tenían necesariamente una inclinación política manifiesta. El PLP, en cambio, era un grupo de individuos comprometidos políticamente, devotos y agresivos, la mayoría de los cuales

se alineaban con la ideología comunista. Doug era comunista, pero aprovechaba cualquier ocasión para dar publicidad al Incar. Logré entrar en la reunión gracias a que los negros eran bienvenidos y usé otro de mis nombres falsos. Ya era bastante con un Ron Stallworth en el Klan sin que otro se incorporara a los movimientos de extrema izquierda. El propósito de la reunión era discutir la apertura de un capítulo del Incar en Colorado Springs y planear una serie de protestas contra el KKK y la próxima visita de David Duke a la ciudad.

La intensidad colectiva de las protestas públicas contra la presencia del KKK creció rápidamente incorporando a otra serie de organizaciones, lo que dio lugar a una verdadera sopa de letras: Lamecha (del Colorado College), BSU (Unión de Estudiantes Negros, del Colorado College), La Raza (Colorado Springs), CWUC (Consejo de Trabajadores Unidos de Colorado, Denver), PBP (Gente para el Progreso del Pueblo, Colorado Springs) y ARC (Coalición Anti-Racista, Colorado Springs).

Aunque era evidente que las facciones de izquierdas que se movilizaban contra el Klan estaban mal organizadas y eran, en su mayoría, no violentas, yo sentía cómo las aguas comenzaban a hervir en Colorado Springs, haciendo crecer el miedo y la rabia. El KKK planeaba quemas, desfiles y reclutamientos. Sus oponentes, aunque daban menos miedo, eran también capaces de provocar violencia y disturbios. Ahora mi investigación era más importante que nunca, y poco podía imaginar que «Ron Stallworth», aspirante a miembro del KKK, comenzaría a escalar puestos dentro de La Organización mucho antes de lo que habían pensado los miembros de mi equipo.

05

BOMBERO Y AZUFRE

Colorado Springs era una ciudad de unos 250.000 habitantes y el departamento de policía para el que yo trabajaba contaba con unos 250 agentes. Era una típica ciudad militar, y además albergaba la Academia de la Fuerza Aérea y la Base Aérea de Peterson. Tenía los problemas que uno podría esperar de una ciudad militar: prostitución, drogas, jóvenes, peleas y ese tipo de cosas. Eso sí, no teníamos demasiados problemas relacionados con conflictos políticos o grupos racistas. Una excepción notable era Fred Wilkens, de Lakewood (Colorado), un suburbio al suroeste de Denver. Fred Wilkens era un bombero de Lakewood que también ostentaba el cargo de responsable estatal (Gran Dragón) del Ku Klux Klan de Colorado. Era un fastidio constante para las autoridades de Lakewood, debido a sus convicciones racistas, que frecuentemente compartía en los medios de comunicación. Todo lo que hacía estaba dentro del límite de la legalidad, a veces rozándolo, pero siempre sin cruzarlo. Eran muchos los artículos de prensa que daban constancia de sus actividades extracurriculares con el Klan. En febrero de 1978, por ejemplo, en un artículo que apareció en la revista *Denver* titulado «El Imperio Invisible desenmascarado: el plan maestro del KKK», decía: «El Klan es la esperanza de la raza blanca, tanto en Colorado como en el resto de la nación, y queremos dar a los estadounidenses blancos la oportunidad de unirse a nosotros. [...] Vamos a acercarnos a la comunidad y a hacer que todo el mundo conozca a este nuevo Klan renacido».

Las posiciones de Wilkens como defensor acérrimo del Klan habían recibido el repudio público, tanto en los medios de comunicación como a través de quejas formales dirigidas a los responsables políticos de Lakewood.

En cada uno de los casos, se le había condenado públicamente, y los representantes de la ciudad habían mostrado su repulsa frente a las posiciones racistas de Wilkens, pero sin embargo no lograban encontrar nada por lo que condenarlo oficialmente —a él o a sus actividades extracurriculares—, por lo que siempre salía indemne. Su fidelidad declarada al Klan estaba protegida por los derechos contenidos en la Primera Enmienda, y mientras que esto no interfiriera con las labores de su trabajo oficial como bombero de Lakewood, era imposible tomar acciones legales contra él. De hecho, aparentemente, su hoja de servicios como bombero era ejemplar y, según un informe, le había hecho el boca a boca a un negro para reanimarlo tras rescatarlo de un incendio. Wilkens tenía siempre mucho cuidado en separar sus acciones profesionales de sus convicciones personales, por lo que a las autoridades de la ciudad no les quedaba otra opción que expresar su disgusto. Como él mismo decía en el artículo de la revista *Denver*: «Me la estoy jugando como bombero. Hay bastantes personas a las que les gustaría verme perder el trabajo. Pero estoy en mi derecho constitucional de creer en lo que pienso que es correcto, y esto no me impide el cumplir del mejor modo posible mis responsabilidades como bombero. Mi trabajo es proteger las vidas y la propiedad de todos los ciudadanos, tanto de los blancos como de las minorías. Y eso es exactamente lo que hago. Cuando la gente me pregunta si soy racista, le respondo que depende de cómo definamos esa palabra. Si la definimos como alguien que siente odio racial, definitivamente, no soy racista. Pero si la definimos como alguien que ama su propia raza, entonces, sí que soy racista».

Pero a Fred le encantaba estar siempre en primer plano. Daba entrevistas constantemente para llamar la atención, y los medios de comunicación recibían con gran entusiasmo los artículos de este bombero líder del Klan. Pensaba, como David, que el Klan debía pasar a ser parte de la cultura dominante. Así, decía: «El Klan no desea oponerse ni suprimir a ninguna raza, pero cree que para que cada una de estas desarrolle plenamente su potencial, deben hacerlo separadamente. En consecuencia, el Klan está totalmente en contra de la integración racial y del matrimonio interracial [...] la separación total entre razas es algo mutuamente beneficioso».

En relación con los negros, Wilkens decía: «Creemos que no encajan ni pueden adaptarse a la sociedad blanca. Mientras sigan participando en la

cultura blanca, seguiremos teniendo altos índices de criminalidad, impuestos más elevados a causa de las prestaciones sociales, estándares educativos y de trabajo más bajos, y, en general, una degradación continua de la civilización blanca. Queremos mantener una relación amistosa con la sociedad negra, pero hemos decidido vivir de manera separada. Este es también el sentimiento que tenemos hacia los mexicanos y otras minorías».

Así que, como parte de mi investigación, hice una llamada al señor Wilkens. Lo llamé porque, de nuevo, prefería hablar con la persona que estaba al cargo en lugar de con alguien, como Ken, que era simplemente un organizador local. Al estar en el nivel más bajo de La Organización, sus respuestas no podían ser demasiado específicas. Como detective de inteligencia, quería saber lo más posible sobre Wilkens, y pensé que una conversación telefónica sería el mejor modo de acercarme a él. Además, como Lakewood está en las afueras de Denver, eso me permitiría preparar el terreno para introducir a un agente encubierto del Departamento de Policía de Denver en el cuartel general del Ku Klux Klan de Colorado. Yo sabía que la División de Inteligencia del Departamento de Policía de Denver no estaba llevando a cabo, en aquel momento, ninguna investigación secreta sobre las actividades del Klan en su jurisdicción.

Wilkens respondió al teléfono y me presenté enseguida como un nuevo miembro del capítulo de Colorado Springs del Klan.

—Me llamo Ron Stallworth, y soy miembro del nuevo capítulo del Klan de Colorado Springs. Es un placer conocerlo, señor Wilkens.

Se mostró muy cálido y contento de escucharme.

Al igual que ocurría con David Duke, a Wilkens le encantaba que lo adularan. Lo único que uno tenía que hacer era admirarlos y alimentar su autoestima.

—Quiero saber todo lo que pueda sobre La Causa —le dije.

Le pedí que me enviara documentación para aprender más sobre la historia y modos de proceder del Klan. Prometió mandarme varios ejemplares del periódico del Klan: *The Crusader*. También le pregunté por mi carné de miembro y me dijo que se encargaría personalmente de comprobar el estado de mi solicitud. Sabía que, hasta el momento, no había sido aprobada, pero me dijo que si en los próximos dos días no me llegaba el carné, lo llamara de nuevo y él se encargaría de contactar con el cuartel general nacional del Klan

en Luisiana para acelerar el proceso.

Le pregunté de nuevo sobre la inminente visita de David Duke a Colorado Springs en enero. Wilkens me confirmó la visita de Duke, en principio, para la primera semana del mes. Esperaba tener, para entonces, unos cien miembros del Klan «uniformados» con su túnica, dispuestos a participar en la marcha que estaba organizando. Me preguntó sobre la entrevista que había aparecido recientemente en el *Gazette-Telegraph* con Ken O'dell, organizador local del Klan. Quería saber cuál había sido mi reacción personal. Le dije que Ken había logrado expresar los objetivos y la misión de La Organización de un modo muy eficiente, y que creía que el público recibiría bien la entrevista. Wilkens me preguntó si pensaba que él mismo debía conceder más entrevistas para los medios de comunicación de Colorado Springs. Le contesté que sí, sin darle ninguna razón específica. Inmediatamente mostró deseos de que nos conociéramos en Lakewood para poder hablar sobre los esfuerzos de organización para el área de Colorado Springs.

Wilkens me explicó que «el eje central del plan del Klan gira en la actividad política». El objetivo era conseguir que hombres del Klan fueran elegidos para puestos políticos a todos los niveles del Gobierno de Colorado. En caso de que no les fuera posible encontrar un miembro del Klan lo suficientemente cualificado como para presentarse a las elecciones, en palabras de Wilkens: «Apoyaremos también a individuos que no sean del Klan, pero que compartan nuestra filosofía. Si un candidato quiere nuestro respaldo público, se lo daremos, o podemos ayudarle con apoyo financiero. Lo más importante es que el *pensamiento correcto* llegue al Gobierno». Habló sobre lo bien que se organizaban políticamente los negratos, y sobre cómo debíamos hacer lo mismo para proteger lo que era nuestro.

—Tengo que irme, pero tengo muchas ganas de conocerte, Ron.

Le di las gracias por su tiempo (con mi mejor tono de lameculos) y ahí se acabó nuestra conversación.

Ocho días más tarde, Ken llamó a mi *alter ego* Chuck (pensando que estaba hablando conmigo) a través de la línea de teléfono protegida de la oficina de Narcóticos, para ponerme al día sobre el estado de mi solicitud de admisión. Le contó a Chuck que mi carné todavía no había llegado, con lo cual no podría participar plenamente en las actividades del Klan. Dijo

también que había hablado directamente con el señor Duke el día anterior y que este le había confirmado que estaría en Colorado Springs el 1 de enero.

Desde la última reunión con Chuck en el Corner Pocket Lounge, Ken había viajado a su ciudad natal, San Antonio, en Texas. Al regresar —nos reveló—, había recibido varias propuestas para realizar entrevistas en medios de comunicación, algo que pensaba hacer en los próximos días. Añadió que había ya cien solicitantes en el capítulo de Colorado Springs, pero que sería del todo imposible reunir túnicas para todos ellos antes de la fecha propuesta para la marcha. Confesó que no quería abandonar del todo el plan de realizar la marcha, pero que, en ese momento, la cosa no tenía buena pinta. Al parecer, pasaba más o menos un mes desde que los nuevos miembros realizaban su solicitud hasta que recibían sus túnicas y podían desplegar en público y con orgullo su identidad de hombres del Klan. Expresó el deseo de que nos encontráramos (Chuck y él) pronto, y así terminó la conversación.

Media hora más tarde, Ken volvió a llamar al teléfono secreto de Narcóticos. Quería hablar con «Ron». Chuck no estaba en ese momento en la oficina, así que otro de los detectives de Narcóticos, haciéndose pasar por él (por mí) habló con Ken, quien le dijo que acababa de recibir la información —directamente del cuartel general nacional del Klan— de que mi solicitud había sido aprobada. Ken le aseguró a este detective que mi carné de miembro debía llegar por correo en un par de días.

El 28 de noviembre me enteré de que el capítulo local del KKK tenía una cuenta en el Banco de Fountain Valley, localizado en la carretera estatal 85-87, en una zona de Security que estaba cerca de Fort Carson. La cuenta estaba a nombre de Ken O'dell y Jennifer L. Strong (de quien luego supe que tenía conexiones con el Klan), y también aparecía registrada como empresa bajo el nombre de White People's Organization. El depósito inicial había sido de cuarenta y cuatro dólares.

Algo más tarde, ese mismo día, llamé por teléfono a Fred Wilkens, en Lakewood (Colorado). Me contó que acababa de regresar de la convención nacional del Klan que había tenido lugar en Nueva Orleans, y que David Duke le había confirmado que llegaría a Denver el 6 de enero de 1979. Wilkens dijo que probablemente haríamos una marcha en honor del Gran Mago el 7 o el 8 de enero en Colorado Springs. Me explicó que la incertidumbre se debía, sobre todo, al hecho de que una gran parte de los

miembros de Colorado no tenía todavía la toga blanca del Klan. Puesto que la intención de la marcha era lograr un fuerte eco en la prensa, era necesario que los participantes del Klan fueran vistos en público con su ropaje blanco cargado de simbología.

Ken y Fred estaban obsesionados con la idea de que apareciéramos todos juntos con nuestras túnicas, y quizá es importante detenerse por un momento en el origen de este ropaje que evoca —en la mente de cualquier estadounidense decente— los sentimientos de terror y de odio.

Desde sus orígenes en 1869 en el pueblo de Pulaski (Tennessee), los miembros del Ku Klux Klan, oficiales del ejército confederado bajo el mando del primer Gran Mago reconocido, el general Nathan Bedford Forrest, llevaban sábanas blancas provistas de agujeros para la nariz, la boca y los ojos o, en ocasiones, solo los ojos. Según los registros históricos, algunos de estos primeros miembros del Klan también cubrían con sábanas blancas a sus caballos. ¿Cuál era el propósito exacto de esta argucia?

Tanto la población blanca, en general, como los amos de los esclavos recién liberados, sabían que los esclavos tenían fuertes creencias supersticiosas relacionadas con los fantasmas y el más allá. Estas creencias eran especialmente intensas en relación con los soldados confederados que habían caído recientemente en combate. Los primeros hombres del Klan se aprovechaban de las supersticiones de estos esclavos y los aterrorizaban sacando partido a su creencia en el más allá. Les hacían pensar que aquellos caballos y jinetes cubiertos con sábanas blancas eran los espíritus fantasmales de los soldados que habían muerto recientemente en combate, y que ahora volvían a tomar forma terrenal para asegurarse de que las tradiciones y costumbres de aquel sur anterior a la guerra seguían conservándose y respetándose entre los hombres y mujeres libres. El éxito que los primeros miembros del Klan lograron en relación con el objetivo que buscaban negaba, en cierto modo, el resultado de la guerra que acababa de producirse y los intentos del Gobierno de llevar a cabo la Reconstrucción del sur, física y moralmente devastado.

Otra de las representaciones simbólicas era la de las «cruces en llamas» que solían colocar junto a las casas de aquellos que los habían ofendido. Es fácil imaginar el estado mental que provocaban en aquellos esclavos supersticiosos estas «apariciones fantasmales» de caballos y jinetes, o el

espectáculo demoníaco de aquellas cruces en llamas que vengaban los supuestos pecados cometidos en contra de las tradiciones del «Viejo Sur».

Tradicionalmente, la quema de una cruz o «ceremonia de las cruces en llamas» era considerada una celebración religiosa entre los miembros del Klan, y quemar un símbolo religioso nunca ha tenido un sentido sacrílego para ellos. Al contrario, siempre lo habían considerado como un modo de honrar simbólicamente su fe y sus creencias cristianas. Aun así, históricamente, lo habían utilizado para sembrar el terror en aquellos que temían la fuerza y la ira del Klan. En otras palabras, desde sus inicios, el Ku Klux Klan y sus miembros estaban entregados a la causa del terrorismo doméstico.

Aunque este tipo de creencias supersticiosas ya no existen, se siguen utilizando para provocar terror en los corazones y las mentes de las víctimas del Klan.

La idea de un grupo de cien personas vestidas con sus túnicas blancas, marchando en formación, junto con el fuerte eco que un acontecimiento como este tendría en los medios de comunicación, provocaría justamente ese efecto: sembrar el terror entre los ciudadanos, especialmente entre la población negra de Colorado Springs y sus hijos, quienes jamás habían visto algo tan terrible.

Wilkins me comentó que él mismo había liderado la marcha en Nueva Orleans porque David Duke había recibido amenazas de muerte por parte de miembros del Partido Laborista Progresista. Me dijo que, a pesar de esos esfuerzos por intimidarlo, Duke se negó a cancelar la marcha y esta pudo realizarse sin ningún tipo de incidente.

Wilkins me contó que la respuesta de la población negra había sido muy negativa, pero que la seguridad ofrecida por la policía de Nueva Orleans había sido excelente. De hecho, para evitar una confrontación con los negros, el Klan había cooperado con la policía, adelantando la marcha una hora. Para el momento en que los negros se reunieron para su contramanifestación, la marcha ya había concluido. Me explicó que dos de los miembros del Klan habían sido arrestados por llevar armas de fuego y vaciar dos cargadores al aire para «asustar a los negros».

—¿Sabes lo que ese imbécil de O'dell le ha dicho a la prensa? —me preguntó Wilkins.

En la entrevista, Ken había prometido cien miembros del Klan vestidos con sus túnicas para la marcha de David Duke en enero. Como consecuencia, Wilkens, según me dijo, se sentía ahora obligado, como responsable del Klan en el estado de Colorado, a hacer realidad la afirmación de Wilkens. La impresión que daríamos, de cara a la prensa, si la mayoría de los miembros aparecían sin túnica, sería deplorable. Wilkens añadió que le encantaría reunirse conmigo para seguir hablando de las estrategias organizativas para el área de Colorado Springs. Me pidió que fuera la persona responsable del contacto con la prensa y que me encargara de organizar las entrevistas de David Duke durante su visita. Le dije que sería un honor ocuparme de ello.

Wilkens me comentó que recibiría un paquete de su parte (en nuestro código postal protegido) con su copia de los estatutos del Klan, donde podría «aprender la manera apropiada de actuar como un hombre del Klan». Añadió que mi carné de miembro debía llegar por correo la próxima semana.

Le pregunté a Wilkens si sabía de algún grupo negro extremista que planease sabotear nuestra marcha de enero. Me dijo que no, que no sabía de ningún grupo en particular que tuviera la intención de sabotear la marcha del Klan, pero que, aun así, el Klan estaba siempre preparado para actuar ante una contramanifestación. Añadió que, en el caso de que se produjera, esperaba que no fuera violenta. Pero si la situación se tornaba violenta y se producía un ataque hacia alguno de los hombres del Klan, tomarían las medidas necesarias, aunque prefería no hablar sobre ello.

Entretanto, mientras revisaba los nombres y la información obtenidos hasta ese momento, el movimiento de protesta en contra de la marcha del Klan comenzaba a tomar fuerza. Un ejemplo de ello apareció en forma de artículo de prensa, el 29 de noviembre de 1978, en el ya desaparecido *Colorado Spring Sun*.

En el artículo, el Comité Contra el Racismo (CAR) y PBP (Gente para el Progreso del Pueblo) anunciaban un cambio en la fecha de su protesta contra el Klan, adelantándola del 21 al 16 de diciembre. El cambio se había producido después de una reunión con activistas locales de los derechos civiles, a la que asistieron unas sesenta personas, y donde los estudiantes del Colorado College se habían quejado de que la fecha original estaba demasiado cerca de sus vacaciones de Navidad, mientras que adelantar la protesta una semana les facilitaría la tarea de reunir un grupo de estudiantes

mayor.

De todos modos, el motivo principal de la reunión era el hablar de las tácticas que pudieran aglutinar la oposición de la comunidad al Klan. La reunión se había producido sin publicidad de ningún tipo, y era notable que hubieran logrado congregarse, a través del boca a boca y en tan poco tiempo, a sesenta personas. El aspecto más preocupante de estas tácticas lo ofreció Doug Vaughn, del capítulo de Denver del Incar (Comité Internacional Contra el Racismo). Vaughn era miembro declarado tanto del Incar como del PLP y, dependiendo de la ocasión, se presentaba como representante de uno o del otro. La diferencia entre ambos era que el Incar estaba dirigido al público en general, mientras que los miembros del PLP solían ser comunistas devotos y acérrimos. Doug reclamaba una confrontación violenta con el Klan: «Cuando una plaga racista, como el Klan o los nazis, sale de debajo de una piedra, creemos que lo que hay que hacer es aplastarla con esa misma piedra».

Había una tercera posición táctica frente a la marcha del Klan en enero, la de la Unión de Estudiantes Negros del Colorado College, quienes sugerían ignorarlos completamente. Su portavoz pensaba que ello demostraría que el Klan carecía de apoyo público: «Aquellos que estén viendo la televisión en casa pueden pensar dos cosas. O bien que la gente les tiene miedo, o bien que no les importan un comino. Ninguna de estas dos reacciones sería positiva».

Después de debatir durante un buen rato, el grupo llegó a la conclusión de que el Klan 1) era inteligente, 2) oportunista, 3) violento, y podía actuar en cualquier momento. Sentían que era necesario prepararse adecuadamente para contrarrestar cualquier intento inmediato del Klan para hacerse fuertes entre (y contra) la gente de Colorado Springs. Finalmente, decidieron que el mejor plan de acción contra el Klan sería, tal vez, que un pequeño grupo repartiera octavillas y llevara pancartas para mostrar a los ciudadanos el rechazo al Klan, al tiempo que se les informaba de sus verdaderos propósitos. Yo participé en aquella reunión en mi capacidad de agente encubierto.

El público de esas reuniones anti-Klan estaba compuesto principalmente por estudiantes, algún que otro profesional, personal universitario y ciudadanos concienciados. Había también amas de casa y gente de toda condición y clase social, inquietos ante la idea de que el Klan hiciera visible su presencia en la ciudad. No estaban bien organizados y no tenían un plan de ataque. Resultaba evidente que eran incapaces de proceder de un modo

unitario; había demasiados grupúsculos, cada uno con su agenda, lo que hacía imposible que se unieran.

Esta reunión era una prueba evidente, tanto del abanico de actitudes viscerales contrarias a la presencia emergente del Klan, como de la falta de consenso en torno a la mejor forma de responder a esa presencia: desde la idea de una marcha o una confrontación violenta, a la de ignorar completamente su presencia, para decidirse finalmente por repartir octavillas y llevar pancartas con consignas contra el Klan. El estado de ánimo de quienes se oponían al Klan era de lo más variado.

El 1 de diciembre se produjo un cambio significativo en mi relación con Ken O'dell. Había llamado a Chuck para comunicarle que iba a haber una reunión del Klan en su casa. El propósito de la reunión era doble: 1) Butch y su mujer iban a dejar la ciudad y volver a California, donde tenían su casa y 2) él (Ken) iba a dejar el Ejército para volver a su casa en San Antonio (Texas) en algún momento de enero de 1979. Como consecuencia, el Klan necesitaría un nuevo responsable de organización local. Ken le contó a Chuck que las conversaciones que habíamos tenido le habían dejado una muy buena impresión, y que pensaba que yo (Chuck) «sería un excelente responsable local de organización».

Evidentemente, tanto a Chuck como a mí nos tomó por sorpresa este giro inesperado. Durante mis conversaciones telefónicas con Ken, nunca hubo nada que indicase que estuviera pensando, siquiera remotamente, en avanzar en esta dirección. Si hubiera sabido que estaba contemplando el dar un paso así, me habría reunido, sin falta, con mi sargento y con Chuck para elaborar una respuesta estratégica a su declaración de que Ron Stallworth debía asumir el liderazgo en el capítulo de Colorado Springs de los Caballeros del Ku Klux Klan. Lo que, sobre todo, impedía esa posibilidad era el riesgo de «inducción al delito» y Chuck, como buen investigador encubierto que era, lo captó inmediatamente y lo tuvo en cuenta en su respuesta.

Al percatarse del problema legal de «inducción al delito», Chuck trató de hacer cambiar de opinión a Ken, argumentando que no estaba seguro de que el resto de los miembros recibiría su idea con el mismo entusiasmo.

Como agentes encubiertos, estábamos siempre alerta para evitar la «inducción al delito», que supone instigar deliberadamente a un sospechoso a cometer un delito. Esto quiere decir que, por ejemplo, no podíamos organizar

una quema de cruces para luego arrestar a los miembros del Klan que habían participado en ella por conspiración para sembrar el terror en Colorado Springs. Por tanto, una posición de liderazgo no solo planteaba, obviamente, mayores retos, sino también recompensas potenciales enormes.

Cuando actúan como investigadores encubiertos, los policías pueden utilizar legítimamente engaños de distinto tipo con el fin de obtener información o atrapar a un sospechoso, pero no pueden persuadir a una persona inocente para que cometa un crimen que él o ella no estaban predispuestos a cometer, ni forzar a un sospechoso a hacer algo, aunque tengan la certeza de que se trata de un criminal. En el curso de una investigación, todo agente encubierto debe tener siempre presente el peligro de inducción al delito, pues una vez que se haya realizado el arresto, esta será la piedra angular de la defensa. Un pequeño desliz puede marcar la diferencia entre una investigación exitosa o fallida, y el subsiguiente procesamiento o sobreseimiento.

Cada vez que Chuck o yo hablábamos con alguno de los miembros del Klan, nos cuidábamos mucho de no llevar la conversación a un terreno que pudiera inducir a alguno de ellos a realizar algo que normalmente no habría hecho por su cuenta. A menudo esto era difícil, pues en muchas ocasiones pedían mi (nuestra) opinión sobre los pasos o la dirección que debieran seguir para llevar a cabo planes que, a menudo, podían hacerles entrar en conflicto con el público general o, directamente, con la policía. Habría sido muy fácil para mí o para Chuck manipular las conversaciones para asegurarnos de que cometieran algún acto criminal que permitiera su arresto y su procesamiento. Pero, por el contrario, desviábamos (o tratábamos de desviar) aquellas conversaciones cuando comenzaban a tocar temas conflictivos, de modo que podíamos seguir recopilando información mientras, al mismo tiempo, manteníamos la seguridad y el orden público. La ley que regía la inducción al delito nos mantenía siempre alerta para evitar cruzar la línea de la legalidad o cometer nosotros mismos actos criminales.

Ken seguía presionando a Chuck para que fuera a la reunión que iban a tener esa tarde en su casa, para que se planteara tomar su lugar como responsable de organización local. Chuck declinó la invitación aduciendo que tenía otro compromiso y le dijo a Ken que prefería seguir siendo miembro «silencioso» del Klan y mantener su identidad oculta en lugar de asumir un

papel más público como organizador local. La justificación que le dio fue que trabajaba para el Departamento de Obras Públicas del Gobierno local de Colorado Springs. A menudo utilizábamos este tipo de trabajos gubernamentales como ocupación encubierta cuando estábamos llevando a cabo una investigación. Resultaban una tapadera perfecta, pues el funcionariado de una ciudad es una enorme maquinaria con miles de empleados.

Ken dijo que había hablado con Duke el día anterior y que este le contó que llegaría a Colorado Springs el 6 de enero para una visita de cinco días. Si lograban reunir a los cien miembros con túnicas para los días en que Duke iba a estar en la ciudad, tal y como habían programado, se haría la marcha.

El 5 de diciembre, Chuck llamó a Ken, quien le informó de que a los tres días habría otra reunión en su casa para seguir hablando del proceso de sustitución de los responsables locales del Klan. Chuck accedió a ir a esa reunión. El 8 de diciembre, Chuck, en su papel de Ron Stallworth, llegó a la casa de Ken O'dell y fue recibido por su mujer, Anita. Esta resultó ser una anomalía en la relación Ken O'dell-KKK a causa de su procedencia étnica. Uno de los grupos minoritarios a los que el Klan suele atacar son los mexicano-americanos, sobre todo cuando la región del país donde se ha establecido el capítulo del Klan cuenta con una alta densidad de población perteneciente a ese grupo particular. De todos modos, el primer puesto en la agenda racista del Klan lo ocupan los negros y los judíos. En el caso de la mujer de Ken O'dell, ambos provenían de San Antonio (Texas) y ella era de ascendencia mexicana. Chuck decidió, con acierto, no decir nada al respecto al incorporarse a la reunión.

A lo largo de nuestras conversaciones, me fue quedando claro que lo que contaba Ken era poco creíble. Inventaba cosas continuamente para darse más importancia de la que realmente tenía, sacándose nuevos miembros de la manga y alardeando de planes que nunca podría llevar a cabo. Pero, a pesar de lo frustrante y poco fiable que era, Ken seguía siendo un activo esencial y nuestra entrada al mundo del Klan.

Contando a O'dell y a su mujer, había siete personas en la casa de Ken. Más tarde pudimos comprobar que todos ellos eran soldados en Fort Carson. Uno de ellos era Joe Stewart, quien resultaría ser uno de los miembros más relevantes del capítulo del Klan de Colorado. Se lo presentaron a Chuck

como «segundo de a bordo» de Ken. «Tim» era el tesorero del Klan y «Bob» el «halcón nocturno» (guardaespaldas). Esta era la primera vez en que el liderazgo del capítulo del Klan se nos revelaba al completo. Ken explicó que la reunión tenía cuatro temas de discusión:

1. Posibles acciones legales contra el periódico *Gazette-Telegraph*.
2. Introducción del KKK en la Prisión Estatal de Colorado.
3. Reclutamiento de nuevos miembros.
4. Elección de un nuevo responsable de organización local.

La demanda estaba basada en un anuncio del Klan que, supuestamente, el periódico había accedido a publicar durante un número de días determinado, para luego negarse a hacerlo. Ken afirmó que Fred Wilkens y la organización de Denver apoyaban con entusiasmo la idea de interponer la demanda. A continuación, Ken pasó a tratar el tema de la presencia del Klan en la penitenciaría. Los presidiarios blancos eran un grupo que abordar para su posible reclutamiento. Ken apuntó que los trataban igual que a los criminales negros y latinos. Era necesario que supieran que afuera tenían hermanos que se preocupaban por ellos y una comunidad dentro de la misma cárcel con la que podían contar. Le dijo a Chuck que, hasta el momento, solo uno de los reclusos había recibido materiales del Klan, sin explicar por qué le llegaban solo a él, si aún seguía en prisión, si todavía recibía materiales del Klan, o si las autoridades de la prisión los habían interceptado.

El plan de Ken era empezar a mandar a los reclusos blancos ejemplares del periódico *The Crusader*, junto con los formularios de solicitud para hacerse miembro del Klan. Dejó muy claro que su intención era abrir un capítulo (una guarida) del Klan dentro de la Prisión Estatal de Colorado en Canon City (Colorado).

—Además del contacto con presos de la Prisión Estatal de Colorado, quiero hablaros sobre nuestras estrategias de reclutamiento —dijo Ken—. Necesitamos cien miembros para la visita del señor Duke en enero. Para lograr este objetivo, voy a implementar una nueva medida. Cada uno de nosotros debe reclutar a tres nuevos miembros. A su vez esos tres miembros traerán a otros tres, y así sucesivamente. De ese modo, creceremos exponencialmente.

A través del micro oculto, podía imaginarme la sonrisa petulante de Ken mientras pronunciaba mal la palabra «exponencialmente». Pero también pensé que esto me daba la oportunidad de ampliar mi investigación. Si Chuck podía infiltrar a otro oficial, doblaría el personal que tenía a mi disposición.

A continuación, Ken sacó el tema de la elección de un nuevo representante de organización local. Comentó que era necesario encontrar inmediatamente a alguien que no viniera del ámbito militar para hacerse con las riendas del liderazgo. Alguien así podría representar con más libertad al Klan, sin que su labor se viera complicada por las regulaciones militares, sus horarios restringidos, obligaciones y licencias.

Sin mayor ceremonia, anunció a todos los presentes que había elegido a Ron Stallworth (a Chuck) como su candidato para ser el responsable de organización local. Para justificar esta decisión, Ken explicó que yo (Chuck) había dado claras muestras «de ser un miembro leal y devoto del Klan». Le pidió su opinión a los demás y el apoyo fue unánime.

Personalmente, pensé que la posibilidad de que hicieran a Ron responsable de organización del Klan sería algo excelente para la investigación. Mucho más arriesgado, sí, pero con una recompensa potencial mucho mayor. Estaba seguro de que podíamos lograrlo si trabajábamos estrechamente con el fiscal del distrito en cada paso de nuestra investigación. La cantidad de información que podíamos recabar desde una posición de semiliderazgo era mucho mayor.

Chuck —y hay que decir esto en su favor— demostró, de nuevo, ser muy consciente del peligro de inducción al delito, de las consecuencias que podía tener el hallarse en una posición de responsabilidad tan alta, y de cómo esto podría afectar al desarrollo y al resultado de nuestra investigación si finalmente lográbamos llevar a cabo una serie de acusaciones formales y arrestos. Dio las gracias a Ken y al resto por este «inmenso honor», pero explicó que no estaba seguro de que pudiera dedicarle el tiempo necesario para llevar a cabo las tareas de organizador local. Ken lo ignoró y expresó su confianza en mi capacidad (la de Chuck) para organizar mi horario y acomodar las tareas de organizador local. No volvió más sobre el tema durante el resto de la reunión, a pesar de que este no había quedado zanjado.

En distintos momentos de la reunión, Ken habló sobre la cuestión de la violencia. Oficialmente, era como si hubieran sacado una página

directamente del manual de estrategia de Martin Luther King Jr. La acción y organización no violentas habían cambiado, de hecho, la cultura estadounidense. Pero las ideas de Ken eran, evidentemente, muy distintas. Mientras escuchaba las conversaciones de esa noche a través del micro oculto de Chuck —durante cada uno de estos encuentros cara a cara, yo estaba siempre en uno de los vehículos de vigilancia—, y en ulteriores conversaciones con él tras la reunión, llegamos a la conclusión de que Ken apoyaba todo tipo de violencia contra aquellas personas que no fueran miembros del Klan, a pesar de haber profesado anteriormente un credo no violento.

Ken quería organizar una «patrulla fronteriza» en El Paso. Eso significaba colocarse junto a la frontera con sus coches, camionetas y rifles con mira telescópica y disparar a todo el que vieran tratando de cruzar el río Grande. La idea de crear un puesto de vigilancia armada en la frontera del río Grande con México estaba en la línea de las opiniones que David Duke tenía sobre el control migratorio.

Después de la reunión, Ken le mostró orgulloso a Chuck su arsenal, que consistía en trece rifles y escopetas más un revólver de percusión, junto con los componentes necesarios para cargarlo. Comentó que tenía guardadas más armas en todas las habitaciones de su casa y en cada uno de sus vehículos. Esta información resultaría valiosa en el caso de que tuviéramos que ejecutar una orden de registro en su domicilio o tratar de arrestarlo mientras conducía. Justo antes de que Chuck se marchara, Ken le mostró un papel con los nombres de los veinticinco miembros del capítulo local. «Serás responsable de todos ellos», dijo. Repitió que, si cada uno lograba reclutar a otros tres miembros, La Organización crecería sustancialmente. Por desgracia, Ken volvió a guardarse la lista antes de que Chuck tuviera tiempo de memorizarla. Pero no cabía duda de que, a pesar de su aparente desorganización, el Klan tenía más miembros de los que habíamos imaginado.

Ken acompañó a Chuck a la puerta, estrechó su mano y volvió a afirmar que sería un gran organizador. Chuck le dio las gracias y se marchó. Desde el coche de vigilancia, respiré aliviado al ver que la reunión había concluido y conduje de vuelta a la estación de policía, con la certeza de que el Klan era más poderoso de lo que pensaba, pero también con el entusiasmo de saber que el alcance de mi investigación, sin duda, iba a ampliarse.

06

PARTE DE NUESTRO *POSSE*[\[11\]](#)

Después de la reunión en casa de Ken, me apresuré a presentar al sargento Trapp una solicitud de ampliación de mi equipo.

Necesitábamos que Chuck trajera, al menos, a un nuevo miembro. Como de costumbre, Trapp me ofreció todo su apoyo, habló con el jefe, quien autorizó que se me asignara otro agente encubierto. Como era de esperar, a Arthur no le hizo ninguna gracia, pero él no tenía ni voz ni voto en este asunto. Yo no respondía ante él y él no podía interferir en mi investigación. Elegí a Jimmy para que se uniera a Chuck, pues ya me había estado ayudando con las misiones de vigilancia. Ahora, con una nueva incorporación, estaba preparado para profundizar aún más en el Klan.

El 11 de diciembre, visité a Guy Thomas, un investigador de la Unidad de Inteligencia de la Prisión Estatal de Colorado, situada en Canon City (Colorado). Quería discutir con él los planes que Ken tenía para aumentar el número de miembros del Klan dentro de la prisión. Le avisé de que tratarían de reclutar a presos enviándoles propaganda por correo. Thomas me informó de que recientemente le habían confiscado un ejemplar del periódico del Klan, *The Crusader*, a un preso procedente de Weld County, la zona norte del estado que rodea a Wyoming y donde se encuentra, en Greeley, la Universidad del Norte de Colorado. Según Thomas, este preso ahora se declaraba miembro del Klan y había logrado reclutar a uno de sus compañeros. Un tercer preso recibía el periódico directamente desde el cuartel general del Klan en Metairie (Luisiana). Un cuarto preso había estado recibiendo cartas de un miembro del NSWPP (Partido Nacional Socialista de la Gente Blanca) desde Arlington (Virginia). Thomas me prometió

mantenerme informado de cualquier novedad que sucediera dentro del sistema de prisiones.

Ese mismo día, Chuck recibió una llamada telefónica de Ken, quien le dijo que tenía buenas noticias. Dos días atrás, había recibido una llamada de los miembros locales del Posse Comitatus, que se mostraron interesados en cooperar con el Ku Klux Klan. Esto sería, potencialmente, un golpe maestro, ya que el Posse Comitatus era, por aquel entonces, una de las organizaciones extremistas de derechas más influyentes en Colorado.

En latín, el término «*posse comitatus*» significa «fuerza del condado». Se trataba de un movimiento social de extrema derecha, escasamente organizado, que se oponía al Gobierno federal y defendía el «localismo», afirmando que cualquier forma de gobierno que fuera más allá del condado era ilegítima, y que la figura del *sheriff* representaba la máxima autoridad legal. Si se considera que el *sheriff* se niega a cumplir la voluntad de los ciudadanos, «el Posse lo llevará a una de las intersecciones más concurridas de la ciudad y allí permanecerá ahorcado desde el mediodía hasta la puesta de sol, como ejemplo para todo aquel que se atreva a incumplir la ley».

Algunos miembros del Posse eran sobrevivencialistas[12] practicantes y tuvieron un papel activo en la formación de las milicias ciudadanas armadas de los años noventa. Al igual que el Ku Klux Klan, abrazaban el antisemitismo y la creencia, típica de los supremacistas blancos, de que el Gobierno federal estaba bajo control del ZOG (Gobierno Ocupado por los Sionistas) como parte de una conspiración judía.

Una de las tácticas que introdujo el Posse en los setenta, utilizada frecuentemente en Colorado Springs para intimidar a la policía y a otros funcionarios gubernamentales, consistía en presentar falsas demandas de embargo; también recurrían a otras formas de terrorismo teórico. Los embargos obligaban a las víctimas a perder tiempo y dinero en los tribunales, pagando a abogados para defender propiedades que, legalmente, les pertenecían. Yo llegué a conocer a algunos oficiales que intentaron vender sus casas y, en mitad del proceso, descubrieron que no podían porque el Posse les había interpuesto una demanda de embargo. Cuando era agente uniformado, me tropecé en alguna ocasión con miembros del Posse en controles rutinarios de tráfico. Como yo era un agente de policía de la ciudad, y no un ayudante del *sheriff*, se negaban a reconocer mi autoridad y mi

derecho a pararles e incluso a dirigirles la palabra. El hecho de que fuera negro tampoco les sentaba bien, ya que, al igual que el Klan, miraban con malos ojos a todo aquel que no tuviera la piel blanca. Cuestionaban en los tribunales nuestras actuaciones, bajo la creencia errónea de que nuestra autoridad no estaba sancionada por la Constitución de los Estados Unidos, y siempre acababan perdiendo. Nuestra Unidad de Inteligencia mantenía el Posse y a sus miembros bajo vigilancia, pero nunca habíamos logrado infiltrarnos en su grupo de un modo similar a como estábamos haciendo con el KKK.

El anuncio de Ken de una posible fusión de ambos grupos suponía, por tanto, un importante giro para nuestra investigación y resultaba muy interesante no solo para mí, sino también para mi sargento. La cuestión era cómo podríamos, dadas nuestras circunstancias actuales, sacarle partido a esta situación y ampliar el alcance de la investigación. En aquella época, el Posse Comitatus era como un grano en el culo para la policía, y la intención de Ken de unir fuerzas con ellos creaba una nueva serie de problemas. Nos convenía que ambos grupos permanecieran separados, pues su unión solo los haría más fuertes, pero la fusión también nos haría más sencillo obtener información. Podríamos identificar a sus miembros y llevar aún más lejos nuestra investigación.

El PC era más numeroso que el Klan en Colorado, y sus miembros estaban como una cabra, por decirlo de alguna manera. Se paseaban armados por la vía pública, por las tiendas, por todas partes. Sus armas estaban descargadas, de acuerdo con la ley, pero ¿cómo podía saber un policía si aquellas pistolas estaban o no cargadas? En conjunto, se trataba de gente furiosa y peligrosa.

Ken le contó a Chuck que la visión del Posse le había impresionado. Afirmó que el día anterior había recibido en casa a algunos de sus miembros y que ellos, por su parte, le habían invitado a una reunión prevista para el día siguiente, 12 de diciembre. Ken añadió que podía llevar consigo a otros dos miembros del Klan, y que Tim, el tesorero, sería definitivamente uno de ellos. Dijo que, como segundo representante, tenía que decidir entre Bob, el guardaespaldas, Joe, su mano derecha, y yo, Ron Stallworth, y que pronto nos lo haría saber.

La idea inicial de Ken era que Fred Wilkens asistiera a la reunión con el

Posse, pues quería proyectar la película *El nacimiento de una nación*, pero Wilkens no estaba disponible, así que se canceló el plan. Sugirió entonces una segunda reunión con el Posse para la semana siguiente, el 19 de diciembre, en la que se proyectaría la película con Wilkens presente. No se puede subestimar la importancia de *El nacimiento de una nación* en relación con el Ku Klux Klan.

Basada en una novela de Thomas Dixon Jr., un pastor religioso de Carolina del Norte, y dirigida por el aclamado realizador D. W. Griffith, la película se estrenó en 1915. En una época dominada por cortometrajes mudos de temática cómica, *El nacimiento de una nación* era una superproducción épica de dos horas y cuarenta y cinco minutos que estableció los estándares de la industria del cine de su época. Según una reseña del crítico Roger Ebert que analizaba el film y su impacto, hasta la década de los sesenta se la señalaba habitualmente como la mejor película estadounidense de la historia. De hecho, durante gran parte del siglo xx se consideraba que *El nacimiento de una nación* era la película más popular de todos los tiempos, y que su mensaje representaba el punto de vista comúnmente aceptado de los Estados Unidos blancos. En su reseña, escrita en 2003, Ebert cita a la estrella femenina de la película, Lillian Gish, quien reconocía el paternalismo con que Griffith respondía a quienes le acusaban de estar en contra de los negros: «Decir eso es como decir que estoy en contra de los niños, porque ellos (los negros) han sido nuestros niños, a los que hemos cuidado y amado durante todas nuestras vidas». Griffith era el típico blanco sureño, sin complejos, del siglo xix, cuya película reflejaba las actitudes de sus pares, quienes eran incapaces de ver a los negros norteamericanos como sus semejantes, merecedores de derechos.

El nacimiento de una nación relata la historia desde el punto de vista del Klan, alimentando la leyenda de que fue este quien salvó al sur durante el periodo de la Reconstrucción. La película juega con el heroísmo en las batallas de la gran guerra civil, el estereotipo del negro como violador obsesionado con el sexo y siervo fiel de sus amos blancos, los mitos de la Reconstrucción, los congresistas del norte que querían castigar al sur por la guerra, los oportunistas (nortños que se desplazaron al sur después de la guerra buscando beneficiarse del programa de la Reconstrucción del Gobierno), así como los legisladores y soldados negros de la Reconstrucción,

ebrios de poder.

La película narra la historia de amor entre un coronel sureño y la enfermera que lo cuida. En uno de los momentos de mayor tensión de la película, la hermana del coronel se suicida para evitar ser violada por un «negro lascivo». Consternado ante semejante atrocidad, el Ku Klux Klan aparece en escena para combatir la plaga que ha descendido sobre nuestra tierra. Para ayudar a que la película lograra la aceptación popular, Thomas Dixon, un viejo compañero de clase del presidente Woodrow Wilson, organizó un pase privado para él, su gabinete y sus familiares. Se dijo que el presidente había salido de la proyección profundamente emocionado, diciendo de la película que era «como escribir la Historia a base de relámpagos [...] mi único pesar es que todo lo que muestra es dolorosamente cierto».

La película llegó a recaudar 18 millones de dólares (el equivalente a 409 millones de dólares de 2013). Su impacto fue tan profundo que a menudo se le atribuye el haber preparado el escenario para el retorno del Klan en 1915.

William J. Simmons, el hombre que adoptó el título de Gran Mago y resucitó al Klan, reconocía el valor propagandístico de *El nacimiento de una nación* y utilizaba el film como herramienta promocional para ganar nuevos adeptos. Los líderes modernos del Klan, incluidos Ken, Wilkens y el sucesor de Simmons como Gran Mago, David Duke, todavía utilizaban la película como herramienta de reclutamiento, añadiendo su propia narrativa personal para atraer al público hacia la causa.

Ken le contó a Chuck que un miembro del Posse Comitatus poseía un sable y una hebilla de cinturón que habían pertenecido al primer Gran Mago del KKK, el general Nathan Bedford Forrest, y que estaba dispuesto a comprárselos. También añadió que otro motivo para unir fuerzas con este grupo es que el Posse ofrecía, por sesenta y cinco dólares, un cursillo sobre cómo evitar pagar impuestos. Insistió en que el impuesto sobre la renta era inconstitucional y que el curso te ofrecía los impresos necesarios y te enseñaba cómo rellenarlos para recurrir el pago de cualquier tipo de impuesto. Si los dos grupos se unían, prosiguió Ken, recomendaría a todos los miembros del Klan que se apuntaran al curso.

En este punto de la conversación, Ken empezó a presionar a Chuck, echándole en cara que fuera, hasta el momento, el único miembro del Klan

que no había recomendado a nuevos candidatos. Ken mentía, nadie más había traído tres nuevos miembros, pero su insistencia en que Chuck (¿o debería decir Ron?) se encargase de reclutar y organizar se estaba convirtiendo en un problema. ¿Cuántas veces puedes decir «lo estoy intentando» antes de que un tipo como Ken se enfade o, peor aún, comience a sospechar?

Chuck respondió que intentaría convencer a un amigo de que se presentara a una entrevista, y Ken le dijo que si prefería seguir siendo un miembro «silencioso», él mismo dirigiría la entrevista como si Chuck fuera un nuevo candidato. Esto significaba que Chuck se presentaría a la entrevista junto con su amigo fingiendo ser él también nuevo.

El 11 de diciembre resultó ser un día muy productivo e informativo para nuestra investigación, que apenas llevaba un mes en marcha. También marcó el principio de un ligero cambio de dirección en nuestra actividad, pues me contactó personalmente un sargento de las Fuerzas Aéreas asignado al Norad (Mando Norteamericano de Defensa Aeroespacial). El Norad es un mando militar conjunto estadounidense-canadiense, responsable de la alerta aeroespacial, el control, la soberanía y la defensa del continente norteamericano. La misión «a través de acuerdos de mutuo apoyo con otros mandos, incluye el seguimiento de objetos espaciales creados por el hombre y la detección, validación y alerta frente a ataques contra América del Norte, ya sea por medio de aviones, misiles o vehículos espaciales». Se estableció en 1958 como consecuencia de la Guerra Fría con la antigua Unión Soviética, y su instalación principal estaba localizada en el interior del monte Cheyenne, en la zona oeste de la Interestatal 25 que atraviesa Fort Carson. Está clasificada como una instalación de «máxima seguridad».

El Norad me contactó porque se había corrido la voz entre las fuerzas del orden de que un policía negro estaba liderando una investigación encubierta sobre el KKK. Por ejemplo, un día me encontraba testificando en un antiguo caso de drogas cuando, en mitad de una pausa, el juez tapó su micrófono, se me acercó y me preguntó cómo iba mi investigación sobre el Klan. Cuando le pregunté cómo se había enterado, me dijo que todo el mundo estaba hablando de ello. En otra ocasión, fui al «bar de polis» local, justo enfrente del tribunal, donde los oficiales de justicia criminal se juntaban después del trabajo, y más de uno me pidió que le enseñara mi carné del KKK, que llevaba en la cartera. Tarde o temprano, alguien acababa invitándome a una copa y brindando por

mí en voz alta, para que todos lo oyeran: «Por el único negro lo bastante loco como para unirse al KKK». La gente alzaba sus vasos en mi dirección y alguien de entre el público gritaba: «¡Enseñanos tu carné del KKK!».

Esta información se había extendido aún más dentro del departamento de policía. Contábamos aproximadamente con 250 agentes, por debajo tan solo del Departamento de Policía de Denver. Contando con el personal de apoyo civil, teníamos al menos a 300 empleados en nómina. En muchos sentidos, éramos como un pueblecito donde todo el mundo se conoce y los secretos personales no son demasiado personales.

Me veía obligado a esquivar cada vez más preguntas de oficiales interesados en unirse, de alguna manera, a mi investigación. Algunos de ellos buscaban una vía para llegar a la Unidad de Inteligencia y creían que ganarían puntos si aportaban algo de valor a la investigación. Pensaban que si se ganaban mi confianza, me convertirían en su aliado y ello facilitaría su admisión en la unidad. Otros querían formar parte de lo que ya era una leyenda singular en la justicia criminal y querían ver sus nombres unidos a ella. No me hacía mucha gracia tanto cotilleo, pero debo admitir que estaba orgulloso de mi trabajo; recibir algún que otro halago de vez en cuando sienta bien.

El agente del Norad se presentó e inmediatamente me hizo saber que también era negro. Me contó que había vivido en muchas ciudades — Indianápolis, Chicago, San Luis y Petersburg (Virginia)— y había sido testigo de la actividad del Klan en un par de ellas durante los años sesenta. Era plenamente consciente de lo que el Klan era capaz de hacer para destruir a una comunidad y hacer daño a sus habitantes, y quería hacer todo lo que estuviera en su mano para evitar que hicieran lo mismo en Colorado Springs.

Antes de unirse a las Fuerzas Aéreas, hacía dieciocho años (en 1960), había sido miembro con carné de los Black Muslims (Musulmanes Negros) y del Partido de los Panteras Negras, y aún mantenía contacto con miembros de ambos grupos. Unos diez días antes, recibió una llamada de un miembro de los Musulmanes de Chicago, ligado a Louis Farrakhan e interesado en conocer el ambiente que había en Colorado Springs desde la aparición del Klan.

El sargento me indicó que aquel miembro de los Musulmanes quería saber si los ciudadanos negros de Colorado Springs apoyarían una

manifestación contra el Klan liderada por un pequeño grupo de Musulmanes de Chicago, y si haría falta algún tipo de «maquinaria» (armas).

El sargento alegó que le dijo a ambos grupos que el clima de Colorado Springs no era propicio aún para semejante actividad, y les sugirió que no vinieran a la ciudad. Creía que los Panteras Negras seguirían su consejo, pero también pensaba que los Musulmanes tenían previsto llegar al mismo tiempo que David Duke. Añadió que si los Musulmanes no se manifestaban contra este, quizá trataran de abrir una mezquita en Colorado Springs. Se ofreció a colaborar con mi investigación presentándome a cualquier miembro de los Panteras o de los Musulmanes que apareciera por la ciudad. Puede que ambas organizaciones contrarrestaran la presencia de un grupo de supremacistas blancos, pero su presencia era también problemática (violencia, drogas) para un oficial de policía como yo. Agradecí al sargento su llamada, le dije que no era conveniente tener a ambas fuerzas en Colorado Springs y que sería mejor para él y para la ciudad que se quedaran donde estaban. Aquí serían, a falta de un término mejor, agitadores externos.

El 12 de diciembre recibí un informe de unos patrulleros uniformados del Departamento de Policía de Colorado Springs referente a Michael W. Miller, un soldado de Fort Carson. Estos oficiales habían respondido a una denuncia por disturbios en el Bunny Club, un conocido bar frecuentado por militares. Miller, después de una discusión en la que acusó a los camareros de intentar timarlo, empezó a insultar al dueño. Sacó una «tarjeta de visita» de su cartera, la soltó sobre la barra y dijo: «Debería prenderle fuego a este antro. No sería la primera vez».

La tarjeta llevaba impreso el logo de los Caballeros del Ku Klux Klan, junto con la dirección y el teléfono de contacto del cuartel general de Metairie (Luisiana) y el eslogan «La pureza racial es la seguridad de América», que se convirtió en el eslogan de Duke durante su primera campaña para el Senado del estado de Luisiana. Impresas en el lado izquierdo del anverso, aparecían las palabras «White People Org» (Gente Blanca S. A.), que era el nombre de la empresa que aparecía en la cuenta corriente del KKK abierta a nombre de Ken O'dell. La tarjeta incluía también el apartado de correos 4771, el mismo que aparecía en el anuncio de periódico al que respondí en octubre.

Cuando los agentes lo encararon, Miller negó, al principio, haber puesto

la tarjeta en la barra, y más tarde dijo que llevar tarjetas del KKK encima y repartirlas no era un crimen. También les mostró otra tarjeta (#3869), expedida por el estado de Oregón, que lo autorizaba a comprar explosivos. Le dijo a los agentes que había recibido entrenamiento como artificiero en el Ejército de los Estados Unidos. Los agentes decidieron que estaba claramente borracho, lo sacaron del bar y lo entregaron a las autoridades militares.

Tras este incidente, me puse en contacto con oficiales de la Policía Militar de Fort Carson o CID (Destacamento de Investigación Criminal) y descubrí que Miller era un alcohólico declarado que se ocupaba de tareas de reconocimiento y que, efectivamente, había sido entrenado en el uso de explosivos.

El sargento primero de Miller —un hombre negro— dijo conocer su implicación con el KKK, ya que solía presumir de ello. De hecho, comentó el sargento, Miller le había lanzado una amenaza velada en una ocasión, diciéndole que había pulido una carga de munición del calibre .30-06 con su nombre grabado en ella, y que pensaba regalársela algún día.

Cuando le pregunté qué sanción había impuesto el sargento a Miller ante un desacato tan obvio, se me dijo que las autoridades militares no habían hecho nada. Aparentemente, el sargento le quitó hierro diciendo simplemente: «Miller es Miller». Su alcoholismo continuó, su relación con el KKK continuó y sus amenazas veladas a la vida del sargento continuaron. Miller siguió siendo el mismo, lo cual, a ojos de su sargento primero —un hombre negro— era aparentemente normal. Los oficiales militares se lavaron las manos y aceptaron que este hombre —este soldado que representaba al Gobierno y al pueblo de los Estados Unidos— era un racista declarado y un miembro del Ku Klux Klan.

Aquel mismo día telefoneé al cuartel general de David Duke en Luisiana para preguntarle por mi carné de miembro del Ku Klux Klan. Me contestó el mismo Duke y yo me presenté como Ron Stallworth, uno de los nuevos miembros del capítulo de Colorado Springs, quien había hablado con él anteriormente.

—Ah, sí. Hola, ¿cómo estás? —me preguntó.

David Duke se mostraba siempre cordial, incluso contento de hablar con un novato desconocido. Le dije que habían pasado dos meses desde que envié mi solicitud de admisión al cuartel general nacional y todavía no había

recibido mi carné. Quería tenerlo cuanto antes, pues no podría participar plenamente en las actividades del Klan hasta que mi solicitud fuese aceptada y el carné estuviese en mis manos. Estaba loco por tomar parte en sus esfuerzos para salvar a la raza blanca del dominio mediático de los negratos y los judíos, pero las normas del Klan me lo impedían. Le transmití mi frustración al «señor Duke» y le pregunté si no había algo que él pudiera hacer para solucionar el problema.

Me pidió que esperara un momento y escuché nítidamente el sonido de sus manos rebuscando entre papeles. Después de unos minutos, encontró mi solicitud, junto al dinero de la cuota. Me pidió disculpas por el retraso, aduciendo que, por problemas administrativos, se les había acumulado bastante trabajo.

—Le prometo que me encargaré personalmente de tramitar su solicitud, señor Stallworth —me dijo— y se la enviaré por correo lo antes posible.

Se lo agradecí efusivamente y di por terminada la conversación.

Si he de ser honesto, reconozco que era complicado aguantarse la risa al hablar con David. También me costaba callarme mis verdaderas opiniones. No era nada fácil tomarse en serio un racismo tan flagrante. Sonaba demasiado tonto.

El sargento Trapp solía escuchar mis conversaciones con Ken, David o Fred Wilkens y a menudo se le escapaba la risa y tenía que salirse de la habitación para que no lo escucharan a través del teléfono.

De un modo extraño y turbio, nos lo estábamos pasando bien.

El 13 de diciembre, Ken telefoneó a Chuck para ponerle al día sobre el Posse Comitatus. Se había pospuesto la hora de la reunión y se confirmaba la presencia de Fred Wilkens y la proyección de *El nacimiento de una nación*. Chuck accedió a asistir también cuando Ken le comentó que tenía que ver al *sheriff* en relación con un incidente que había tenido con un «mocosito negrato». Al parecer, había tenido un altercado con un adolescente negro de su vecindario y quería planear algún tipo de venganza con Fred, algo que nunca pude confirmar.

Chuck le habló a Ken de un amigo que estaba interesado en ingresar en el Klan. Ken había estado presionando a todos los miembros para que cada uno reclutara a tres nuevos candidatos, especialmente a Chuck, que aún no había traído a ninguno, por lo que la noticia le puso de buen humor. Le dijo que

estaba deseando conocer y entrevistar a su amigo. Acordaron encontrarse esa misma tarde a las siete en el Corner Pocket Lounge.

A las siete en punto, Chuck y James (Jimmy) W. Rose, detective de Narcóticos del Departamento de Policía de Colorado Springs, se encontraron con Ken en el lugar y a la hora acordados. A Ken lo acompañaban Bob, el guardaespaldas, y Tim, el tesorero. Ken se sentó a la mesa con Jim para hablarle del Klan, mientras que Bob invitó a Chuck a echar una partida al billar, probablemente para alejarlo de la conversación.

Durante la partida, Bob le contó a Chuck que todos los soldados a quienes conoció en casa de Ken el 8 de diciembre llevaban siendo miembros del Klan tan solo desde el 1 de noviembre. Explicó que el capítulo local contaba con unos veinticuatro miembros, y que la mayoría era personal militar. También le indicó que todos los miembros apoyaban su decisión de que Chuck (es decir, yo) le sustituyera como organizador local.

Chuck trató de evitar el tema otra vez, diciéndole a Bob que no estaba interesado en el puesto. Poco después, Tim se unió a la conversación sobre el cargo de organizador local. Él también opinaba que Chuck era la persona adecuada para este trabajo «debido a su posición en la comunidad».

Habíamos logrado impresionar de tal modo a Ken porque, desde el principio, tanto Chuck como yo nos aseguramos de soltar los más asquerosos comentarios racistas, desde la primera llamada telefónica hasta el momento presente. Como agentes encubiertos, jamás le habíamos llevado la contraria a Ken, quien era —no puedo decirlo más claro— un completo idiota. Masajeábamos su ego y le hacíamos sentir como un gran líder. Nunca sospecharía de alguien que pensaba de él que estaba haciendo un trabajo magnífico. Esto era clave para garantizar el éxito de la investigación.

Tim dijo que cuando se licenciara del Ejército regresaría a Boston para abrir su propia «guarida» (capítulo) del Klan.

Mientras que Bob y Tim se ocupaban de Chuck, Jim discutía con Ken y una mujer blanca llamada Carole que había venido a la reunión para conocer a Ken y hablar con él de su posible ingreso en el Klan. Era una camionera independiente y afirmaba que su motivo para querer unirse al grupo era que, once años atrás, había sido atacada por miembros de los Panteras Negras. Le dijo a Jim y a Ken que desde aquel incidente llevaba siempre, y de manera ilegal, un arma encima —oculta en una de sus botas— y que llevaba mucho

tiempo esperando la oportunidad de unirse a una asociación como el Ku Klux Klan.

Como parte de su presentación promocional, Ken les dijo a Jim y Carole que su proyecto más importante en aquel momento era «ayudar a las familias blancas pobres y necesitadas de Colorado Springs». Afirmó que había recibido numerosas llamadas de familias pidiendo ayuda, pero que los ciudadanos de Colorado Springs no habían respondido a la petición de asistencia económica que había hecho en la prensa.

Ken dijo que, si era necesario, abriría su propia casa a las familias blancas necesitadas para una cena de Navidad y pediría a los supermercados de la zona que les donaran alimentos enlatados. A continuación se lanzó a un discurso sobre la filosofía actual del Ku Klux Klan. Según decía, este «nuevo» Klan cobró fuerza en 1954, cuando decidieron que no querían que su nombre se relacionara con la violencia.

El «nuevo» Klan, según Ken, era ahora un partido político, y tenían la esperanza de, tarde o temprano, poder presentar legalmente a sus candidatos a las elecciones al Senado, a la Cámara de Representantes y al puesto de gobernador en diferentes estados. Dijo que David Duke esperaba presentarse en las próximas elecciones a presidente de los Estados Unidos. El argumento de que «el nuevo Klan era ahora un partido político» formaba parte de la estrategia de Duke para lavar la imagen pública del Klan, al que tradicionalmente se veía como un hatajo de muchachotes sureños ignorantes, barrigones, bebedores de cerveza y mascadores de tabaco.

Ken añadió a continuación que el Klan exigía a todos sus miembros que se registraran como votantes. Argumentó que así fue como la causa de los negros obtuvo tanto poder a lo largo de los años: se registraron en masa y lograron cambiar la dinámica política. Ahora era el momento de convertir la ideología del Klan en movimiento político y recuperar el país.

Regresando al tema de la violencia, Ken manifestó que no estaba en contra de usar la violencia física contra los enemigos de La Organización, siempre y cuando no se asociara el nombre del Klan a esta clase de acciones.

Llegados a este punto de la conversación, Ken entregó a Jim y Carole sus solicitudes de admisión en el Ku Klux Klan, y fue entonces cuando Jim estuvo a punto de mandar al traste toda la investigación. Con los nervios, firmó la solicitud con su nombre real en lugar de usar su nombre en clave,

Rick Kelley. Carole estaba sentada a su lado, rellenoando su solicitud. Jim le pidió a Chuck que se acercara y le susurró:

—He firmado con mi verdadero nombre. ¿Qué hago?

—Arrúgala. Ahora. Y pide otra —contestó Chuck entre dientes.

Así que Jim arrugó su solicitud y la tiró a la papelera.

—Oye, Ken, ¿puedes darme otra solicitud? He cometido un error con la mía.

—Bueno, no será para tanto. Déjame que la vea —dijo Ken.

—Ay, ya la he tirado. Lo siento —contestó Jim. Entonces Ken la rescató rápidamente de la papelera.

—No, no, no —dijo Jim, tratando de parecer tranquilo mientras intentaba desesperadamente que Ken no alisara aquella bola de papel y leyera su verdadero nombre—. ¿Puedes darme una nueva? No quiero enviar una solicitud que esté toda arrugada.

Ken se detuvo y pensó por un momento, entonces se encogió de hombros y dijo: «De acuerdo», pero no sin antes guardarse la solicitud arrugada en el bolsillo.

Jim rellenoó su nueva solicitud y entregó a Ken los cuarenta y cinco dólares de la cuota (que procedían de los fondos oficiales del Departamento de Policía de Colorado Springs) y una foto Polaroid que le habíamos tomado en la oficina poco antes de salir para la reunión.

Ken continuó con su testimonio personal, reconociendo que tenía un arma de mano ilegal y que siempre la llevaba encima como protección. Dijo que el Klan había previsto que estallaría una guerra racial antes de las elecciones generales de 1984, y él quería estar preparado. Añadió que tenía dos escopetas y un arsenal de rifles, pistolas y munición listos para la guerra racial. Estaba claro que todos los miembros del Klan, y especialmente los del Posse, estaban locos por las armas.

La Unidad de Inteligencia del Departamento de Policía de Colorado Springs tenía abierto un archivo sobre el Posse Comitatus y conocía bien su ideología sobrevivencialista y anti-Gobierno. Tanto yo como los demás miembros de mi unidad conocíamos a su líder, Chuck Howarth. Hablábamos con él de tanto en tanto, pero nunca de modo cordial, sino durante confrontaciones contra la autoridad policial que podían fácilmente llevar a un uso letal de la fuerza.

Había que estar en guardia al tratar con Chuck, ya que este tenía fascinación por las armas. Una vez que contacté con él, comenzó a preguntarme por mi revólver personal, un Magnum .357, que era el que llevaba entonces, para luego compararlo con el suyo, del .45. Cada vez que intentaba llevar la conversación de vuelta al motivo original por el que le había contactado, él continuaba con su monólogo, hasta que finalmente, haciendo uso del tono más amable, respetuoso y profesional del que era capaz, le decía que dejara la pistola a un lado y que fuera al grano. Cuando estaba en su finca, solía llevar un arma de mano en la cadera, y en una ocasión en que fui a interrogarle por un asunto en el que había aparecido su nombre, el oficial que me acompañaba y yo tuvimos que ordenarle que apartara la pistola antes de empezar nuestro interrogatorio. ¿Era esto constitucional? En esas circunstancias, eso nos daba igual, tan solo nos preocupaba nuestra seguridad y la suya propia. Ya había amenazado en numerosas ocasiones a agentes del Departamento de Policía de Colorado Springs, y no pensábamos jugarla con él. Al final apartó la pistola, tal y como le «solicitamos».

Ken dejó caer que pronto se marcharía de Colorado, que estaría al menos tres años fuera y que Chuck había sido elegido para sustituirlo como organizador local. Aseguró que pensaba «montar un escándalo» cuando regresara a Colorado.

Fue entonces cuando Ken empezó a relatar su encuentro con el Posse Comitatus. En un giro irónico, dijo que no le caían demasiado bien porque *ellos* eran demasiado violentos y radicales. Sin embargo, añadió que si sus miembros todavía querían formar parte del Klan, él no podía hacer nada por evitarlo, y que, de hecho, el Posse contaba con servicios que podrían beneficiar al Klan. Señaló que, combinando ambos grupos, alcanzarían un total de aproximadamente cincuenta miembros.

Ken siguió con su discurso, explicando que el Posse quería que los miembros militares del Klan robaran armas automáticas y explosivos de Fort Carson, y que estaban dispuestos a ofrecer un buen precio. Ken indicó que no quería que los miembros del Klan se vieran envueltos en esta clase de actividades, pero curiosamente no mostró indignación alguna ante la idea de un ataque furtivo directo (un robo, digamos) contra las armas y explosivos de una instalación militar de los Estados Unidos que enarbolaba la bandera que

él había jurado defender. También dijo que el Posse quería hacer volar algunos de los bares «de ambiente» de la ciudad con bombas de hidrógeno rellenas de clavos (para lograr un efecto lo más parecido a la metralla), y parecía entusiasmado con la idea.

El hecho de que el Posse quisiera poner bombas en los bares «de ambiente» —había dos bares y casas de baño gays en Colorado Springs por aquel entonces, el Hide N Seek Room Tavern (512 W. Colorado Avenue) y el Exit 21 Cocktail Lounge— no le resultaba extraño o alarmante a Ken, a pesar de su afirmación, como líder local, de que el Klan era una organización no violenta que ya no aprobaba la clase de actos que perpetraban sus antepasados. También mencionó esta idea de volar los bares «de ambiente» durante una conversación telefónica conmigo.

Los miembros del Posse, según Ken, estaban construyendo casas cueva por 20.000 dólares en las montañas al este de Colorado Springs en prevención de un ataque nuclear. También se dedicaban a acumular comida y armas para ese supuesto. En resumen, Ken opinaba que lo único bueno que el Posse podía ofrecer al Klan era su cursillo de evasión del impuesto de la renta.

Para Ken, el Posse no era otra cosa que un medio hacia un fin, el de expandir el alcance del Klan aprovechando sus similitudes ideológicas: la creencia en la superioridad racial de los blancos, especialmente con respecto a los negros y a los judíos; la creencia en el ZOG o Gobierno Ocupado por los Sionistas, según la cual los judíos estaban detrás de una conspiración para controlar el Gobierno estadounidense; la convicción de que los impuestos gubernamentales eran ilegítimos y que, por tanto, los ciudadanos estadounidenses tenían el derecho y el deber de evadirlos; la creencia de que la guerra racial entre blancos y negros era inminente y que debían empezar a acumular armas para estar preparados; y sus estratagemas para engañar al Gobierno en materia de impuestos. Su unión habría sido un matrimonio infernal para los ciudadanos de Colorado Springs.

La reunión terminó con Jim a punto de convertirse en hombre del Klan. Esto me proporcionaría un segundo par de ojos y oídos infiltrados en el grupo, además de servir de apoyo a Chuck y viceversa. Ken los invitó a asistir el 20 de diciembre a la reunión conjunta del Klan y el Posse, donde se proyectaría la película *El nacimiento de una nación*.

Cuando estaban saliendo, Jim le preguntó a Ken si podía darle un cigarrillo. Este rebuscó entre sus bolsillos y extrajo la solicitud arrugada y un paquete de tabaco.

—Anda, pásame el paquete y dame ese papelote para que lo tire —dijo Jim.

Con esto salvó la investigación y se alejó entre la brisa nocturna, exhalando un suspiro de alivio.

07

KKKOLORADO

Ahora, con Jim también infiltrado, la investigación parecía haber dejado de ser mi proyecto personal para convertirse en algo mucho más grande. El Posse Comitatus y el Klan estaban tratando de unir fuerzas, un matrimonio al que yo, claramente, me oponía. David Duke iba a dar un mitin en la ciudad en menos de un mes, y grupos anti-Klan como los Musulmanes Negros, los Panteras Negras o el PLP estaban preparando algo gordo como respuesta. Los teníamos vigilados.

El 16 de diciembre, el grupo anti-Klan Gente para el Progreso del Pueblo organizó una marcha de protesta en el centro de Colorado Springs a la que asistieron unas veinte personas. Gente para el Progreso del Pueblo no era el grupo mejor organizado del mundo, por decirlo suavemente, pero eran bienintencionados. La organizadora era un ama de casa de Colorado Springs que quería declarar su repulsa ante el odio racista presente en su comunidad. Caminaron por el extremo este de la calle Tejon, desde la calle Vermijo. Por el otro lado de la calle desfilaban, en sentido contrario, Ken O'dell, vestido con la túnica del Klan y portando una bandera confederada, y su segundo, Joe Stewart, quien llevaba una chaqueta con el emblema del KKK.

En un momento dado, Ken empezó a conceder entrevistas breves a los reporteros de prensa y televisión, diciéndoles que su intención no era generar conflicto. Incluso explicó la presencia de tan solo dos miembros del Klan como un esfuerzo por resaltar la naturaleza no violenta de la organización y también para proteger la identidad de sus miembros.

Yo me encargué personalmente de vigilar la marcha, caminando al costado de Ken y Joe, lo suficientemente cerca como para escuchar sus

conversaciones. En más de una ocasión, me reí para mis adentros al pensar en que aquel «Ron Stallworth» con quien Ken hablaba tan a menudo por teléfono estaba a menos de un metro de distancia y él no tenía la menor idea de cómo se la estábamos jugando a él y a sus secuaces. Yo miraba constantemente a mi alrededor, atento a que no apareciera alguien conocido y me llamara «detective Stallworth» o «Ron Stallworth» en voz alta, lo que alertaría a Ken y le haría preguntarse por qué este policía negro se llamaba igual que el miembro del Klan al que había elegido personalmente para sustituirle como organizador local. Mantuve la boca cerrada y traté de pasar desapercibido durante la marcha. En realidad me encantaba la paradoja de que yo, «un miembro del Klan leal y entregado», estuviera a tres metros del hombre que me había recomendado como su sustituto.

Durante la marcha, sucedió algo que me llegó al alma. Fuimos testigos de un nuevo día y de una nueva actitud hacia el Ku Klux Klan. Mientras estaban detenidos frente a un semáforo en rojo, un hombre negro que llevaba a su hijo de cinco años de la mano se quedó parado entre O'dell y yo. El niño miró a Ken con curiosidad, lo señaló y le preguntó a su padre: «Papi, ¿por qué va vestido tan raro ese señor?». Los que estábamos cerca comenzamos a reír cuando el padre, mirando directamente a Ken, respondió: «Es solo un maldito payaso, hijo».

Ken y Joe miraron con odio al padre y a quienes reíamos, hasta que el semáforo se puso en verde y la marcha continuó a lo largo de un par de manzanas más antes de concluir.

La respuesta de aquel padre me convenció de que estábamos asistiendo al amanecer de una nueva era. En el pasado, el que un hombre negro llamara abiertamente «payaso» a un miembro del Klan habría sido visto como un gesto fútil e imprudente de rebeldía, ignorancia o estupidez. Aquí, en el Colorado Springs de 1978, el padre había demostrado coraje y audacia al cuestionar el poder simbólico de la túnica blanca y la bandera confederada, mirando a Ken a los ojos y diciendo en voz alta, delante de su hijo y de todos los que le rodeaban, que no era más que un «payaso». Unas décadas atrás, este gesto podría haberle costado una sentencia de muerte.

Como dije antes, la marcha no estuvo muy bien organizada. Duró unos cuarenta y cinco minutos y acabó con un par de discursos y una pequeña multitud apiñada que intentaba escuchar.

Mientras nos preparábamos para la llegada de Duke, sucedieron varios eventos que hicieron progresar la investigación. Primero, recibí una llamada de Ken invitándome a participar en una quema de cruces ritual del Klan. Dijo que aún estaba barajando detalles, como la fecha, la hora y el lugar, pero quería que yo supiera del plan y estuviera listo para participar cuando llegara el momento. Le dije que estaba deseando conocer más detalles sobre la quema, especialmente el lugar. Le pregunté si tenía en mente algún sitio concreto para plantar la cruz. Respondió que el plan aún no estaba tan avanzado, pero me aseguró que elegiría una localización estratégica en Colorado Springs para que todo el mundo, desde todas direcciones y a varias millas de distancia, viera las llamas y supiera que el Klan gozaba de buena salud en la ciudad. Quería que yo participara en el ritual de la quema de la cruz porque se trataba de «una experiencia religiosa profundamente conmovedora».

En segundo lugar, contacté con el RAC (agente residente al cargo) de la oficina del FBI de Colorado Springs para solicitarle cualquier tipo de información sobre el Ku Klux Klan que pudiera serme útil. Estaba buscando información general, en particular, datos históricos sobre el grupo en Colorado. Como agente de policía, sabía que el FBI *atesoraba* toda clase de datos sobre individuos y organizaciones, a pesar de que no lo reconocieran, y quería que me dieran acceso a todo lo que tuvieran sobre el pasado del Klan en la ciudad.

El RAC, un buen amigo que se convirtió en un valioso aliado para mi investigación, tenía un colorido pasado como agente federal del Gobierno, y si las historias que contaba eran ciertas, ya había tenido algún encontronazo con el Klan. Tenía mucha labia y una tendencia a exagerar, así que costaba separar el grano de la paja, sin mencionar que siempre remataba cada cuento con la afirmación de que se trataba de información clasificada de alto nivel. Trabajó durante un tiempo en la CIA antes de regresar al FBI durante la época de J. Edgar Hoover, y, a menudo, nos entretenía con las batallitas «jamesbondianas» de su trabajo clandestino para «La Compañía» (CIA) y el FBI. Nos daba el mínimo de información necesario para dejarnos con la miel en los labios, contaba todo a grandes rasgos, sin revelar lo que decía que seguía siendo información «clasificada» y, a menudo, nos hacía reír a carcajadas con sus historias.

Una de estas historias estaba relacionada con el asesinato, en 1964, de tres militantes de los derechos civiles en Misisipi. Los tres habían sido declarados como desaparecidos, y el FBI se desplazó a la zona rural del condado de Neshoba para investigar el caso. Pronto descubrieron que la oficina del *sheriff* tenía vínculos con el capítulo local del Ku Klux Klan. Los agentes no podían hablar con los miembros blancos de la comunidad debido a su miedo o su simpatía por el Klan y a su odio contra el Gobierno federal. Y tampoco podían hablar con los miembros negros de la comunidad a causa de su miedo natural al Klan, producto de generaciones criadas en el terror.

El agente principal, un tipo del norte, trató de seguir el protocolo de investigación del FBI y se tropezó con un muro de silencio. Su ayudante, un sureño que entendía el modo de pensar de esta gente, ya que conocía bien la cultura sureña y él mismo había sido como ellos en el pasado, sugirió un enfoque alternativo, fuera de las normas, que violaba el protocolo. Finalmente se decidieron por esta opción y dieron con un informante que les ayudó a desentrañar el caso y a localizar los cuerpos de las víctimas. El FBI acabó arrestando a varios miembros del KKK, incluido el *sheriff*. El caso fue inmortalizado en la película *Arde Misisipi*, protagonizada por Gene Hackman, el ganador de un Oscar, quien interpretaba al agente sureño del FBI.

El RAC de Colorado Springs me dijo que él había formado parte del equipo del FBI que trabajó en este caso, y que actuaron bajo órdenes directas de J. Edgar Hoover para resolverlo. Solo cuando se desviaron del protocolo constitucional (algo de lo cual se muestra en la película o en algunas escenas que reconstruyen los hechos) pudieron obtener las pruebas que les permitieron detener a los asesinos de aquellos militantes de los derechos civiles.

Le pedí al RAC que tirara de sus contactos en el Gobierno para conseguirme información sobre la historia del Klan en Colorado. Respondió, con sorna, que el cuartel general regional del FBI en Denver no tenía información sobre el KKK.

Le repliqué que el FBI tenía archivos sobre todos y sobre todo. Meneó la cabeza, soltó una carcajada y se marchó. Solía pasarse por la División de Detectives varias veces a la semana, y cada vez que nos cruzábamos le hacía la misma petición: «Consígueme los archivos del FBI sobre la historia del

Klan en Colorado». Y todas las veces meneaba la cabeza, sonreía y se marchaba, pero me di cuenta de que, al menos, había dejado de negar que esa información existiera.

Después de seguir con este juego un par de semanas, un día vino a mi oficina y puso en mi mano un trozo de papel con el nombre y el número de un agente del FBI asignado a la oficina de Denver. El RAC me dijo que el «agente X» esperaba mi llamada.

Le pregunté quién era aquel «agente X» y por qué esperaba mi llamada. Él se limitó a sonreír misteriosamente y decir: «Llámalo, cabrón», sin ofrecer la menor explicación, solo un cierto aire de misterio. Esto era típico del RAC, conociendo su historial profesional. Hablaba siempre de un modo críptico que dejaba al oyente preguntándose cuál era la motivación y el significado de sus palabras, y si estas se basaban en una hipérbole o en hechos reales.

Al día siguiente llamé al «agente X», quien ya había oído hablar de mi «peculiar» investigación. Le parecía graciosísima la manera en que había logrado engañar a los miembros del Klan y la forma tan estúpida en que caían, una y otra vez, en nuestras trampas. Me felicitó por la valiosa información que estaba obteniendo a través de mi investigación. Pero antes de que pudiera decirle lo que necesitaba, me invitó a visitarle en su oficina de Denver al día siguiente. Nuestra conversación terminó sin más explicaciones por su parte.

A la tarde siguiente conocí, por fin, al «agente X». Me llevó a una sala de conferencias y me ordenó sentarme frente a una gran mesa de madera, marrón y rectangular. Me dejó tres minutos solo, y cuando regresó, traía consigo un par de lápices y una libreta en la mano izquierda. En la derecha tenía un archivador lleno de papeles, de unos quince centímetros de grosor. Colocó estos objetos sobre la mesa, frente a mí, y me explicó las normas: podía leer todo lo que quisiera y tomar notas, pero no podía hacer copias ni sacar un solo documento de la sala. Me dijo que me tomara mi tiempo y me dejó solo.

Dentro del archivador encontré un auténtico tesoro de información sobre la historia del Ku Klux Klan en Colorado. Muchos de los papeles estaban ya amarillentos y databan de los años veinte. Era como una virtual cápsula del tiempo sobre el Klan de Colorado: cómo y cuándo se formó (en 1921), quién fue su primer Gran Dragón, un médico llamado John Galen Locke; y sus

actividades, como bombardear la casa de un cartero negro que se había mudado a un vecindario blanco, quemar un templo de la Iglesia episcopal metodista africana, boicotear a hombres de negocios judíos vetando su ingreso en determinados clubs, como la masonería, y amenazar físicamente a judíos y católicos.

Hacia 1923, se estimaba que el Klan de Colorado tenía entre 30.000 y 45.000 miembros, la mitad de los cuales residían en Denver. Había también capítulos en Canon City, donde se encontraba la colonia penitenciaria estatal; en Boulder, sede de la Universidad de Colorado; o en Colorado Springs y en Pueblo, a unas treinta y cinco millas de Colorado Springs. Una vez establecido, el Klan hizo un intento de obtener poder político. Tomaron el control del Partido Republicano estatal y seleccionaron prácticamente a todos sus candidatos en las elecciones de 1924. Hacia 1925, el Senado Estatal de Colorado y la Cámara de Representantes estaban formados por una mayoría de miembros del Klan elegidos a través del Partido Republicano.

Lo primero que me llamó la atención de entre aquellas páginas amarillentas fue el nombre de Benjamin Stapleton, uno de sus candidatos. Fue elegido alcalde de Denver y ejerció desde 1923 hasta 1947. Él fue el principal impulsor del proyecto que acabaría convirtiéndose en el Aeropuerto Municipal de Denver. En 1944 lo rebautizaron en su honor con el nombre de Aeropuerto Internacional Stapleton.

Algunos de los miembros clave de su equipo eran también miembros del Klan. Su compromiso con el Klan, que mantuvo oculto durante la campaña, era tan intenso que, cuando este se hizo público, muchos votantes indignados pidieron que dimitiera. Respondió así a estas demandas durante un mitin del Klan: «Juro dedicarme en cuerpo y alma a trabajar con el Klan y por el Klan en las próximas elecciones, y si soy elegido le daré al Klan el tipo de administración que necesita».

Stapleton volvió a ganar gracias al gran número de miembros del Klan que acudieron a las urnas, y a la influencia de estos sobre la población de Denver. Exultantes por su victoria, varios miembros del Klan celebraron una quema ritual de cruces.

En las elecciones generales de noviembre de 1924, otros candidatos apoyados por el Klan obtuvieron la victoria. El gobernador, Clarence J. Morley, era del Klan. Los dos senadores de los Estados Unidos, Rice Means

y Lawrence Phillips, tenían fuertes conexiones con el Klan. Además, el grupo controlaba al vicegobernador, al interventor y auditor del estado y al fiscal general. Otro miembro del Klan, William J. Candlish, se convirtió en jefe del Departamento de Policía de Denver por decisión del Gran Dragón y por nombramiento oficial del alcalde Stapleton. También había miembros del Klan en el consejo rector de la Universidad de Colorado y en la Corte Suprema del Estado. La ciudad de Denver y el estado de Colorado estaban, en esencia, en manos del Klan. Llegaron a alcanzar tal grado de control e influencia sobre Colorado que ciertos periódicos nacionales comenzaron a escribir el nombre del estado con *k*. Su predominancia política duró unos tres años y llegó a su fin en 1926, después de que las autoridades federales descubrieran ciertas irregularidades en su financiación.

Estuve unas dos horas sentado en aquella sala de conferencias, fascinado por lo que leía y tomando tantas notas como pude. Estaba horrorizado y fascinado con la enorme riqueza de la información. Estaba leyendo las historias y viendo los rostros de los fantasmas que habían transformado la sociedad de Colorado, algunos para bien con sus decisiones políticas y otros para mal con sus tendencias ideológicas. Un pensamiento me rondaba la cabeza: «Me pregunto cuántos de los que vuelan desde el Aeropuerto Internacional Stapleton saben que, a su manera, están rindiendo homenaje a un antiguo líder del Ku Klux Klan». Yo mismo había estado muchas veces en aquel aeropuerto, y hasta este momento no tenía idea alguna de su conexión histórica con el Klan.

La actual generación de miembros del Klan estaba tratando de recuperar una buena parte del *modus operandi* de medio siglo atrás. La forma en que se adueñaron de una capital, Denver, y del Gobierno estatal era el precedente que motivaba a Ken O'dell a hablar del Klan como de un partido político y a hacer que sus miembros se registraran como votantes. Rellené varias páginas con notas sobre aquel archivo que, según me recordó el «agente X» con una sonrisa, «yo no había visto». Me advirtió que, hiciera lo que hiciera con la información, no podría implicar al FBI, ya que oficialmente el archivo no existía. Lo tranquilicé y volví a mi oficina de Colorado Springs.

Uno o dos días después de mi regreso de Denver, recibí en mi oficina un paquete procedente de un investigador del Congreso, en la Cámara de Representantes. Dentro del paquete encontré cuatro volúmenes de

«Audiencias sobre actividades de las organizaciones del Ku Klux Klan en los Estados Unidos, del Comité de Actividades Antiamericanas de la Cámara de Representantes en el 89º Congreso (1965-1966)». Contenía una historia «oficial» del Klan, basada en la investigación realizada por el Gobierno federal durante la época de máximo apogeo del movimiento de los derechos civiles, incluyendo declaraciones de testigos y documentación oficial del Klan. Esta valiosa información de fondo me serviría para comprender mejor a la organización y al tipo de personas a las que atrae su ideología.

No sé cómo llegaron a mis manos aquellos volúmenes.

Contacté con el director ejecutivo de un grupo judío basado en Denver, la Liga Antidifamación de B'nai B'rith (ADL). La Liga es una organización dedicada a hacer seguimiento y combatir a los supremacistas blancos y a cualquier otro grupo que defienda la creencia en la superioridad racial, particularmente aquellos que son antisemitas. Cuando le hablé a Barbara Coppersmith, de la Liga, sobre mi investigación y el tipo de información que estaba buscando, primero pareció divertida y luego prometió ayudarme y poner a mi disposición los recursos de la oficina de la Liga en Denver y, de ser necesario, los de su oficina central en Nueva York. Yo, por mi parte, me comprometí a informarle de cualquier novedad que surgiera en la investigación. Desde ese momento, la Liga empezó a enviarme materiales de valor histórico sobre el Klan e información actual procedente de su red de contactos.

Este era, para mí, otro ejemplo de pensar de un modo alternativo. Los investigadores de la policía no suelen poner a civiles al corriente de sus actividades, a menos que estos estén directamente implicados en una investigación y necesiten conocer ciertos detalles. En esta ocasión, y basándome en la historia pasada del Klan y su relación con la comunidad judía estadounidense, decidí que Coppersmith y la Liga Antidifamación podían ser un valioso aliado para nosotros. Por ello me aseguré de seguir pasándole información a Barbara, guardándome a veces ciertos detalles, y ella, a cambio, continuó enviándome documentación de la Liga sobre las actividades del Klan, tanto en Colorado como en el resto del país, para que estuviera al tanto de cualquier nueva tendencia.

En relación con estas «nuevas tendencias», Coppersmith me pedía a veces que preguntara a mis «fuentes» del Klan sobre tal o cual asunto, cosas que, o

bien estaba investigando la oficina de la Liga en Denver, o bien le pedían verificar desde otras oficinas del país. Entonces yo llamaba a Ken O'dell, a Fred Wilkens o a ambos y dirigía la conversación hacia el tema concreto que me interesaba. Luego, yo pasaba la información y, en un par de ocasiones, llegué a llamar a David Duke, quien, sin darse cuenta, acabó cooperando con su archienemigo —una organización a la que despreciaba profundamente, según me dijo en más de una ocasión— y respondiendo a sus preguntas. Barbara Coppersmith era una mujer mayor y a menudo exclamaba: «¡Oh, cielos, qué divertido!». Lo cierto es que había momentos en que lo era. Le provocaba un inmenso placer saber que el Gran Mago del KKK estaba «cooperando» con una investigación-interrogatorio de la Liga Antidifamación. Le encantaba la intriga de formar parte de nuestro «golpe» contra el Klan y que la tuviéramos al tanto de cada novedad.

Mi amistad, por llamarla de alguna manera, con David Duke se estaba estrechando. Después de nuestra conversación del 12 de diciembre, empezamos a hablar entre una y dos veces a la semana. Yo lo cubría de halagos, llamándole «señor Duke» y diciendo que parecía que el Klan funcionaba cada vez mejor. Entonces él me explicaba sus planes, jactándose y presumiendo sin dejar de proporcionarme información.

Por ejemplo, Duke me habló en distintas conversaciones sobre las marchas que el Klan estaba preparando en Los Ángeles, Kansas City y otras zonas del país. Siempre me daba detalles concretos: el lugar donde se celebrarían, el objetivo específico de cada una, las medidas que tomarían si encontraban resistencia, que eran siempre de índole violenta a pesar de que afirmaban ser un grupo no violento, y cómo lidiarían con la respuesta policial. Después de estas conversaciones, llamaba a las fuerzas del orden de cada ciudad y les alertaba de los planes de Duke. En algunas de nuestras conversaciones, Duke llegó a expresar su sorpresa ante el nivel de preparación que ciertos departamentos de policía demostraban al tratar con el Klan, como si supieran de antemano todo lo que iba a suceder.

También solía llamar a Duke a petición de otras agencias del país, incluido el FBI, cuya política, a consecuencia de las reformas pos-Watergate, les prohibía hacer seguimiento a las actividades del Klan, o de cualquier otro grupo, a menos que las circunstancias indicaran una amenaza violenta o

conspiratoria. Todos los representantes de las agencias de inteligencia que investigaban a grupos subversivos y descubrían nuestra operación encubierta contra la organización de Duke se partían de risa al saber que un negro había logrado infiltrarse en el Ku Klux Klan.

Me llegaron un par de peticiones desde el Departamento de Policía de Nueva Orleans, el cual llevaba tiempo tratando, sin éxito, de introducir a un agente encubierto o localizar a un informante dentro de la organización de Duke. Estas oportunidades me permitían ampliar el alcance de mis preguntas hacia nuevas direcciones. A veces mis conversaciones con David Duke tenían un carácter más ligero y personal. Le preguntaba por su mujer, Chloe, y sus hijos, por cómo les iba y qué habían hecho últimamente. Siempre contestaba con un entusiasmo cordial, como el padre y marido orgulloso que era. Le encantaba hablar de lo maravillosos que eran. De hecho, si no le sacabas el tema de la supremacía blanca y demás tonterías del KKK, era un conversador muy agradable. Daba la impresión de ser un tipo «normal». Sin embargo, en cuanto la charla entraba en las fronteras de la ideología del Klan, el doctor Jekyll se convertía en *mister* Hyde y se desencadenaba el monstruo que llevaba dentro. Una vez me contó que su mujer lo apoyaba en todos los asuntos del Klan y que sus hijos estaban siendo educados bajo la tutela de las Juventudes del Klan.

A veces, nuestras conversaciones eran educativas y adquirían un tono cómico y racista a la vez. Una vez le pregunté al «señor Duke» (todos le llamaban «señor») si no le preocupaba el que algún negrata listillo lo llamara por teléfono haciéndose pasar por blanco. Él respondió:

—No, siempre soy capaz de distinguir cuándo estoy hablando con un negrata.

Cuando le pregunté cómo hacía para distinguirlos, contestó:

—Tú, por ejemplo. Se nota que eres un blanco de raza aria por cómo hablas, por cómo pronuncias ciertas palabras y ciertas letras.

Le pedí que fuera más específico y prosiguió:

—Un hombre blanco pronuncia el inglés como tiene que pronunciarse. Por ejemplo, tomemos la palabra «are» o la letra *r*.^[13] Un ario puro, como tú o como yo, la pronunciaría correctamente, «are», mientras que un negrata diría «are-uh». Los negratos no tienen la misma inteligencia que el hombre blanco, y por eso no pueden hablar inglés correctamente. Cuando hables por

teléfono con un desconocido, presta atención a su forma de hablar y fíjate en cómo pronuncia ciertas palabras.

Nunca me dijo a qué palabras se refería.

Le contesté con mi tono más zalamero, evitando echarme a reír o vomitar:

—Señor Duke, quiero agradecerle esta lección. Si no fuera por usted, jamás me habría dado cuenta de la diferencia entre cómo hablamos nosotros y cómo hablan los negratos. A partir de ahora prestaré más atención a mis conversaciones telefónicas para asegurarme de que no hablo con alguno de ellos (un negrata).

Pareció sentirse halagado por el modo en que alabé la generosidad con que compartía su conocimiento y «sabiduría». Me dijo que estaba encantado de ayudar y que esperaba que la lección me fuera útil. Desde ese momento, cada vez que hablaba con Duke trataba de hacerle alguna pregunta que incluyera la palabra «are» y me aseguraba de pronunciarla como un negrata, «are-uh». Era mi manera simbólica de meterle el dedo en el ojo, de hacerle un corte de mangas demostrándole que este negro, con tan solo veinte créditos y un título de secundaria, era más listo que él, un licenciado universitario con un título de máster. Decir «are-uh» era mi forma de jugar con su cabeza y divertirme un poco a su costa. Jamás se dio cuenta de que uno de sus blancos, arios y puros hombres del Klan hablaba inglés como un negrata y era, en realidad, un negro orgulloso de origen africano.

El concepto que tenía Duke sobre la forma de hablar de los negros era interesante, pues tenía razón a medias. Algunos negros del sur pronuncian la palabra «are» tal y como dijo Duke. Como mi suegra, que en paz descansa. Nació y creció en Alabama, se graduó con un máster en Economía por la Universidad Estatal de Alabama y se jubiló como directora del Departamento de Económicas de un instituto de Colorado Springs. Participaba en las actividades de la Iglesia episcopal metodista africana y en otros asuntos de la comunidad negra, pero, aun así, durante mis treinta años de experiencia con ella, siguió pronunciando la palabra «are» tal y como lo describió David Duke.

La falacia racista de su argumento radica en que esa forma de pronunciar no es exclusiva de los negros. Mucha gente del sur, incluidos los blancos, habla así. En otras palabras, no tiene nada que ver con la inteligencia blanca y pura de la raza aria, como sostenía el Gran Mago, sino con la región de donde

procedas y la cultura lingüística en la que hayas sido educado. En definitiva: la lógica de Duke era errónea y no estaba respaldada por hechos.

Otro factor significativo de esta conversación fue el uso indiscriminado por parte de Duke del término peyorativo «negrata». De cara al público y a los medios, él se vendía como «el nuevo rostro del Klan moderno». No se parecía al típico hombre del Klan que sale en las películas, barrigón, inculto, cervecero y mascatabaco. David Duke tenía un aspecto respetable, en público aparecía siempre con traje y corbata y solo se ponía la túnica en ceremonias privadas. Había estudiado, tenía un máster en Ciencias Políticas por la Universidad Estatal de Luisiana, era buen orador y un excelente polemista. Era el líder del «nuevo» Klan. Su imagen y su personaje público eran un reflejo de su organización. Ni él ni los otros usaban el término «negrata» en público, pero no tenían inconveniente en hacerlo en privado.

Durante una de mis conversaciones con Duke, hablamos de política y él me reveló su intención de presentarse a algún cargo público en el futuro. Me explicó que la única esperanza que el Klan tenía para lograr que las condiciones en los Estados Unidos fueran más beneficiosas para la raza blanca era tomar las urnas y cambiar el paisaje político. Su plan consistía en presentarse primero a un cargo estatal en Luisiana y más adelante a la presidencia.

Es interesante examinar de cerca la orientación política de Duke durante los años 1978 y 1979. En ese momento, se definía a sí mismo como un demócrata conservador, y tardaría casi diez años en afiliarse al Partido Republicano. Casi todo su pensamiento político, al igual que su visión del mundo, giraba en torno al tema de la raza. En su mundo, los blancos eran superiores en todos los sentidos, más inteligentes que los negros y que los demás grupos minoritarios. Creía que la raza blanca era la defensora de la virtud y los valores de los Estados Unidos, y que el Klan era la manifestación física de esa defensa. Sus opiniones encajaban más con los Estados Unidos que existieron durante la presidencia de Eisenhower (de 1953 a 1961), un periodo en que el predominio blanco era la norma y el Klan gobernaba, literalmente, las comunidades del sur.

Aquella época, de la que también formaron parte el senador de Wisconsin Joe McCarthy y su cruzada contra el comunismo, estuvo marcada por una actitud de «elitismo cultural» por parte de la clase dominante blanca. Esta

actitud era particularmente evidente en el modo en que entonces se atacaba al *rock 'n' roll*, el nuevo estilo musical que emergió de las raíces de la cultura negra y fue abrazado por la juventud blanca.

Esa forma de pensar de hace medio siglo, la perspectiva política y las palabras que utilizaban para describir un nuevo fenómeno cultural que se rebelaba contra la clase dominante blanca de la época ha renacido hoy a través de los actos y las palabras del movimiento conservador actual.

Cuando veo las noticias hoy, noticias que me recuerdan mucho a la época en que investigaba al Klan, me gusta recordar a aquel padre y a su hijo caminando junto a Ken vestido con túnica del Klan. Es solo un payaso.

08

INICIACIÓN

El 20 de diciembre, Jim recibió una llamada de Ken, quien quería asegurarse de que Chuck y él estarían en su casa a las siete aquella tarde para la proyección de *El nacimiento de una nación*. Además, quería que le ayudaran a transportar la leña con la que construirían las cruces para sus quemas ceremoniales. Explicó que pronto quemarían una de aquellas cruces, de nueve metros de alto, en Denver.

Ken dijo que una semana después el capítulo de Colorado Springs quemaría una cruz en una colina cercana a la intersección de Hancock con Delta, un espacio público estratégico y muy poblado. También reveló que Fred Wilkens asistiría a la reunión. Ken informó a Jim de que Chuck y él serían «nacionalizados» personalmente, esto es, David Duke les tomaría juramento como miembros oficiales del Ku Klux Klan, en enero durante su visita a la región de Colorado Springs.

Así que, en cuanto me llegara la información exacta sobre cuándo y dónde planeaban Ken y el Klan quemar alguna cruz, haría varias cosas. Se lo notificaría al comandante de turno y le solicitaría que la central enviara unidades extras para patrullar constantemente el área de la intersección donde tendría lugar la quema, en este caso Hancock con Delta. Tendríamos dos o tres coches patrulla recorriendo la zona en busca de cualquiera que estuviera clavando una cruz.

No sabríamos que el Klan estaba, efectivamente, haciendo algo, pues lo que haríamos sería evitar un crimen con nuestra presencia en lugar de tenderles una trampa para pillarlos con las manos en la masa.

Ken siguió contando que había conocido a un anciano que fue miembro activo del Klan durante los años veinte y treinta. Pudo confirmar su pertenencia pasada a La Organización porque conocía el «saludo secreto» del Klan. La intención de este hombre era reactivar su afiliación y ayudar a que el capítulo de Colorado Springs creciera. Ken concluyó afirmando que Jim y Chuck aprenderían el saludo secreto del Klan una vez los hubiera «nacionalizado» David Duke.

La llamada terminó y todos empezamos a reírnos. Primero aprendieron su método para quemar cruces de una película de James Bond, y ahora presumían de sus saludos secretos. Era como si Daniel el Travieso dirigiera un grupo racista.

A las siete de la tarde, Chuck y Jim asistieron a la reunión conjunta del Klan y el Posse Comitatus, que se celebró en una residencia privada del área oeste de Colorado Springs. El objetivo de la reunión era que los líderes de ambos grupos intercambiaran ideas sobre cómo maximizar su colaboración.

En representación del Klan asistieron, además de Chuck y Jim bajo sus identidades encubiertas, Fred Wilkens y David Lane, organizador de Denver y abogado, quien decía representar legalmente al Klan en el área metropolitana de Denver. Este fue nuestro primer encuentro con David Lane, más allá de alguna mención de su nombre en reportajes mediáticos sobre las actividades del grupo racista en Colorado. También en representación del Klan estaba Donald Black, el organizador estatal o Gran Dragón de Alabama, quien tenía vínculos cercanos con Duke y había estado visitando a Wilkens, su homólogo, en Colorado. Accedió a acompañarlo a la reunión, pero no sabíamos si había venido para apoyar a Wilkens o como representante de la oficina nacional de los Caballeros del Ku Klux Klan bajo órdenes de Duke. También desde Denver acudió un individuo en representación del Partido Nazi Americano.

Donald Black es una figura interesante en la historia del movimiento racista o de odio. Cuando Duke dejó el Klan, hacia 1980, para formar la Asociación Nacional para el Progreso de la Raza Blanca (NAAWP), Black tomó su lugar como Gran Mago de los Caballeros del Ku Klux Klan. No fue capaz de mantener la imagen «respetable» que había introducido Duke. Según el Proyecto de Monitorización del Klan del Southern Poverty Law Center, aproximadamente un año después de que Black tomara el control de

los Caballeros del Ku Klux Klan, fue arrestado junto a un grupo de miembros del Klan y neonazis por intentar derrocar el Gobierno de Dominica. Años más tarde, tras el divorcio de Duke, Black se casó con su exmujer y juntos fundaron la primera web racista de internet, Stormfront.org.

Fue en esta reunión cuando descubrimos, por primera vez, la conexión entre el Klan y el Partido Nazi Americano de Colorado Springs. También estaban presentes Tim y Joe, miembros del Klan de Colorado Springs, y algunos aspirantes nuevos, incluyendo al anciano que supuestamente había pertenecido al Klan durante los años veinte y treinta. En representación del Posse estaban su líder, Chuck Howarth, y muchos otros miembros. El abogado tomó las riendas de la reunión exigiendo al Posse que se involucrara más activamente con el resto de organizaciones racistas blancas de Colorado.

Ken le dijo a Wilkens que había reclutado a treinta y ocho posibles miembros en la Penitenciaría Estatal de Colorado. Le preguntó a Wilkens si su plan de hacer circular el periódico del Klan en Fort Carson había obtenido algún resultado. Wilkens respondió que las autoridades militares no lo habían contactado aún con relación a su solicitud de distribuir *The Crusader* en la base.

A continuación, Donald Black presentó la película *El nacimiento de una nación* a los asistentes. Durante el intermedio, el contingente de Denver anunció que debían marcharse. Sin embargo, antes de que se fueran, el abogado ofreció su «argumentación final» a favor de la unión de ambos grupos, afirmando: «Todas las organizaciones blancas deben unirse para que su trabajo en pos de la supremacía blanca tenga éxito». Urgió a todos los presentes a unirse a sus capítulos locales del Klan. Finalizó su argumentación haciendo el saludo nazi, con el brazo alzado, la mano abierta con la palma hacia abajo y un sonoro «*Sieg Heil*».

Mi contacto en la Liga Antidifamación, Barbara Coppersmith, se mostró muy interesada cuando le conté los detalles de la reunión y el papel singular que jugó en esta el abogado. Me indicó que transmitiría esta información a su cuartel general en Nueva York, pues sabía que este intento de fusión entre el Klan y el Posse Comitatus sería motivo de preocupación para ellos. Añadió que mi investigación había descubierto algo de lo que ellos no tenían conocimiento previo.

Una vez se marcharon los hombres de Denver, los residentes en Colorado

Springs vieron la segunda mitad de la película. Tras la proyección, el líder del Posse, Chuck Howarth, encargó veinticuatro copias del periódico del Klan para sus miembros. La reunión concluyó poco después. Según la opinión de Jim, los líderes del Klan y el Posse se habían mostrado mutuamente receptivos a la filosofía del otro, por lo que se fijó una segunda reunión en Denver para una fecha posterior.

Más tarde, en la comisaría, comentamos lo que había sucedido aquella noche. Para Chuck y Jim, estaba claro que los dos grupos se llevaban de perlas, como si estuvieran hechos el uno para el otro, y que la amenaza de que se unieran era más real e importante que nunca.

El 2 de enero de 1979, el Servicio de Correos de los Estados Unidos entregó mi carné de socio en la residencia de Ken. Jim se reunió con él para recogerlo y más tarde me lo dio.

Tal y como me prometieron, el carné traía inscritas las letras «CO» para indicar que mi afiliación era en Colorado. A continuación había un número que empezaba por 78, por 1978, el año en que me uní, y 862, lo que indicaba que yo era el miembro número 862 del Klan en Colorado.

Cuando Jim visitó a Ken, este le dijo que Chuck y él debían presentarse en su casa a las 13:30 del 7 de enero para ser «nacionalizados», esto es, iniciados oficialmente en los Caballeros del Ku Klux Klan por David Duke, quien llegaría a Denver el día anterior. Le explicó que quince miembros de Colorado Springs participarían en la ceremonia de «nacionalización». También le indicó que Fred Wilkens llegaría más tarde, esa misma noche, a su casa para discutir los detalles de la visita de Duke. Ken añadió que había obtenido, junto a una cadena de televisión local, el permiso de las autoridades de Fort Carson para entrevistar a la gente blanca de la base sobre los prejuicios contra los soldados blancos.

La reunión finalizó y Jim regresó al departamento de policía con mi carné de miembro, que me apresuré a firmar. La parte del carné que llamó mi atención fue su reverso, con los «seis juramentos» del «Código Personal» de los Caballeros del Ku Klux Klan.

CÓDIGO PERSONAL

1. Trabajar sin descanso en pos de la preservación, protección y progreso de la raza blanca.

2. Ser siempre fiel a los Caballeros del Ku Klux Klan, el único Klan verdadero.
3. Obedecer todas las órdenes de los oficiales del Imperio.
4. Mantener en secreto la identidad de mis compañeros y los rituales del Klan.
5. Nunca comentar asuntos del Klan con oficiales de paisano a nivel estatal, local o nacional.
6. Con este fin, cumplir mis obligaciones sociales, fraternales y financieras mientras viva.

El juramento que me llamó la atención y nos hizo estallar en carcajadas a mí, a Jim y a Chuck fue el número 5: «Juro: Nunca comentar los asuntos del Klan con oficiales de paisano a nivel estatal, local o nacional». Aquello era demasiado bueno: lo habían puesto ahí, justo en medio de su carné oficial.

En cuanto recibí el carné, hice dos llamadas: la primera a Ken y la segunda a David Duke. Le agradecí a Ken que se hubiera ocupado de que me enviaran mi carné. Su respuesta fue cortés, pero me explicó que, aunque mi afiliación había sido registrada por la oficina nacional en Luisiana, esta no sería definitiva hasta que yo no pasara la ceremonia de nacionalización.

—Es una mera formalidad, pero es importante. Creo que te gustará la ceremonia —dijo.

Ken siguió explicando que habían reservado un local en el área de Denver para officiar la ceremonia, y que a continuación proyectarían de nuevo *El nacimiento de una nación*. Dijo que el local tenía un aforo de 150 personas y ya habían enviado invitaciones a 113 residentes del área de Denver para que vinieran a presenciar la ceremonia y celebrar la visita de Duke. Añadió que esperaban llenar los 150 asientos, ya que, además de la ceremonia y la película, Duke iba a dar un discurso.

Siguió diciendo que, una vez concluida la visita de Duke a Colorado Springs, quería que los miembros locales organizaran la ceremonia de la quema de una cruz. Explicó que, el 11 o el 12 de enero, cavarían un hoyo y plantarían una cruz empapada de queroseno en algún lugar del área de Sand Creek (este), cerca de Academy Boulevard, que está próxima a la autopista interestatal 25 y, por ello, es muy visible para los motoristas que circulan.

Encenderían la cruz, dijo, utilizando una mecha de «caja de cerillas», un

método que había visto en una película de Bond: consistía en colocar una caja de cerillas en la base de la cruz y pegar un cigarrillo encendido —al que le quedasen unos dos minutos para consumirse— en la caja. Cuando el extremo encendido hiciera contacto con las cerillas, estas arderían y, a su vez, harían arder la cruz. Encender la cruz de este modo, explicó Ken, les daría el tiempo necesario para alejarse de la cruz en llamas antes de que la policía, alertada por las protestas de los ciudadanos, llegara al lugar de los hechos. Tomé nota del lugar, al que más tarde enviaría unidades de patrulla.

Le pregunté a Ken si aquellos que iban a ser nacionalizados debían llevar una túnica con capucha. Respondió que no era obligatorio, pero que si tenía una, debería ponérmela, ya que ayudaba a promover un sentimiento de orgullo dentro del Klan. No compramos un uniforme del Klan a la oficina nacional porque el departamento de policía no quiso autorizar el gasto de cuarenta dólares. Después de que Ken me anunciara que Duke estaría en Colorado Springs el 10 de enero, finalizó nuestra conversación.

Nunca logré obtener los cuarenta dólares, ochenta si incluimos el coste del uniforme de Jim, del sargento Trapp. Era mucho dinero, y mi argumento de que ayudaría a legitimar a Chuck y a Jim no era lo bastante convincente.

Entonces llamé a la oficina de Duke en Luisiana. Le agradecí calurosamente el que hubiera aprobado mi ingreso en «su» Klan y le dije lo orgulloso que estaba de tener, al fin, mi carné de miembro. Aceptó cordialmente mis palabras de gratitud y me dijo que esperaba que mi participación en el Klan fuese duradera. Cuando le pregunté, me confirmó que su visita a Colorado Springs tendría lugar el 10 de enero. Dijo que Ken y Williams le habían hablado positivamente de mí y que estaba deseando conocerme a su llegada.

—Será un gran día para nosotros —dijo antes de terminar la llamada.

Al día siguiente, confirmé con Continental Airlines que existía una reserva a nombre del «señor D. Duke» para el vuelo que partía el 6 de enero desde el Aeropuerto de Nueva Orleans con destino al Aeropuerto Internacional Stapleton. El vuelo de vuelta estaba confirmado para el 13 de enero. Yo estaba siguiendo una corazonada, y en aquella época, Continental Airlines era una de las mayores aerolíneas del país. En esos días de la era pre-11S no era difícil para un policía local hacer una verificación de información, aunque tuve que dar un par de rodeos antes de obtener la información. El

conocer los planes exactos de llegada y partida de Duke nos permitió planear nuestra estrategia.

Como preparación para la visita de Duke a Denver para la ceremonia de nacionalización, el consiguiente revuelo mediático y las protestas de la comunidad contra el Klan que, inevitablemente, tendrían lugar, el 4 de enero se organizó una reunión de estrategia en el Departamento de Policía de Denver. El sargento Trapp, Jim y yo representamos al Departamento de Policía de Colorado Springs.

En representación del Departamento de Policía de Denver en la reunión de estrategia estaban su sargento de Inteligencia y uno de sus investigadores. También estaba presente un investigador del Departamento de Policía de Lakewood, y otro de la Fuerza de Choque contra el Crimen Organizado del Fiscal General de Colorado. Pronto descubrimos que uno de los participantes desconocidos en la reunión del 20 de diciembre entre el Klan y el Posse donde se proyectó *El nacimiento de una nación* era el líder del Posse Comitatus en Lakewood.

Le ofrecí al Departamento de Policía de Denver la oportunidad de tomar un papel más activo en la investigación infiltrando a uno de sus investigadores de Inteligencia en el Klan. De ese modo, su agente podría controlar la actividad del movimiento de grupos de odio locales, tal y como estábamos haciendo nosotros en Colorado Springs. El sargento de Denver aceptó mi oferta y dijo que nos enviaría a un investigador para que lo introduyésemos en el próximo encuentro del grupo con David Duke.

Mi oferta de incluir a un agente encubierto de Denver en la investigación tenía un motivo añadido. Ello me permitiría tener tres pares de ojos y oídos dentro del Klan de Colorado, lo que, en mi opinión, nos bastaría para cubrir, a nivel de inteligencia, al Ku Klux Klan y tal vez nos abriría puertas para penetrar en otros grupos racistas de Colorado. Añadir a un tercer agente encubierto supondría un gran paso en la dirección correcta y fortalecería enormemente mi investigación.

Como resultado de la reunión, las agencias destinaron a un total de siete oficiales de vigilancia para ofrecer apoyo a Chuck y Jim durante la ceremonia de nacionalización.

Es evidente que la participación de los departamentos de policía de Denver y Lakewood y la oficina del fiscal general de Colorado demostraba la

seriedad con que las fuerzas del orden se tomaban los factores de riesgo potenciales que presentaban la presencia de Duke, la combinación de los capítulos del Klan de Denver y Colorado, la presencia del Partido Nazi Americano, del Posse Comitatus y de miembros de bandas de moteros fuera de la ley que también hacían suya la retórica supremacista blanca, de quienes se esperaba que asistieran en homenaje a Duke. Esto se estaba convirtiendo en un cónclave del movimiento de grupos racistas, con David Duke como figura central. Hasta donde yo sé, nunca había ocurrido nada igual en el ámbito de la seguridad en Colorado Springs, al menos desde que yo era parte de él, y no dejaron una sola piedra sin remover con tal de ofrecer protección a nuestra gente. Era también la primera vez que la oficina del fiscal general se implicaba en el movimiento de odio racista (de nuevo, hasta donde yo sé). Esto era en parte gracias a la Fuerza de Choque contra el Crimen Organizado, controlada y supervisada por oficiales de Denver. Otros departamentos de distintos puntos del estado participaban en la fuerza de choque como investigadores adjuntos del fiscal general. Cuando mi investigación del KKK llegó a su fin, fui asignado a la fuerza de choque como investigador de narcóticos. Mi supervisor, Robert C. Cantwell, llegó a ser más adelante jefe del Departamento de Policía de Denver. Cuando se retiró, el gobernador lo nombró responsable de la Oficina de Investigación de Colorado y, después, del Departamento de Prisiones de Colorado.

Ahora, contando con más hombres sobre el terreno y en escena, me sentía preparado para el señor Duke.

Para cuando llegó el 6 de enero, los medios de comunicación estaban ya al tanto de la inminente visita de Duke a Colorado Springs, y los grupos de protesta comenzaron a actuar en consecuencia. El periódico *Gazette-Telegraph* se hizo eco de una de sus reuniones, que tuvo lugar a mediodía en Acacia Park, en pleno centro urbano, y a la que asistieron veinte participantes. El grupo anti-Klan que la organizó era Gente para el Progreso del Pueblo. Un segundo grupo, llamado Ciudadanos por la Reforma de los Derechos de los Presos, se presentó para mostrar su solidaridad y dar publicidad a su propia causa. Se encontraron en el parque, en la esquina de las avenidas Tejon y Nevada, y marcharon a lo largo de varias manzanas. Al otro lado de la calle, y a la vista de todo el mundo, desfilaban dos miembros

del Klan en respuesta a sus protestas.

Estaba previsto que el capítulo de Denver del Comité Contra el Racismo o CAR participara en la manifestación; sin embargo, no llegaron a tiempo desde Denver.

Esta manifestación, como otras, fue un fracaso absoluto, pues solo lograron convocar a veinte personas. Para una comunidad que, según la información de los medios de comunicación de la época, estaba al borde de la indignación popular contra la presencia del Klan y la visita de Duke, la cifra de veinte manifestantes resultaba insignificante. El grupo Gente para el Progreso del Pueblo tenía buenas intenciones, sin duda, pero al igual que a otros grupos de protesta locales, les faltaban auténticos líderes con habilidades retóricas y de organización, capaces de atraer a seguidores a su causa. Esto sucedió en más de una ocasión durante la investigación. Un pequeño grupo de ciudadanos expresaba su indignación contra las bufonadas del Klan, pero la respuesta general de la comunidad seguía siendo tibia.

Los dos miembros del Klan que entraron en liza, siguiendo la ruta de la manifestación, fueron completamente ignorados por todos, incluso por los representantes de los medios que acudieron. Vi a uno de ellos acercarse a un reportero y preguntarle si quería una exclusiva. Cuando el reportero respondió afirmativamente, el miembro del Klan le dijo que lo acompañara a su camioneta. Una vez allí, se puso el uniforme y empezó la entrevista. Otros medios lo vieron y corrieron a poner sus micros y sus cámaras delante de las narices del miembro del Klan, con la prisa atropellada de los *paparazzi* de hoy en día. Era un delirio mediático, una noticia fabricada a partir de la actuación de los propios medios.

Sucede demasiado a menudo que los medios, sin quererlo, acaban creando las mismas noticias de las que informan en su afán por conseguir una historia. Esto solo beneficia a la persona o al tema que estén cubriendo, y les da un poder que ninguno de los dos merece.

El 7 de enero, Chuck y Jim fueron a un edificio de apartamentos en Lakewood —donde residía Fred Wilkens— para participar en la ceremonia de nacionalización para el ingreso formal en la orden de los Caballeros del Ku Klux Klan. Un miembro de una banda de moteros de Colorado Springs los guio a una habitación donde se encontraban once personas, incluidos algunos miembros del capítulo de Colorado Springs. Allí les presentaron

formalmente a David Duke y a David Lane, el organizador local del área de Denver. Se fijaron en que había camisetas con la inscripción «PODER BLANCO - KU KLUX KLAN» a la venta y compraron una cada uno. Les dijeron que iban a ir todos a comer a un restaurante local de la cadena Denny's antes de dirigirse al lugar de encuentro. Varias unidades de vigilancia cubrieron a nuestros agentes durante este encuentro y a lo largo del resto del tiempo que permanecieron junto a Duke.

En el restaurante, Chuck y Jim se enteraron de que la reunión tendría lugar en el edificio Grange Hall de Wheat Ridge, una ciudad situada en el extremo norte de Lakewood, en el 3130 de la calle Youngfield. Jim se escabulló del grupo y llamó al agente encubierto de la policía de Denver para comunicarle la localización de la reunión. Le dijo al agente que se presentara allí para ser admitido en el Klan. Jim y Chuck salieron del restaurante y pusieron rumbo a Grange Hall.

Al llegar, se encontraron a Ken y al agente de Denver. Ken le estaba ayudando a cumplimentar su solicitud de admisión mientras le cobraba la cuota de miembro. Con esta nueva solicitud, serían doce las personas nacionalizadas como miembros del Klan (ocho de Colorado Springs y cuatro de Denver, entre los que se encontraba un agente encubierto de Denver). Así que de los doce nuevos miembros, tres eran agentes de policía infiltrados.

La ceremonia duró unos sesenta minutos y fue oficiada por David Duke, David Lane, quien era el organizador de Denver, Ken O'dell y Joseph Stewart, la mano derecha de Ken. Duke llevaba su uniforme del Klan, que denotaba su cargo de Gran Mago, y el resto vestían también sus respectivos uniformes. Era una ocasión solemne, bajo la luz de las velas, que comenzó con el Juramento de Lealtad. A lo largo de la noche, cada uno de los miembros del tribunal leyó un fragmento de la ceremonia. Una de las primeras cosas que los aspirantes tenían que hacer era responder «sí» a las siguientes diez preguntas:

- 01. ¿Es usted un ciudadano estadounidense blanco y no judío?*
- 02. ¿Es el motivo de su deseo de ser miembro del Klan sincero y desinteresado?*
- 03. ¿Ha sido alguna vez rechazada su solicitud de afiliación a los Caballeros del Ku Klux Klan?*
- 04. ¿Cree en la Constitución de los Estados Unidos?*

05. *¿Está a favor de un Gobierno de hombres blancos en nuestro país?*

06. *¿Cree en el derecho de los hombres libres a rebelarse contra la tiranía del Gobierno?*

07. *¿Cree en la Segregación Racial?*

08. *¿Cree en el derecho de nuestra gente a practicar la Fe Cristiana en cualquier lugar de reunión, incluso a rezar en las escuelas y otros edificios públicos?*

09. *¿Obedecerá fielmente a la Constitución y las regulaciones del Klan?*

10. *¿Está dispuesto a dedicar su vida a la protección, preservación y el progreso de la raza blanca?*

En un momento de la ceremonia, se ordenó a los aspirantes que se arrodillaran y rezaran mientras Duke los rociaba con «agua bendita» para purificarlos y recitaba las palabras: «En cuerpo, en mente, en espíritu», parafraseando la bendición que se usa en la Iglesia católica: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». (Resulta irónico que el KKK se haya apropiado de un fragmento de la misa católica, una fe a la que ha despreciado históricamente, para una de sus ceremonias más sagradas. Es una muestra más de su evidente hipocresía). La oración decía así:

¡Que Dios nos dé auténticos Hombres Blancos!

El Imperio Invisible exige mentes fuertes,

grandes corazones, fe verdadera y manos dispuestas.

Hombres a quienes el deseo de poder no mate;

hombres a quienes el botín del poder no pueda comprar;

hombres poseedores de opiniones y de voluntad;

hombres que tengan HONOR; hombres que no mientan;

¡hombres capaces de enfrentarse a un demagogo

y maldecir sus traicioneros halagos sin pestañear!

Hombres altos, coronados por el sol, que vivan por encima de la niebla en su servicio público y en su pensamiento privado;

mientras la chusma, con sus credos manoseados,

sus altas aspiraciones y sus míseras andanzas,

se regodea en su lucha egoísta, ¡contemplad cómo la Libertad llora!

El MAL domina la tierra y la justicia espera dormida.

Que Dios nos dé auténticos Hombres Blancos;

hombres que no sirvan en pos de una egoísta recompensa.

Hombres de verdad, valientes, a los que el deber no haga inmutarse;

hombres de carácter sólido; hombres de admirable valía;

entonces los agravios serán reparados y el bien gobernará la tierra;

¡que Dios nos dé auténticos Hombres Blancos!

Finalizada la ceremonia, las cuarenta personas presentes se quedaron para la proyección de *El nacimiento de una nación*. Chuck reparó en que el Posse Comitatus había traído un detector de metales para evitar que algún asistente entrase armado al edificio. De hecho, gracias al detector pillaron *in fraganti* a una persona y le impidieron el paso. Antes de entrar a la ceremonia de iniciación, Chuck y Jim habían dejado sus pistolas en el coche. Jim y Chuck posaron para un par de fotos con David Duke. Duke autografió una de ellas: «Para Rick Kelley, Poder Blanco para Siempre».

Unas dos semanas después, recibí un paquete postal de David Duke desde el cuartel general del Klan en Luisiana. Dentro del paquete estaba mi «Certificado de Ciudadanía», firmado por Duke, que confirmaba mi afiliación a los Caballeros del Ku Klux Klan. El 8 de enero, Chuck recibió una llamada de Ken, quien quería que le acompañara a Denver para ayudar con el dispositivo de seguridad en las apariciones públicas de David Duke. Había recibido de Fred Wilkens el aviso de que en una de sus apariciones se habían presentado veinte manifestantes gritando consignas contra Duke y contra el Klan. Ken creía que el Klan debía actuar en consecuencia y mostrar su superioridad numérica en la próxima aparición de Duke. Dijo que ya había reclutado a algunos de los «amigos moteros» del Klan, y que si Chuck lo acompañaba, la próxima vez que alguien atacara a Duke aquello se convertiría en un «concurso de patear culos». Chuck le dijo a Ken que no creía que pudiera escaparse del trabajo para viajar con él.

El 9 de enero llamé a la casa de Ken y le dije que había oído que se había

convocado una manifestación contra el Klan para el 10 de enero a las seis de la tarde, durante la comparecencia de Duke en los estudios de la KKTV de Colorado Springs. Esta manifestación no era ningún secreto; la información circulaba en la esfera pública, y yo quería saber qué clase de respuesta había preparado el Klan en nombre de Duke, si es que tenían algo planeado. Ken contestó que quería lograr la máxima asistencia posible de miembros locales para el día siguiente, pero que había fracasado en su misión de reunir y hacer desfilar a cien miembros uniformados. Dadas las circunstancias, marchar así supondría una humillación para Duke y para el Klan, por lo que tuvo que cancelar el desfile.

Iba a llamar al departamento de policía solicitando protección para Duke, con el objeto de prevenir actos violentos por parte de los manifestantes. También me confió que Duke tenía programado un almuerzo con los miembros locales y el Posse Comitatus en el Bonanza Steakhouse, situado en el 1850 de North Academy Boulevard. A continuación, Duke haría una aparición en KRDO-TV y, a las 6, otra en KKTV para debatir con un profesor negrata de la Universidad del Sur de Colorado. Ken añadió que esperaba que el noticiario de Canal 9, de Denver, cubriera también las apariciones de Duke en Colorado Springs. Una vez más, los medios estaban fascinados con Duke y el Klan, y dispuestos a darles, a él y a su causa, la atención y los titulares que tanto deseaban.

Aquel mismo día recibí la llamada de uno de los participantes en la manifestación de Acacia Park. Afirmó que el grupo al que pertenecía, Coalición Contra el Racismo y el Sexismo, se había cambiado el nombre por el de Coalición Anti-Racismo (ARC). Dijo que el grupo Comité Contra el Racismo (CAR), basado en Denver, y el grupo de Colorado Springs Gente para el Progreso del Pueblo se reunirían en el restaurante Giuseppe's Depot, en el centro de la ciudad, el 13 de enero y marcharían hacia Acacia Park, a una media milla de distancia, para manifestarse contra el Klan. Me invitaron a unirme y dije que estaría allí.

Una media hora después de esta conversación, Ken llamó al comando del turno de noche del departamento de policía y se identificó como el organizador local del Ku Klux Klan. Le explicó al teniente que David Duke tenía planeadas tres visitas en Colorado Springs para el día siguiente y que estaba recibiendo amenazas de muerte debido a su condición de líder

nacional del Klan. Ken solicitó protección policial para Duke durante el tiempo que pasara en la ciudad, entre las doce de la mañana y las ocho de la tarde.

El teniente le dijo a Ken que su solicitud sería redirigida a la sección correspondiente del departamento. El teniente me reenvió su solicitud a la Unidad de Inteligencia, pues la «Protección de VIP y Dignatarios» figuraba entre nuestras tareas ocasionales. Yo le pasé a mi sargento la información de Ken que me facilitó el teniente y volví a centrar mi atención en nuestros planes y nuestra estrategia de cara a la visita de Duke al día siguiente. Nunca pensé que la seguridad y protección de David Duke fuera algo de lo que tuviera que preocuparme. Quién me lo iba a decir...

09

EL «DUKE» DE COLORADO

El 10 de enero, el día que todos estaban esperando desde el comienzo de esta investigación, había llegado por fin. David Ernest Duke, Gran Mago de los Caballeros del Ku Klux Klan, iba a encontrarse con sus acólitos en el restaurante Bonanza Steakhouse. Su cita estaba prevista para el mediodía; sin embargo, a primera hora de la mañana fui convocado a la oficina del jefe de policía.

El jefe explicó que el departamento había recibido varias amenazas de muerte contra Duke ante su visita a Colorado Springs y no quería que nada le sucediera en «su» ciudad. Como último giro inesperado del destino en esta investigación, el jefe dijo que quería que yo, Ron Stallworth, el «miembro negro» oficial del Ku Klux Klan, me encargara del dispositivo de seguridad personal de Duke mientras estuviera aquí. Puesto que ya teníamos a dos agentes infiltrados en el Klan, el jefe pensó que solo conmigo bastaría; si hubiera alguna situación de peligro, los dos agentes podrían, como último recurso, desvelar su identidad y acudir en mi ayuda. Mientras tanto, el jefe había alertado a nuestro comandante del turno diurno de las próximas apariciones de Duke, y los patrulleros de uniforme que trabajaban en estas zonas prestarían especial atención a los lugares y a las acciones de cualquier manifestante anti-Klan que se encontrara en sus inmediaciones.

Protesté ante el jefe argumentando que ponerme en esa posición podía comprometer nuestro caso, ya que toda la investigación giraba en torno a la creencia del Klan de que «Ron Stallworth» era uno de sus miembros blancos, y no un policía «negro». Señalé que, si yo formaba parte del dispositivo de seguridad, podría encontrarme con algún conocido que revelara mi nombre y

produjera un enorme caos, sin mencionar el factor de riesgo potencial para Chuck y Jim. Además, el Posse Comitatus estaría presente y la mayoría de ellos, si no todos, estarían probablemente armados.

Él comprendía mi preocupación, pero pensaba que las amenazas eran lo bastante serias como para acceder a esta petición especial. Además, no había nadie más disponible ese día y, por mi conexión con el caso, creía que yo era el mejor hombre para esta misión dadas las circunstancias.

No me complacía la decisión del jefe. El riesgo de que las identidades encubiertas de Chuck y Jim se vieran comprometidas en caso de que sucediera un incidente grave contra Duke era, en mi opinión, demasiado alto. Salí de mala gana de su oficina con mis órdenes para proteger al líder del Klan.

Debía vigilar a Duke no vestido de uniforme, sino como agente de paisano. Cualquier observador externo pensaría que un negro estaba codeándose con el Klan. Volví a presentar mis objeciones al jefe ante lo ridículo de esta orden, pero finalmente cargué mi pistola con cinco balas para matar a cinco gilipollas, si fuera necesario, y salí a cumplir con mi deber.

Durante el encuentro en el Bonanza Steakhouse del mediodía, me vi rodeado de miembros del Klan, una situación incómoda para la mayor parte de los negros que para mí no era más que otro día en la oficina. Allí estaban David Duke, Fred Wilkens, Ken O'dell, Joseph Stewart, Chuck, Jim y otros miembros del capítulo local. Chuck y Jim no sabían que yo estaba al cargo de la seguridad de Duke hasta que entré al restaurante. Les eché una mirada que decía: «Está todo bien, no os preocupéis», y seguimos cada uno a lo nuestro como si no nos conociéramos de nada.

También estaban presentes el líder del Posse Comitatus, Chuck Howarth, y algunos de sus miembros. Muchos de ellos trajeron a sus mujeres al almuerzo. Para ellos, poder conocer en persona a Duke, y compartir con él un almuerzo y un momento personal, era similar a lo que supondría para un patriota estadounidense un encuentro personal con el presidente de los Estados Unidos. Estaban absolutamente maravillados con la presencia de Duke, deleitándose en lo que ellos percibían como su gloria.

Todos permanecieron relajados cuando establecí contacto con Duke. Ken y otros miembros del Klan se acercaron junto a Chuck Howarth para escuchar lo que yo iba a decir.

Le extendí mi mano a Duke —dirigiéndome a él como «señor Duke»— y él la tomó y me la estrechó a la manera del Klan, con los dedos índice y corazón extendidos a lo largo de la muñeca y presionando las puntas de los dedos sobre la carne al apretar la mano. Luego supe que este era el saludo secreto del Klan.

—Soy un detective del Departamento de Policía de Colorado Springs — dije. Evité a propósito mencionar mi nombre y ni se dio cuenta. Estaba preparado para darle uno de mis nombres falsos si fuese necesario.

—Está bien. Aprecio los esfuerzos del departamento de policía. Gracias —dijo Duke, sosteniendo aún mi mano.

—Solo quiero que sepa que no estoy en absoluto de acuerdo con su misión, sus declaraciones, sus campañas o su organización. Pero cumpliré con mi deber profesional de ocuparme de que usted salga con vida de mi ciudad.

—Está bien —respondió, soltando mi mano.

De un modo extraño, en aquel momento yo tenía mucho en común con Fred Wilkens. Él conservaba su trabajo de bombero debido a su promesa de cumplir con su deber profesional de servir y proteger a toda la población, a pesar de que, en el fondo, odiara a tanta gente. Era exactamente lo que estaba haciendo yo aquel día en Colorado Springs, pero al revés. Yo habría reducido a cualquiera que intentara matar a David Duke aquel día, a pesar de que personalmente sentía que él, y todo lo que él representaba, merecía ser destruido.

Al principio me daba un poco de aprensión el que Ken, Fred o Duke escucharan mi voz durante un largo rato, pues temía que esta pudiera despertar en su memoria el recuerdo de nuestras numerosas conversaciones telefónicas. Pero no la reconocieron. Pronto, mi aprensión dio paso a una sensación de renovada confianza en que habíamos logrado embaucar y engatusar a estos tres individuos y a sus seguidores hasta volverles totalmente incompetentes.

Le dije al «señor Duke» que nosotros, el Departamento de Policía de Colorado Springs, habíamos recibido amenazas contra su integridad física. Evité, a propósito, mencionar que se trataba de amenazas de muerte. Le dije que eran lo bastante graves como para que el jefe de policía me hubiera puesto al cargo de su seguridad personal durante su estancia en la ciudad. El

PLP amenazaba constantemente a Duke, y expresaban sin rodeos su deseo de empezar una pelea con el Klan. Yo me encontraba en la posición privilegiada de poder reconocer tanto a los miembros del Klan como a los del PLP, que tantas ganas tenían de enfrentarse al KKK.

Noté que, al escuchar que yo me ocuparía de proteger a Duke, Fred, Ken y otros miembros del Klan sonrieron. No sabía si sonreían de alivio porque el departamento de policía se había tomado en serio las amenazas a su líder y había decidido tomar medidas oficiales, o si sonreían ante el incongruente espectáculo que tenían delante: un policía «negrata» como responsable de la seguridad y el bienestar de su líder, el Gran Mago de los Caballeros del Ku Klux Klan. Fuera cual fuera el motivo, aquello les hacía sonreír. Debo confesar que yo también me estaba riendo por dentro.

A su favor, debo decir que Duke se mostró muy agradecido por la consideración que el departamento de policía había prestado a su integridad física y expresó generosamente su gratitud hacia el departamento que había asumido esta responsabilidad.

Tanto Ken O'dell como Fred Wilkens reiteraron este agradecimiento.

Mientras todo esto sucedía, Chuck Howarth se limitó a quedarse de pie y a mirarme con odio. Él era una de mis mayores preocupaciones frente a la posibilidad de que mi identidad como el «auténtico» Ron Stallworth saliera a la luz, pues habíamos tenido contacto previo en, al menos, dos ocasiones, aunque no podía recordar si le había dicho alguna vez mi nombre. Teniendo esto en cuenta, creo que debió reconocermé de nuestros anteriores encuentros. Al fin y al cabo, yo era el único agente negro del departamento por aquel entonces, pero, al parecer, él no recordaba mi nombre, si es que alguna vez lo supo. Y así fue como la farsa que Chuck, Jim y yo estábamos representando para el Klan permaneció intacta.

Entonces le pedí al «señor Duke» un favor. Dijo cordialmente que sí sin preguntarme antes de qué se trataba. Yo llevaba conmigo una cámara Polaroid.

—Señor Duke, nadie me creerá cuando cuente que he sido su guardaespaldas. ¿Le importaría sacarse una foto conmigo?

Él sonrió, junto con Wilkens y Ken, al escuchar mi petición y accedió a posar para la foto. Entonces le pedí a Wilkens que saliera en la foto conmigo y con Duke y él también accedió. Como último gesto de mofa, le di la cámara

a Chuck, el Ron Stallworth «blanco», y le pedí que nos sacara la foto. Tanto él como Jim apenas podían contener la risa ante mi descarada exhibición de desprecio a costa de los miembros del Klan. Había conseguido que el Gran Mago y el Gran Dragón u organizador estatal de Colorado del Ku Klux Klan accedieran a tomarse una foto conmigo, uno de los «negratas» a los que tanto detestaban, quien, en este caso, estaba actuando como su guardaespaldas; además, el fotógrafo era el agente infiltrado que yo había introducido en el grupo a quien todos conocían por mi nombre: Ron Stallworth.

Me coloqué entre los dos líderes del Klan, Wilkens a mi izquierda y Duke a mi derecha, y puse mis brazos alrededor de sus hombros. A Wilkens le parecía divertido, se reía con mis payasadas y tal vez veía también las posibilidades humorísticas y publicitarias de semejante foto. Duke, sin embargo, no le vio la gracia a mis acciones, dio un paso atrás, apartando mi brazo de su hombro y dijo:

—Lo siento, pero no puedo dejarme ver así en una foto con usted.

Wilkens dejó de reírse, pero la sonrisa no abandonó su rostro. Yo le respondí:

—Lo entiendo, discúlpeme.

Me acerqué a Chuck, que aún sostenía la cámara, y mientras fingía ayudarle con algún asunto de esta, le susurré:

—Cuando yo diga tres, saca la foto.

Volví junto a Wilkens y Duke y me situé de nuevo entre ambos, pero esta vez dejé las manos reposando sobre mi cintura. Todos sonreímos para la cámara y yo conté:

—Uno, dos, tres.

Una fracción de segundo antes del tres levanté las manos y volví a colocar mis brazos alrededor del hombro derecho de Wilkens y del hombro izquierdo de Duke. Chuck tomó la foto en ese preciso momento, antes de que Duke pudiera reaccionar.

Hice esta maniobra en parte porque nadie iba a creerse que estaba sacando esta investigación adelante. Tenía el carné de miembro, tenía el certificado, pero la foto sería la prueba visual definitiva y una auténtica humillación para David Duke. Un hombre negro poniéndose cariñoso con él. Tenía que conseguirla.

Era una Polaroid, y perdí la foto hace tiempo.

Duke se abalanzó inmediatamente hacia Chuck, como si reaccionara al disparo de salida en una carrera olímpica. Sin embargo, yo fui corredor en el colegio y mi reacción fue algo más rápida. Los dos perseguíamos el mismo objetivo: Duke quería arrebatarme la cámara a Chuck para destruir la foto, que consideraba dañina para su imagen; yo, por mi lado, no pensaba dejarle coger *mi* cámara o romper *mi* foto.

Duke trató de arrancar la cámara de la mano de Chuck, pero yo fui una milésima de segundo más rápido. Entonces trató de quitármela a mí, le enfrenté con la mirada más fría e intimidante de que era capaz y le dije:

—Si me toca, lo arrestaré por asalto a un agente de policía. Eso le puede costar cinco años de prisión. ¡NO LO HAGA!

Duke se quedó paralizado. La sonrisa en el rostro de Fred Wilkens se desvaneció. David Duke me lanzó la más intensa mirada de rabia y desprecio imaginable y yo le sonreí burlón con la cámara en la mano.

En este preciso momento, en este asunto concreto, el Gran Mago del Ku Klux Klan se dio cuenta, claramente, de que era un hombre derrotado a merced de «algo» (y no «alguien») a lo que aborrecía sobre todas las cosas: un salvaje, simiesco, a sus ojos y a los del Klan, e intelectualmente inferior «negrata». La diferencia era que, en este caso, esta criatura inferior llevaba placa, tenía la fuerza de la ley de su parte y estaba dispuesto a usarla para hacerse respetar. No tenía la menor duda de que, cuando Duke renunció a quitarme la cámara de las manos después de oír mi advertencia, sabía que iba en serio, y también lo sabían sus seguidores. Yo, personalmente, disfruté de la paliza mental que él y los suyos recibieron.

Miré aquella Polaroid mientras se revelaba y pensé en mis ancestros espirituales a lo largo de los tiempos: negros y blancos, protestantes, católicos y judíos, que habían combatido y resistido con tanto valor la brutalidad del Ku Klux Klan durante todos esos años. Habían perdido porque no estaban en una posición de poder y control, que era donde me encontraba yo en ese momento. Pensé en aquellos que estuvieron en la línea del frente de la lucha por los derechos civiles: el doctor Martin Luther King Jr. y su principal consejero, el doctor Ralph David Abernathy; el congresista de Georgia, John Lewis, a quien le abrió la cabeza un policía simpatizante del Klan, y otros que habían sido sometidos a arrestos injustos, bajo el amparo de las leyes Jim Crow de la época, que justificaban la segregación de negros y blancos;

palizas físicas, a veces a manos de policías armados con porras; pensé en los ataques con mangueras de incendios y en los pastores alemanes que el jefe de policía de Birmingham, en Alabama, Bull Connor, azuzaba contra manifestantes pro derechos civiles pacíficos y no violentos; en las violaciones de mujeres, en las víctimas de los ataques nocturnos de francotiradores y en las bombas. Este era el tipo de escenas que estaba acostumbrado a ver a diario, de joven, en las noticias de la noche.

Pensé en el 4 de abril de 1968, aquel día de mi primer año en el Instituto Austin de El Paso (Texas), en que el director anunció por megafonía que el doctor King había sido asesinado en Memphis (Tennessee). Recordé el silencio que inundó toda la escuela, y cómo suspendieron las clases y nos mandaron temprano a casa para evitar las consecuencias inesperadas que podría tener su muerte (no hubo disturbios en El Paso). Un silencio extraño, casi sepulcral envolvió a los dos mil estudiantes mientras caminaban de las clases a sus taquillas y hacia la salida de la escuela. El sonido más perceptible era el llanto de las niñas y los murmullos que repetían: «No puedo creerlo» o «Dios mío, ¿qué vamos a hacer ahora?». Un par de amigos y yo fuimos a la casa de uno que tenía una grabación en cinta magnetofónica del ahora célebre discurso del doctor King, «Tengo un sueño». Nos sentamos en el estudio de su casa y escuchamos una y otra vez aquella voz sonora cuyo eco resuena, hasta el día de hoy, en nuestras conciencias. «¡Libres al fin, Libres al fin, gracias a Dios todopoderoso somos libres al fin!». Para la tercera escucha del discurso, nuestros ojos se habían llenado de lágrimas, al comprender la magnitud de lo que había tenido que suceder para cambiar el curso de nuestra realidad «negra» colectiva. También nos preguntábamos cómo nosotros, como pueblo, podríamos seguir adelante sin la voz del doctor King para guiarnos.

Estos eran los pensamientos que me rondaban la cabeza durante aquel encuentro con David Duke. Sentí una conexión con todos aquellos «extraños y amargos frutos»,^[14] cuerpos linchados colgando de los árboles a través de las décadas por las atrocidades inhumanas cometidas contra ellos; también con todos los olvidados y los aterrorizados bajo la sofocante dominación del Klan y el control de los David Dukes de generaciones pasadas. En este caso, sin embargo, se habían vuelto las tornas. Yo era el dueño del momento, no el Gran Mago y sus acólitos del Klan. Yo dominaba a David Duke, y era

evidente que no le gustaba. En esencia, le había tocado asumir el rol de «negrata» en esta situación, y yo era su «*massa*» (amo), con mi placa y todo el peso de la ley a mi favor. Siento decir que, aunque la enmarqué, aquella foto acabó enterrada en el fondo de una caja, entre otras que he ido acumulando durante treinta y cinco años y cuatro mudanzas a lo largo y ancho del oeste de los Estados Unidos.

Duke siguió mirándome, dirigiéndome tal rabia, tal desprecio, y quizá incluso tal odio, como nunca antes había conocido. Yo había arrestado a chulos, prostitutas y traficantes, encerrándolos por meses o años en correccionales y prisiones, pero ninguno de ellos me escupió la bilis visual que estaba recibiendo ahora de David Duke. Creo que si hubiera podido descargar su inmensa frustración violentamente y sin consecuencias, lo habría hecho. Sin decir una palabra, se giró y se alejó de mí, seguido de Wilkens, Ken, Chuck, Jim y el resto de su séquito.

El almuerzo se desarrolló conmigo sentado a un lado y observando. Duke lanzó algunos de sus típicos comentarios sobre la superioridad racial hacia el grupo de miembros del Klan y el Posse. Tanto él como su público podían verme perfectamente, y no hice el menor esfuerzo por ocultar lo divertido que me resultaba escuchar su argumentación sobre la superioridad blanca y la inferioridad negra, mientras él y sus oyentes trataban de ignorar por completo que, unos minutos antes, un «negro», supuestamente inferior, acababa de volar su argumentación en pedazos. Debo señalar que en ningún momento durante su discurso usó el término peyorativo «negrata», ya que estaba interpretando su papel «público» como representante del «nuevo Klan».

Tras el almuerzo, el grupo se desplazó a los estudios de la KRDO-TV, donde Duke fue entrevistado. Desde allí viajaron en caravana hasta la casa del líder del Posse, Chuck Howarth, para celebrar una «cumbre». Mientras ellos hablaban dentro, yo esperaba fuera, en mi coche, protegiéndolos.

Duke y Howarth hablaron sin tapujos sobre las actividades de sus respectivos grupos. Howarth, en particular, comentó con entusiasmo las últimas actuaciones del Posse. Le dijo a Duke que el Posse estaba detrás de los recientes intentos en pro de la destitución del alcalde de Colorado Springs, Larry Ochs, y de las enmiendas al reglamento local para limitar el poder del consejo municipal. Ambos fueron sonoramente rechazados por los votantes. Howarth afirmó que, a consecuencia de sus esfuerzos, su casa había

sido atacada con bombas incendiarias en dos ocasiones.

Howarth continuó explicándole a Duke que en tiempos de paz el Posse Comitatus era tan solo una cuadrilla, pero que, de un momento a otro, podían «cambiarse las insignias» y convertirse en milicia. Dijo que tenía a un líder del Posse en cada uno de los sesenta y cuatro condados del estado, insinuando así que él mismo era el líder estatal, algo que nunca llegó a verificarse.

Howarth se embarcó entonces en una diatriba racista y survivalista; estaba seguro de que pronto sufriríamos una hambruna, y que aquellos que estuvieran preparados tendrían que armarse y atacar a los que no lo estuvieran. Según decía, las minorías no estaban preparándose para la catástrofe, por lo que la raza aria blanca sería la superviviente definitiva e impondría su voluntad al resto de la sociedad. Howarth indicó que había querido contactar con el Klan dos años atrás, cuando vio por primera vez su anuncio en el periódico, pero que no lo hizo por miedo a que el anuncio fuera un «señuelo» del FBI.

En la casa de Howarth, Chuck y Jim lograron confiscar, sin que nadie se percatara, un ejemplar perteneciente a Fred Wilkens de *El manual blanco: un análisis de las dinámicas raciales en la América de hoy desde la perspectiva de la mayoría blanca*. Al parecer lo había publicado un tal C. W. Bristol. Investigué ese nombre en todas las bases de datos policiales —estatales e interestatales— a las que tenía acceso, pero no encontré información alguna. Un oficial de inteligencia me dijo que C. W. Bristol era un seudónimo de David Duke, pero no pude confirmarlo. Este libro de noventa y seis páginas se vendía en el cuartel general de Duke y se anunciaba en el periódico del Klan, *The Crusader*. Más adelante supe que el verdadero autor de *El manual blanco* era George Lincoln Rockwell, fundador del Partido Nazi Americano.

Esta es otra incongruencia más del Ku Klux Klan y de otros grupos supremacistas blancos. Dicen que suscriben los más altos ideales del americanismo —celebrando la Constitución de los Estados Unidos y saludando a la bandera estadounidense— y, al mismo tiempo, incluyen en su panteón de héroes a gente como Hitler y le cantan alabanzas al movimiento nacionalsocialista (el Partido Nazi) que él fundó y que llevó al mundo al borde de la destrucción hace más de sesenta años. Dentro de ese panteón se encuentra George Lincoln Rockwell, el comandante naval condecorado que

combatió en la Segunda Guerra Mundial y en la guerra de Corea y fundó el Partido Nazi Americano. Incluso el saludo del KKK es un reflejo de la influencia nazi (con el brazo derecho alzado y con la palma hacia abajo, similar al saludo nazi que se veía hacer a los soldados alemanes en los noticiarios de la época).

El manual blanco es el manifiesto de Rockwell sobre las relaciones raciales en los Estados Unidos: por qué los negros son inferiores a los blancos y, en general, más cercanos a los monos en la escala genética, y por qué los judíos son corruptos por naturaleza y utilizan a los negros para explotar la generosidad de los blancos. Ambos son responsables de la destrucción de los Estados Unidos y de la caída de la raza blanca.

Cuando Fred Wilkens descubrió que su ejemplar de *El manual blanco* había desaparecido, comenzó a registrar la casa desesperadamente, preguntándole a todo el mundo si lo había visto. No se dio cuenta de que uno de sus hombres del Klan, Jim, lo llevaba escondido bajo su camiseta interior, su camisa y su chaqueta de invierno, y así, al final de la noche, el libro llegó a mis manos.

A las cinco de la tarde, los miembros del Klan se dirigieron a la emisora de radio KRDO para otra entrevista con Duke. Cumpliendo con mi papel de guardaespaldas, acompañé al grupo hacia el lugar en un coche patrulla sin distintivos. Duke, todavía molesto conmigo por la humillación que sufrió durante la comida, no me dirigía la palabra, haciendo como si yo no estuviera ahí. Le gustase o no, durante las próximas horas el Gran Mago tendría a un «negrata» en su vida, uno al que no podría dominar y controlar según la tradición del Viejo Sur.

Yo le había tomado la medida en el almuerzo y había salido victorioso, y, aun así, se empeñaba en seguir poniéndose en ridículo a sí mismo y a su organización.

Al final de su entrevista en la radio, donde ofreció sus típicas diatribas filosóficas e ideológicas sobre la supremacía blanca, la inferioridad negra y la corrupción judía, Duke y su séquito se desplazaron a los estudios de KKTV para su debate con el profesor de historia negro de la Universidad del Sur de Colorado, situada en Pueblo, a unas cuarenta millas al sur de Colorado Springs.

Mientras avanzábamos en dirección al estudio de televisión, la central de

policía me informó de que un sujeto anónimo había llamado al estudio con una amenaza de bomba dirigida a Duke. El individuo afirmó también que aquella noche tendría lugar una reunión en el Centro Cívico del Noroeste, situado en el 605 de la calle Willamette, donde se discutirían las represalias a tomar contra la notoriedad en alza del Klan en Colorado Springs. Cuando llegamos al estudio, nos encontramos con un grupo de manifestantes protestando contra Duke y el Klan frente a la puerta del edificio. Comenzaron a insultar a Duke y a sus acólitos del Klan, y algunos incluso les tiraron piedras.

Dentro del estudio, Duke se preparó para debatir con el profesor negro sobre la historia de los Estados Unidos, los derechos civiles y el Klan. Para mí, de pie detrás de las cámaras, fue un debate difícil de ver. Como polemista, Duke estaba bien preparado en lo relativo a sus propias posiciones y era extremadamente elocuente a la hora de justificar y defender sus creencias. Siempre se mostraba relajado y bajo control, y parecía estarlo aún más cuando hacía frente a los ataques personales de aquellos menos cultos que él. Incluso cuando sus oponentes cuestionaban agresivamente los argumentos falsos con que apoyaba su ideología racista, Duke permanecía tranquilo y ofrecía una respuesta razonada desde su posición que dejaba a sus oponentes aturcidos y le hacía quedar como alguien relativamente brillante. Así sucedió, en mi opinión, en su debate televisivo con el profesor negro. Duke parecía dominar la conversación, a pesar del conocimiento que el profesor demostraba sobre las realidades históricas de las relaciones entre razas y el terrorismo supremacista blanco del Klan. Desde mi punto de vista privilegiado, puedo decir que las habilidades retóricas de Duke superaron a las del profesor. Es probable que vapulear a aquel «académico negrata» le hiciera sentir en parte redimido de la humillación que había sufrido a mis manos.

Me sentí triste al ver tan agitado al profesor y furioso al ver el modo tan convincente en que la lengua bífida de Duke podía escupir las más dulces y tóxicas mentiras.

Cuando las cámaras dejaron de filmar, abandonamos el estudio.

Concluido el debate, las actividades de Duke en Colorado Springs habían llegado a su fin. Mi papel durante la visita, ayudando a garantizar su seguridad, fue muy apreciado por Fred Wilkens, quien me dio las gracias y

un apretón de manos. Pero Duke siguió haciendo como si no me viera. Wilkens me dijo que Duke y él regresarían a Denver. Seguí a su coche hasta el acceso más cercano a la autopista interestatal 25 para asegurarme de que dejaban la ciudad sin incidentes. Mi servicio público como guardaespaldas del Gran Mago había concluido.

10

LA FORTALEZA DE LA MONTAÑA ROCOSA

La visita de Duke había sido, a falta de un término más adecuado, un éxito. David Duke había sobrevivido, no hubo disturbios y Ken, por culpa de su ineptitud natural, había sido incapaz de organizar el desfile del Klan, pero tampoco logramos sacar información valiosa de todo aquello. Profesionalmente, me sentía genial. Habíamos protegido Colorado Springs, no hubo quemaduras de cruces e incluso la protección de David Duke fue un éxito. Estaba orgulloso del trabajo de mi equipo.

Personalmente, debo admitir que hubo momentos en los que deseé echarme a un lado y permitir a los manifestantes que había en la puerta de KKTV hacer lo que quisieran con Duke, Fred y todos los demás. Estar allí con el KKK fue una experiencia surrealista, aterradora y emocionante a la vez. Cuando vuelvo la vista atrás, hacia aquel día que pasé con David Duke, me resulta de lo más cómico. Habían *iniciado* a tres agentes de policía en el Klan y además habían permitido que el policía que dirigía la investigación encubierta del grupo se encargara personalmente de la protección de Duke, con el que tantas veces había hablado por teléfono.

Era divertido, sí, pero nunca perdí de vista el peligro que representaban. Si hubieran estado en un buen momento, como los miembros del Klan del pasado, podrían haber causado daños graves y aterrorizado a la población. Todos aquellos hombres tenían acceso a armas, y el día podía haber terminado en tragedia. Así que, aun habiendo sobrevivido a la visita de David Duke, nuestro trabajo estaba lejos de su fin.

El 13 de enero se celebró en Acacia Park la manifestación contra el Klan. Se trataba de la misma protesta a la que fui invitado el 9 de enero y, de

nuevo, el 11 de enero. En los días anteriores hablé por teléfono con Ken y descubrí que tenía planeado asistir «encubierto», según sus palabras, llevando su uniforme del Klan, y fotografiar a los portavoces de la protesta, en particular a aquellos procedentes de Denver.

Yo estaba allí de paisano para vigilar la situación.

Ken llegó al parque poco después del mediodía, tomó unas seis fotos y luego se dirigió a su camioneta. Fue en este punto cuando apareció un nuevo obstáculo que pondría a prueba mis esfuerzos por mantener esta investigación bajo control.

A pesar de que, desde la Unidad de Inteligencia, habíamos tratado de mantener en secreto la investigación, era inevitable que al llegar a oídos de más gente aumentase el riesgo de que se corriera la voz sobre nuestra extraordinaria investigación encubierta. La práctica totalidad del sistema de justicia criminal de Colorado Springs sabía de aquel «poli negro loco» que estaba dando un golpe maestro al KKK y había conseguido afiliarse al grupo. Uno de mis colegas que conocía nuestra investigación era el agente Ed. Según la estructura de mando del departamento, Antivicio e Inteligencia caían bajo la supervisión del mismo sargento; por tanto, el agente Ed y yo estábamos a las órdenes del sargento Trapp. Y ahí acababa nuestro parecido, pues su trabajo se limitaba a ocuparse del trabajo antivicio de la ciudad y nada más. Sin embargo, aquel día lo habían destinado conmigo a Acacia Park para vigilar la protesta, sirviéndome de refuerzo y poco más. Pero él decidió llevar esta simple tarea mucho más allá, dándome motivos de preocupación y obligándome más tarde a elevar el asunto al sargento Trapp.

El agente Ed vio a Ken en el parque y decidió, por su cuenta y riesgo, acercarse a saludarlo. Le dijo a Ken que había estado siguiendo sus actividades en el periódico y que creía que el Klan y él estaban haciendo lo correcto. A continuación, Ed le comentó a Ken que pensaba que los manifestantes eran «un montón de mierda» y que estaba interesado en hablar más en profundidad con él. Le pidió materiales del Klan, pues estaba interesado en unirse al grupo.

Ken se mostró receptivo al acercamiento del agente Ed, diciéndole que le alegraba escucharlo hablar así de los manifestantes y que ojalá más gente compartiera ese punto de vista.

En ese momento, Ken, que venía acompañado por Tim, se dio cuenta de

que algunos manifestantes lo habían reconocido, y los dos corrieron hacia su camioneta dispuestos a alejarse de la zona. Antes de hacerlo, Ken le dio a Ed una tarjeta de visita del Klan y le pidió que escribiera su dirección en la tarjeta junto con su solicitud de publicaciones para que se las enviaran.

El agente Ed hizo básicamente lo mismo que hice yo tres meses atrás para poner en marcha la investigación —y lo sabía muy bien—, con la diferencia de que, al ser un policía blanco, podía hablar cara a cara con Ken en lugar de por teléfono. En cuanto a las publicaciones que le había pedido a Ken, yo tenía toda la propaganda del Klan que pudiéramos querer o necesitar, incluyendo una suscripción a su periódico, *The Crusader*. El agente Ed no había logrado más resultado que el de colarse en una investigación que no requería de él ni deseaba su presencia. Yo contaba ya con dos agentes infiltrados —Chuck y Jim— que podían encargarse de todo el contacto cara a cara que necesitase, y no veía la necesidad de tener bajo mi mando a un tercer oficial. Los esfuerzos del agente Ed habían llegado con dos meses de retraso.

Cuando Ken puso en marcha la camioneta, algunos de los manifestantes comenzaron a seguirla. Fue entonces cuando Tim se desabrochó la chaqueta para mostrar su camiseta del Ku Klux Klan, se puso un pasamontañas con agujeros para ver y alzó el puño derecho en dirección a los manifestantes que los perseguían mientras la camioneta aceleraba calle abajo. El vehículo se detuvo en una intersección, junto a una furgoneta de KKTU. Ken le gritó a los ocupantes: «¿Queréis una entrevista?!».

Los periodistas, demostrando una vez más su complicidad en la difusión de las acciones del Klan, siguieron a la camioneta de Ken hasta un par de manzanas más allá. Ambos vehículos se detuvieron y sus ocupantes establecieron contacto.

Los medios entrevistaron a Ken durante cinco minutos y, después, unos y otros abandonaron la zona. La entrevista a Ken apareció aquella noche en el noticiario de las diez.

Informé al sargento Trapp de la indiscreción que había cometido el agente Ed, y el sargento le dijo que se limitara a cumplir con sus tareas habituales y se mantuviera alejado de mi investigación, a menos que se le ordenara lo contrario. La insistencia del agente Ed en participar en el caso acabaría siendo una pesadilla recurrente para mí.

Mientras tanto, la manifestación de Acacia Park reunió a unas cien

personas, una cifra que el Klan había sido incapaz de reunir para su causa. Douglas Vaughn se dirigió a los asistentes diciendo que era miembro del Partido Laborista Progresista. Repartió varios folletos del Incar y pancartas con eslóganes contra el Klan. Con una bocina en una mano y un bate de béisbol para abrir cabezas en la otra, comenzó a liderar a los manifestantes en una serie de cánticos:

Ku Klux Klan, la escoria de la tierra

y

Duke, Duke, Duke el Vómito.[\[15\]](#)

Doug me pidió varias veces que me dirigiera a los manifestantes, pero me negué, aduciendo que era tímido y no me gustaba hablar en público. La manifestación convocó a una amplia variedad de grupos activistas comunitarios de Colorado Springs y Denver, incluyendo a:

La Mecha (Universidad de Colorado, Colorado Springs)

Unión de Estudiantes Negros (Universidad de Colorado, Colorado Springs)

La Raza (Colorado Springs)

Coalición Anti-Racismo (Colorado Springs)

Gente para el Progreso del Pueblo (Colorado Springs)

Coalición Gay (Denver)

PLP/Incar (Denver)

Consejo de los Trabajadores Unidos de Colorado (Denver)

Marianne Gilbert, del Incar, me presentó a su marido, Alan. Me invitó a asistir a una reunión aquella misma noche en una residencia particular de Colorado Springs para hablar sobre la creación de un capítulo del Incar en la ciudad. También me presentó a un soldado negro de Fort Carson y a su esposa, de quien dijo que estaba encargada de movilizar al personal militar de Fort Carson en nombre del Incar.

Rechacé su invitación a la reunión de aquella noche, pues me sería imposible ocuparme de las contingencias necesarias para montar un dispositivo de vigilancia a tiempo.

La actitud general de la multitud era pacífica y no violenta, a excepción de Doug Vaughn y los miembros del Incar, que apoyaban abiertamente la confrontación violenta con el Klan y, si era necesario, con la policía. Un representante de la Unión de Estudiantes Negros de la Universidad de Colorado, durante su discurso, dijo: «Si la policía no detiene al Klan, nuestra única opción es movilizar a las masas para evitar la propagación de su mensaje de odio».

Cuando se terminaron los discursos, los participantes recorrieron las tres o cuatro manzanas que los separaban del Complejo Judicial, donde la manifestación se disolvió.

Antes de abandonar el parque, Marianne, Alan y Doug reiteraron su invitación a la cena de aquella noche, donde se discutiría la apertura de un capítulo del Incar en Colorado Springs. La rechacé una vez más, pero dejé la puerta abierta para una ocasión posterior.

Vacilaba en sumarme a ellos porque necesitaba más información sobre los perfiles de estos tres individuos antes de entrar en sus dominios privados, especialmente en el caso de una personalidad tan volátil como la de Doug, quien defendía abiertamente la confrontación violenta y armada con la policía. Otro representante de la Coalición Anti-Racismo (ARC) me invitó a su casa para discutir sobre sus futuras acciones contra el Klan. También rechacé, por el momento, su invitación.

El 14 de enero decidí que había llegado el momento de tener una conversación con David Duke, tras su paso por Colorado Springs cuatro días atrás. Quería evaluar su reacción a la visita y a todo lo que sucedió. Llamé a la oficina nacional del Klan en Luisiana.

—Soy Ron Stallworth, de Colorado Springs.

—Ah, hola. ¿Cómo estás? —contestó Duke, tan cálido y amistoso como siempre.

—Conocerle ha sido una experiencia tan intensa... Me ha hecho querer saber más y convertirme en un mejor miembro del Klan —dije.

Añadí que era un gran honor para mí haberlo conocido por fin en persona. Su respuesta fue recíproca.

Le expresé mi pesar por no haber podido tener un momento de intimidad con él, pues quería empaparme de su conocimiento y su sabiduría sobre lo que significaba ser un miembro del Klan.

Duke lamentó que la apretada agenda de su visita a Colorado le hubiera impedido conocer de un modo más personal a los miembros locales. Dijo que sus charlas con el líder del Posse, Chuck Howarth, habían dado buenos frutos, pero no entró en detalles.

—Tengo una pregunta, señor Duke. ¿Hubo algo que le sorprendiera durante su visita? —le dije. Quería comprobar si albergaba alguna sospecha sobre mí o sobre el «Ron Stallworth» al que creía conocer.

Su respuesta me hizo casi llorar de risa. Me relató su encuentro con, en sus propias palabras, «un policía negrata que amenazó con arrestarme por agresión». Obviamente, yo quería saber si sospechaba algo de aquel policía negro al que habían asignado su protección.

Duke me contó la historia de aquel encuentro como si yo (Chuck) no hubiera estado allí. Era evidente que aún estaba molesto por el altercado, pues habló del problema que suponía el darle puestos de autoridad a las minorías, que usaban esta autoridad para, según dijo, aprovecharse de los blancos. Yo le contesté que, en otras circunstancias, «aquel policía negrata habría recibido una buena lección por tratarlo a usted de esa manera».

Duke se mostró de acuerdo con mi apreciación. Su último comentario sobre el tema fue que su encontronazo con aquel «negrata» había sido el único aspecto negativo de su visita a Colorado. Añadió que no consideraba que los manifestantes que protestaron contra él y el Klan fuesen un problema comparados con aquel «poli negrata», ya que se había acostumbrado y siempre esperaba encontrar protestas cada vez que salía a arengar a las tropas del Klan.

Entonces comentamos los próximos eventos del Klan en los que él estaría involucrado. Me dijo que habían organizado mítines en Los Ángeles y Kansas City para las próximas semanas. Esperaban encontrar una fuerte resistencia por parte de los grupos de protesta, pero seguirían manteniendo su política no violenta hasta que alguien les provocara. Y eso, recalcó, se aplicaba también a la policía. Nuestra conversación finalizó poco después, y yo contacté inmediatamente con los departamentos de policía de aquellas ciudades para informarles de los planes de Duke.

La mañana del 14 de enero recibí en mi oficina la visita de dos agentes de la Oficina de Investigaciones Oficiales (OSI) de la Base de las Fuerzas

Aéreas de Peterson. Dijeron que habían oído hablar de mi «interesante» investigación en relación con el personal militar, y querían saber quiénes podían estar conectados con las Fuerzas Aéreas.

Les pregunté cómo habían sabido de mi investigación, pues yo no había comentado con nadie la parte de la infiltración en el Klan, excepto con aquellos que debían estar informados sin duda alguna. Ni siquiera había discutido el tema con la policía militar (MP) de Fort Carson o su rama de investigación, el Destacamento de Investigación Criminal (CID).

Cuando yo trabajaba en la sección de Narcóticos (entre 1975 y 1977), había una unidad de la policía militar que tenía muy mala reputación. Vendían drogas y cometían robos, atracos a mano armada y abusos sexuales. Eran turbios. Nuestros agentes —tanto investigadores como de uniforme— habían acusado a numerosos miembros de esta unidad de la policía militar de distintos crímenes, incluyendo tráfico de drogas y robo. No confiábamos en ninguno de sus integrantes, y ese sentimiento se extendió a todo el comando de la policía militar de Fort Carson. En lo que respecta al CID, los de Narcóticos trabajábamos estrechamente con su comandante, que en aquella época era oficial técnico. Sin embargo, su equipo de investigadores estaba formado por miembros de la policía militar. Este era el dilema al que me enfrentaba a la hora de comunicarme con el Ejército. El comandante del CID sabía que la Unidad de Inteligencia del Departamento de Policía de Colorado Springs tenía un expediente abierto sobre el Ku Klux Klan, pero yo no le había informado de nuestra infiltración. Si él o cualquier otro miembro del personal militar, incluyendo a las Fuerzas Aéreas, conocían este aspecto de la investigación, tenía que habérselo contado uno de mis superiores o alguien del departamento con acceso a la información y la lengua muy larga; y de estos últimos había muchos.

Los agentes de la OSI me dijeron que, en efecto, uno de mis superiores había comentado la investigación con uno de sus superiores, incluyendo el asunto de la infiltración. Entonces me pidieron detalles sobre su desarrollo.

Una vez les conté la historia y ellos respondieron con las ya habituales carcajadas ante el engaño al que estábamos sometiendo al Klan, los agentes de la OSI se pusieron serios. Me preguntaron si podían ver el archivo de mi investigación y la lista de nombres de los miembros del Klan con conexiones militares. Saqué el archivo, abrí la página en cuestión y se la enseñé. Uno de

ellos recorrió la lista con su dedo índice y, de pronto, se detuvo. Levantó la vista hacia mí y me pidió que diera una vuelta en coche con ellos. Le pregunté a dónde querían llevarme, pero se negó a responder. Volvió a preguntarme si podía dar una vuelta con ellos. Les pregunté una segunda vez y recibí la misma respuesta.

En este punto, su interés por mi lista de nombres despertó mi propio interés. Tenía curiosidad por saber a dónde querían llevarme y por qué tanto secretismo. Miré al sargento Trapp en busca de consejo. A él también le resultaba curioso aquel intenso deseo de mantener en secreto el lugar de destino. Finalmente, el sargento dejó en mis manos la decisión de acompañarlos.

Tras un par de minutos de reflexión (al fin y al cabo, ¿quién confía plenamente en el Gobierno federal, especialmente en los militares?), finalmente accedí a acompañar a los agentes de la OSI a «un sitio». Se mostraron complacidos con mi decisión y me pidieron que trajera el archivo de mi investigación. Lo cogí y pedí a los dos agentes sus tarjetas de visita. Le di las tarjetas al sargento Trapp y le dije que si mi cuerpo no aparecía en un margen de tiempo razonable, debía investigar a estos dos agentes. Subí a su coche y nos dirigimos a la salida sur de la autopista interestatal 25.

Les pregunté por tercera vez a dónde nos dirigíamos y recibí silencio por toda respuesta. El motivo de su secretismo solo se me hizo evidente cuando nos aproximamos al cartel de salida que rezaba «Norad» y el coche viró en dirección al monte Cheyenne, enclave del Mando Conjunto Norteamericano y Canadiense de Defensa Aeroespacial. Cuando me di cuenta y tuve frente a mí las puertas blindadas de veinticinco toneladas que protegen la entrada principal al túnel que penetra en este complejo militar excavado en la montaña, sonreí como un niño en una tienda de caramelos. (En aquella época —no sé cómo será la cosa hoy— los oficiales de mi rango no podían acceder al Norad. Era y es una instalación clasificada como de alta seguridad). Mientras atravesábamos el control de seguridad, mi mente regresó a la primera vez en que escuché el nombre «Norad».

Era la Nochebuena de 1963. Yo tenía diez años y vivía en El Paso (Texas), en la calle East Yandell, y asistía a la Escuela Elemental Alta Vista. Hacia las nueve de la noche, el presentador del programa de radio que estaba escuchando mi madre mencionó que el Norad

había detectado la presencia del trineo de Papá Noel sobrevolando un área al este de los Estados Unidos y repartiendo regalos a los niños. El presentador anunció que el Norad le seguiría la pista a su trineo durante la noche, y que si mirabas al cielo tal vez pudieras verlo cuando la luna se reflejara en sus esquíes y en su chasis. Recuerdo que añadió que, si te fijabas bien, también podrías distinguir la nariz roja del reno Rudolph brillando sobre el cielo nocturno.

Mi hermano pequeño y yo corrimos afuera y empezamos a observar el cielo, mirando en diferentes direcciones y esperando avistar aquel trineo brillante y la nariz roja y reluciente de Rudolph. Yo era boy scout, y sabía localizar la Osa Mayor, la Osa Menor y la Estrella Polar, pero mis intentos de encontrar el trineo de Papá Noel tirado por Rudolph y su «nariz tan brillante» resultaron infructuosos. Nos dimos por vencidos, regresamos a casa y nos fuimos a la cama una hora después. Cuando me desperté a la mañana siguiente, descubrí que el brillante trineo que el Norad había detectado la noche anterior había pasado también por el 3308 de la calle East Yandell.

Los agentes de la OSI condujeron hacia el interior del túnel. El día se volvió noche de repente. Había una carretera de dos carriles separados por una franja amarilla en el centro, y la oscuridad en el interior de la montaña estaba iluminada por focos, como si estuviéramos conduciendo de noche. No sabía hasta qué punto de la montaña se adentraba la carretera, pero las luces parecían seguir hasta el infinito, o tal vez se tratara de una ilusión óptica, un truco de mi mente fascinada ante esta formidable instalación militar.

A la derecha del punto de entrada había quince edificios de tres plantas contruidos sobre inmensos basamentos que permitían a los edificios desplazarse hasta una pulgada en cualquier dirección en caso de una explosión o un terremoto. (El Norad fue construido durante la guerra fría contra la antigua Unión Soviética y diseñado para resistir un ataque nuclear). El Norad es, en esencia, una ciudad dentro de una montaña donde viven y trabajan seiscientas personas, con una pequeña tienda, una cafetería, un gimnasio y un centro médico, entre otras instalaciones.

Todo esto me lo explicó un subcomandante de la base, un coronel negro

al que me presentó uno de los agentes de la OSI cuando entramos en uno de los muchos edificios. El coronel dijo que había oído hablar de mi «extraordinaria» investigación y quería saber más al respecto.

Le conté la historia y le mostré mi carné de miembro del KKK. Él procedía del sur, así que se rio con ganas de mi carné y de mi incidente con Duke y la cámara de fotos. A continuación, el coronel se puso serio y me pidió ver el archivo de mi investigación y la lista de miembros del Klan conectados con el Ejército.

Abrí el archivo para mostrarle la lista de nombres y, al igual que hicieron los agentes de la OSI en mi oficina, el coronel la recorrió con el dedo. Se detuvo de pronto, cogió el teléfono y marcó un número. Nos dio la espalda a mí y a los agentes mientras hablaba en voz baja con quienquiera que estuviese al otro lado de la línea y colgó. Entonces volvió a dirigirse a mí, charlamos un poco sobre trivialidades, me felicitó por el éxito de mi «golpe» al Klan y por mis servicios como oficial de policía, me estrechó la mano y, después de hablar en privado con los dos agentes de la OSI, salió de la habitación.

—Bueno, ¿qué está pasando? —pregunté.

Los agentes de la OSI me informaron de que dos de los nombres de mi lista, que no compartieron conmigo, pertenecían a miembros del personal del Norad con una habilitación de máxima seguridad. Su función consistía en manejar la consola principal, que controlaba los mecanismos de sistemas de defensa aérea de América del Norte. Los agentes me explicaron que la llamada que hizo el coronel estaba dirigida al Pentágono, del cual obtuvo permiso para relevar a los dos miembros del Klan de sus puestos de alto secreto.

Los agentes me dijeron que el Pentágono consideraba que sus actividades podían tener repercusiones para la seguridad nacional y que no se toleraría a individuos como estos dos. Según los agentes de la OSI, los dos miembros del Klan serían transferidos al final del día al «Polo Norte», la instalación militar bajo mando estadounidense situada más al norte. Los agentes dijeron que el coronel creía firmemente en que el comportamiento y las actividades de estos dos miembros del Klan, y de cualquier otro empleado del Norad con inclinaciones similares, eran inaceptables.

El coronel me dio las gracias por mi tiempo y abandonó la habitación.

Los dos agentes asintieron con la cabeza, salimos de aquel edificio dentro de la montaña y regresamos al coche. Con esto, mi visita al lugar que detectó el trineo de Papá Noel durante su viaje navideño a lo largo y ancho del continente norteamericano cuando yo era niño llegó a su fin.

11

TODO QUEDA EN HUMO

Ni Chuck ni el sargento Trapp podían creerse mi historia con el Norad, y esto solo sirvió para dar un mayor impulso a mi carrera. Mi investigación había llegado a los niveles más altos del Gobierno de los Estados Unidos, y había puesto fuera de circulación a supremacistas blancos que disponían de algunas de las máximas credenciales de seguridad en el Ejército norteamericano. No estaba mal para un joven policía.

En los días que siguieron a mi estancia en la montaña, tuve tres conversaciones diferentes con Ken relativas a la quema de cruces.

Durante esas conversaciones, Ken me invitó a acompañarle a él y a otros miembros del Klan a ciertos lugares concretos para pegar fuego a cruces de cinco metros y medio, usando el método de la caja de cerillas y el cigarrillo que él había sacado de una película de James Bond. Ken me dijo la fecha, la hora y otros detalles, como cuántos miembros participarían en la ceremonia de quema de cruces. Cuando recibía estas informaciones, las notificaba al comandante de turno de la División de Patrullas Uniformadas del Departamento de Policía de Colorado Springs y le solicitaba que se enviaran coches patrulla suplementarios a las áreas en cuestión para, o bien coger en el acto a los hombres del Klan o, lo prioritario, intimidarles y disuadirles de llevar adelante sus propósitos.

En una época anterior a los teléfonos móviles y a esa bendición que es la comunicación instantánea a través de mensajes de texto y correo electrónico, me podía tocar esperar al menos veinticuatro horas antes de saber si los esfuerzos de mi departamento por responder al Klan habían funcionado.

Cuando volví a hablar finalmente con Ken, excusé mi no participación aduciendo otras obligaciones ineludibles, aunque el motivo real era el asunto de la inducción al delito. Me dijo que habían tenido que cancelar las quemas porque habían aparecido muchos coches de policía cerca de los lugares donde iban a levantar las cruces. En uno de los sitios se encontraron con tres coches patrulla, pese a tratarse de una zona en la que habitualmente solo había uno, y donde solo de vez en cuando se alternaban dos cada hora, cruzando de arriba abajo las calles próximas al sitio elegido. Esta exhibición de una fuerte presencia policial en sus dos primeros intentos llevó a los del Klan a desistir de sus planes y, finalmente, a anular la tercera quema que tenían prevista. ¡Buen momento para sentirse orgulloso de ser oficial de policía!

Me han preguntado a menudo: «¿Qué conseguiste realmente en el curso de esta investigación, no habiendo arrestado a ningún miembro del Klan ni habiendo logrado confiscar ningún contrabando ilegal?», o: «Por lo que se refiere a este trabajo de investigación, ¿qué es aquello de lo que te sientes más orgulloso?». Mi respuesta siempre ha sido del tipo de: «Como resultado de nuestros esfuerzos conjuntos, ningún padre de un niño negro, o de otra minoría o de ningún niño en general, tuvo que explicar a su hijo por qué había una cruz de cinco metros y medio ardiendo en este o en aquel lugar — especialmente para aquellos del sur, quienes quizá cuando eran niños habían presenciado el acto terrorista de una quema de cruces del Klan—. Ningún chico de la ciudad de Colorado Springs tuvo que experimentar personalmente el temor provocado por este acto de terror. Impedimos que este tipo de incidentes quedaran grabados en su conciencia, como pudo haberse grabado en la de muchos de sus padres cuando eran niños. Yo conocía de primera mano, a través de mis conversaciones telefónicas encubiertas con Ken, cuándo y dónde tendrían lugar esos actos de terror, y nosotros, desde el departamento de policía, éramos capaces de impedirlos. El éxito policial no siempre se mide por cuántas detenciones se producen o por cuánto contrabando ilegal se confisca». El éxito no se basa en lo que sucede, sino en lo que evitas que suceda.

El agente Ed, en su celo egoísta por hacerse autobombo y progresar en su carrera, creía que estaba aportando una valiosa contribución a la investigación con la información que Ken le había revelado. El intento del oficial Ed de unirse al Klan no era otra cosa que un gesto adulator por su

parte para intentar impresionarnos al sargento Trapp y a mí y ganarse un traslado desde Antivicio a la Unidad de Inteligencia. Sus acciones no favorecían a mi investigación y, por decirlo suavemente, no me complacían.

Con la visita de Duke ya pasada y la reticencia de Ken a continuar con cualquier plan de quemas, comencé a rebajar la intensidad del aspecto encubierto de mi investigación. Chuck y Jim estaban más ocupados con su actividad en Narcóticos, y sus prioridades de trabajo prevalecían sobre las mías. Su teniente, Arthur, seguía sintiendo una profunda antipatía hacia mí, al igual que yo hacia él, y en lo que se refería a obtener información, no estábamos recopilando una gran cantidad de datos nuevos sobre el grupo. Yo seguía tratando de identificar a los miembros locales y controlar sus actividades a través de mis conversaciones con Ken, pero, para entonces, los encuentros cara a cara a través de Chuck y Jim se habían terminado.

Además de mis llamadas a Ken, también seguía manteniendo contacto telefónico con Fred Wilkens y David Duke, aunque con menor frecuencia y sin abordar temas de particular relevancia. Esas llamadas, más que otra cosa, tenían por objeto mantener una línea de comunicación abierta con ellos. A pesar de todo, ocurrió un notable incidente que me permitió codearme con otra de las figuras históricas del movimiento de los derechos civiles de mi juventud.

El 29 de marzo de 1979, visitó Colorado Springs el doctor Ralph David Abernathy, el hombre considerado como la mano derecha del doctor Martin Luther King Jr., a quien sucedería al frente de la Conferencia Sur de Liderazgo Cristiano, posiblemente el principal grupo impulsor del movimiento de los derechos civiles. Prácticamente en todas las confrontaciones físicas que afrontó el doctor King, el doctor Abernathy estuvo a su lado, sufriendo el mismo dolor y la misma humillación. Su visita, auspiciada por una iglesia baptista negra cofundada por mi difunta tía en Fountain (Colorado), una pequeña ciudad a diez millas al sur de Colorado Springs y al este de Fort Carson, suponía para la iglesia una oportunidad de hacer relaciones públicas. Un chico negro de quince años, David Scott Lee, acababa de ser condenado en Colorado Springs por el asesinato de un joven adulto, cocinero en un restaurante veinticuatro horas del centro. El cocinero, casado y con una hija pequeña, regresaba a casa después de trabajar en el turno de noche cuando Lee se le acercó con el coche y le disparó

mortalmente. Cuando se le preguntó por qué había cometido el crimen, el adolescente dijo que solo quería saber qué se sentía al matar a alguien.

El fiscal del distrito acusó a Lee de asesinato en el tribunal de adultos, lo cual lo convirtió en objeto de la ira de los pastores negros y de la congregación de la iglesia baptista. Se desencadenó un movimiento de protesta en apoyo al joven asesino, acusando al fiscal del distrito de ser un racista por llevar el caso de Lee al tribunal de adultos en lugar de al tribunal de menores, donde la sentencia habría sido más suave. Ignoraron por completo la naturaleza de aquel crimen cometido a sangre fría y sus consecuencias ulteriores para la joven viuda y su hija, ahora huérfana. En sus mentes, la verdadera víctima era el asesino de quince años, que quería ver qué se siente al matar a alguien, y lo hizo.

La iglesia baptista convenció al doctor Abernathy para que viniera a Colorado Springs con objeto de sumar su «poder de estrella» —su nombre y su estatus— a las protestas contra el fiscal del distrito. Su argumento se basaba esencialmente en la diferencia racial entre víctima y verdugo, y se centraba en que el asesino había sido tratado injustamente por el sistema de justicia criminal, el cual le había imputado como adulto por ser negro.

Ese mismo día, unos veinticinco miembros del Klan —algunos vestidos con sus túnicas y otros con camisetas con la inscripción «KKK PODER BLANCO»— organizaron un piquete frente a la iglesia baptista mientras el doctor Abernathy daba un sermón en apoyo a la iniciativa de protesta. Entre los miembros del Klan presentes se encontraban Fred Wilkens, Joseph Stewart y Tim.

Yo estaba en la iglesia porque anteriormente me había contactado mi jefe, quien me dijo que habían recibido en el departamento amenazas de muerte contra el doctor Abernathy, presuntamente por parte de miembros del Klan. El jefe me dijo que tenía que permanecer junto al doctor Abernathy como seguridad personal (guardaespaldas) hasta que se marchara de la ciudad al anoecer. (Nota: había pasado de ser el guardaespaldas del Gran Mago del Ku Klux Klan en enero a ser, tres meses más tarde, el guardaespaldas del líder del movimiento por los derechos civiles contra el que el Klan trabajaba de un modo tan violento).

Tras el servicio religioso, me presenté al doctor Abernathy (lo que supuso un gran honor) y le expliqué el motivo de mi presencia. Él fue muy amable,

muy gentil, un auténtico caballero sureño (es interesante señalar que Abernathy había sido uno de los profesores de mi difunta suegra en la Universidad Estatal de Alabama, aunque yo no lo sabía en aquel momento). Me dio las gracias por mi tiempo y mi preocupación por su bienestar y pareció apreciar los esfuerzos del departamento.

Sin embargo, los miembros de la congregación de la iglesia parecían justamente lo contrario. Mientras hablaba con el doctor Abernathy, pude oír al ministro comentar despectivamente a alguien de su congregación que yo debía crearme *Starsky y Hutch*, en referencia a la popular serie policiaca de televisión de la época, y en concreto, haciendo comentarios sobre mi vestuario (vaqueros, una camisa informal y unas zapatillas deportivas), similar al de los personajes de la serie, aunque era mi indumentaria habitual de trabajo. El clima social de la época era tal que aquellos miembros de la iglesia no desconfiaban de cualquier oficial. Se sentían molestos por mi presencia entre ellos y el doctor Abernathy y, claramente, no querían que ningún oficial de policía se entrometiese en una visita de apoyo a ellos y a su causa.

La congregación de la iglesia planeaba hacer una manifestación de protesta más tarde, ese mismo día, ante el tribunal del centro de Colorado Springs, donde estaba la oficina del fiscal del distrito. Mientras tanto, llevaron al doctor Abernathy a su hotel para que descansara hasta la hora de la manifestación. Yo me quedé en la habitación con él y durante las siguientes dos o tres horas tuve una conversación con un pedazo de historia viva del movimiento por los derechos civiles. Estaba impresionado con este hombre, al que había visto tantas veces en las noticias, en los periódicos y en televisión. Me maravillaba que me hubieran asignado la seguridad de este icono de los derechos civiles. Era un honor.

Aunque estaba cansado (se quitó los zapatos y se estiró en el sofá), respondió amablemente a mis preguntas sobre sus experiencias en el movimiento por los derechos civiles, sus recuerdos del doctor King, y el haber sido víctima de las tácticas de terror del KKK. Él era un niño negro en el sur de su época, y había crecido bajo la amenaza constante de muerte o de algún tipo de represalia por parte de hombres blancos obsesionados con la raza, algunos vestidos con sus túnicas y capuchas blancas. Había sido víctima de un ataque bomba y estaba presente cuando su mejor amigo y su mayor

aliado en el movimiento de los derechos civiles —el doctor King— fue asesinado de un disparo en el balcón de aquel motel de Memphis (Tennessee). Abernathy era un hombre al que la muerte no le era extraña y que no se acobardaba ante las amenazas de terroristas con túnicas y capuchas blancas.

Me quedaría corto si dijera que estaba impresionado por poder compartir este tiempo a solas con él y oírle hablar de sus experiencias en aquel movimiento que yo conocía tan solo a través de imágenes en una pantalla de televisión durante las noticias de la noche. Sin querer ser desconsiderado hacia el doctor Abernathy, quien era, por derecho propio, un hombre que había logrado tanto en la vida, mientras estaba allí sentado, absorbiendo la historia viva de mi juventud a través de una de las personas que contribuyeron a darle forma, y sintiéndome honrado por ello, no podía evitar pensar que, al compartir este momento con él, estaba experimentando indirectamente algo del propio doctor King. En resumen, estaba canalizando al doctor King a través del doctor Abernathy, que había compartido prácticamente todas las experiencias de su vida adulta desde el boicot, en 1955-1956, de los autobuses en Montgomery (Alabama), el acontecimiento fundacional del movimiento por los derechos civiles.

Durante una pausa en su rememoración, le pregunté al doctor Abernathy si conocía la historia que había detrás de la acción de protesta contra el fiscal del distrito que estaban promoviendo sus anfitriones de la iglesia. Me dijo que le contaron que el fiscal del distrito había acusado falsamente a un chico negro de quince años del asesinato de un hombre blanco, y que lo había tratado con mayor dureza de lo que lo habría hecho con un chico blanco que hubiera cometido un crimen similar.

Entonces decidí romper el protocolo profesional haciendo algo que no debería hacer alguien que presta servicio en una unidad de protección de personalidades: involucrarme personalmente en el asunto de mi misión profesional. El doctor Abernathy había sido engañado por sus anfitriones de la iglesia y consideré un deber decirle la verdad a este hombre honesto, bueno, decente, tesoro histórico de la comunidad negra.

Comencé a contarle los detalles íntimos del caso que el ministro y los miembros de la iglesia habían decidido convenientemente dejar fuera del relato. Reaccionó ante la mención de que la víctima era un hombre de

familia, un hombre joven e inocente que no conocía de nada a su asesino de quince años. Mostró sorpresa e indignación al conocer las razones que había detrás del asesinato —el adolescente quería simplemente saber lo que se sentía al matar a alguien y eligió a su víctima al azar—. Le dije al doctor Abernathy que había confesado voluntariamente y que no se había retractado. También era interesante pensar que su víctima podría haber sido fácilmente una persona de color, y en ese caso, ¿mantendría la iglesia la misma protesta contra el fiscal del distrito, basada en la raza de la víctima?

Finalmente, le dije al doctor Abernathy que esta pobre víctima era un hombre trabajador que solamente intentaba sacar adelante a su joven familia con un trabajo caluroso, sucio y mal pagado, y que se convirtió en la víctima al azar del deseo enfermizo de un muchacho de experimentar la sed de sangre. La raza no era, en modo alguno, un factor de motivación en este caso, más allá de que el azar hubiera juntado a los dos actores principales.

Cuando el doctor Abernathy oyó esta revelación, su expresión cambió. Pude ver confusión y un atisbo de ira en sus ojos. Creo que en ese momento se dio cuenta de que había sido engañado por los organizadores de su iglesia, que todo había sido una argucia para vincular su nombre a su venganza personal contra el fiscal del distrito. Creo que estaba tratando de pensar cómo podría hacer para dar marcha atrás, habiendo llegado tan lejos, con toda la publicidad que había generado su presencia junto al ministro y su congregación en torno al tema. Su lenguaje corporal pasó de ser relajado, tumbado en el sofá, a sentarse en una posición recta y muy atenta. Su único comentario fue: «Esto cambia las cosas bastante, ¿no?». Yo contesté: «Yo pienso que sí, señor, al menos para mí».

Entonces, el ministro regresó a la habitación para recoger al doctor Abernathy y llevarle a los tribunales para la manifestación. Yo me senté y vi a los dos de pie, frente a frente, enzarzados en lo que parecía ser una discusión muy acalorada. Hablaban en voz baja, por lo que no pude oír lo que se estaban diciendo, pero su lenguaje corporal era muy revelador. Las manos del doctor Abernathy cortaban el aire al tiempo que hablaba y me di cuenta de que, en varias ocasiones, me miraba y daba un manotazo en mi dirección. El ministro, por su parte, estaba claramente a la defensiva e intentaba calmarle, echándome miradas de vez en cuando, y era evidente que el espíritu del Señor no estaba con él en esos momentos.

¿Tuvo algún efecto lo que yo le dije al doctor Abernathy? ¿Había cambiado su opinión sobre la misión que lo trajo a Colorado Springs? Nunca tendré respuestas claras a esas preguntas, pues la cuestión no volvió a mencionarse y el ministro no abordó el tema durante el resto de la visita o después de que se marchara. El ministro me conocía a través de mi tía, la cofundadora de la iglesia. Mi tía no me dirigió la palabra durante bastante tiempo después de que le conté que la iglesia había mentido al doctor Abernathy y que toda la acción de protesta no era más que una farsa para usar su nombre con objetivos propagandísticos.

El doctor Abernathy recompuso su figura mientras el ministro me dirigía una mirada cargada de rencor, y los tres salimos de la habitación del hotel para dirigirnos al patio del tribunal donde tendría lugar la manifestación. Nos recibió un grupo de unos veinticinco miembros del Klan, algunos con sus túnicas blancas y otros con camisetas con la inscripción «KKK PODER BLANCO». Marchaban en círculo y llevaban pancartas con eslóganes contra los manifestantes de la iglesia y a favor de la decisión de juzgar al asesino de quince años como un adulto.

El doctor Abernathy y el ministro de la iglesia se unieron a los miembros de la congregación, entre los que estaba mi tía, e iniciaron su versión de una contraprotesta. No llevaban pancartas, pero gritaban consignas contra la actuación del fiscal del distrito. También siguieron la tradición negra de cantar música espiritual en las acciones de protesta civiles. Todos parecieron disfrutar del momento en que el doctor Abernathy tomó la voz principal para dirigirlos cantando el himno icónico del movimiento de los derechos civiles *We Shall Overcome*. El peso de los años parecía desaparecer de sus caras y de sus hombros cuando todos, compartiendo la dicha de tener entre ellos a uno de los principales líderes del movimiento de los derechos civiles, se pusieron en círculo —como habían visto hacer tantas veces en el pasado, en sus televisores, y siempre con este hombre y su buen amigo, el doctor King, al frente— y unieron sus manos, moviéndose a uno y otro lado, cantando:

We shall overcome, We shall overcome

We shall overcome some day

Deep in my heart, I do believe

That we shall overcome some day.[\[16\]](#)

Yo permanecí a un lado observando lo que me parecía una pantomima. Lo más patético de este espectáculo fue ver a mi tía, al ministro de la iglesia y a otros miembros de la congregación tomarle el pelo a una figura venerable de la historia cultural colectiva del pueblo negro. Él se merecía algo mejor. Parecían estar disfrutando de la sensación de participar en una manifestación de protesta con un hombre de la estatura del doctor Abernathy, alguien que había derramado su sangre por la causa de los derechos civiles de todos los estadounidenses. Querían vivir una parte de esa lucha a través de su presencia y su participación en aquel falso conflicto de injusticia racial.

David Scott Lee, el asesino de quince años juzgado como adulto, fue condenado a cadena perpetua en la Prisión Estatal de Colorado.

Al día siguiente, el 30 de marzo, recibí una llamada telefónica de Ken en la línea encubierta. Me dijo nuevamente, y esta vez en forma muy categórica, que yo debía asumir el liderazgo del Klan local, debido a la marcha inminente de Colorado Springs de él y de Joseph Stewart como consecuencia de su licenciamiento del Ejército. Dijo que el capítulo necesitaba una mano firme, una mente fría y un residente local que lo dirigiera, no un militar que estuviera yendo y viniendo en función de las órdenes recibidas. Eso impediría tener una situación estable y lo que el capítulo necesitaba era estabilidad. Y eso supondría que yo asumiera el puesto de organizador local: aportar estabilidad a la dirección del capítulo del Klan de Colorado Springs. Me dijo que los miembros del capítulo habían decidido ya que yo era el más indicado para el puesto, e insistió en que nos encontráramos para poner en marcha la transición en el liderazgo.

Intenté, una vez más, convencer a Kevin de que abandonara la idea de que yo asumiera el papel de organizador local. Usé diferentes tácticas. Intenté el numerito de la humildad, argumentando que yo no era merecedor de tal honor, y presenté mi trabajo como un impedimento, pero su respuesta fue que esto podría resolverse. Entonces sugerí a otros más idóneos para el puesto, algo que descartó tajantemente. Ken rechazaba cada argumento, cada excusa que yo le daba para evitar convertirme en el líder del Ku Klux Klan de Colorado Springs. Acabé nuestra conversación diciendo que le volvería a llamar en un par de días para fijar una reunión, a fin de completar la transición en el liderazgo.

Notifiqué inmediatamente estas novedades al sargento Trapp, y él sugirió

que lo discutiéramos con el jefe de policía.

Cuando nos reunimos con el jefe, yo presenté un resumen del conjunto de la investigación: (1) la valiosa información que se había logrado reunir sobre dos de nuestros grupos de odio más radicales (el Klan y el Posse Comitatus); (2) el descubrimiento de su infiltración en nuestras instalaciones militares (el Ejército de los Estados Unidos y la Fuerza Aérea o Norad); (3) la prevención de que viniesen a Colorado Springs grupos militantes negros (el Partido de los Panteras Negras y los Musulmanes Negros) y, con ello, haber impedido que su veneno verbal se mezclase con el del Klan, lo que hubiera afectado negativamente a la dinámica social de nuestra comunidad; (4) la prevención, al menos en dos ocasiones, de actos terroristas como la quema de cruces del Klan; y (5) el impacto nacional que estábamos teniendo desde el punto de vista de la inteligencia recopilada, que estaba demostrando ser útil a las agencias de policía y a las entidades privadas (por ejemplo, la ADL o Liga Antidifamación) en todo el país.

A continuación, informé al jefe de mi anterior conversación con Ken y su obstinada insistencia en que yo asumiera el liderazgo del capítulo local del Klan. Presioné al jefe a favor de la idea de aceptar la oferta de Ken porque: (1) nosotros, el departamento, podríamos, trabajando en contacto permanente con la oficina del fiscal del distrito, resolver cualquier tema potencial de inducción al delito que pudiera surgir; y (2) la ventana de oportunidad que se nos presentaba para recopilar información sobre el Klan y, por extensión, sobre otros miembros del movimiento de los grupos de odio en Colorado — desde una posición de liderazgo— constituía una oportunidad única, que se presenta una sola vez en la vida, que debíamos aprovechar mientras pudiéramos.

El sargento Trapp escuchó mis argumentos, estaba a favor de seguir con la investigación y apoyó plenamente mis posiciones.

El jefe, sin embargo, no se plegó a la lógica de mi razonamiento y, de hecho, ni siquiera quiso discutir el asunto.

Su posición fue que yo debía clausurar inmediatamente la investigación. Se me ordenó interrumpir cualquier contacto con Ken y no volver a tener ningún encuentro cara a cara con ninguno de los miembros del Klan. Al sargento Trapp se le ordenó anular la línea encubierta a fin de que no pudieran llegarme más llamadas de Ken, y yo no debía responder a ninguna

carta que pudiera ser enviada por el Klan a nuestro apartado de correos. El jefe dejó claro que quería que el «Ron Stallworth hombre del Klan» desapareciera por completo.

Me han preguntado a menudo por qué el jefe quería que la investigación no solo se interrumpiese, sino que también fuese expurgada de los archivos. No puedo dar una respuesta exacta, porque no sé lo que había en su corazón y en su mente, pero él estaba a cargo de las relaciones públicas del departamento.

Creo que temía que si se corría la voz de que oficiales del Departamento de Policía de Colorado Springs eran «hombres del Klan» juramentados, se enfrentaría a una desastrosa crisis de relaciones públicas.

Lo nuestro era una investigación de inteligencia, no una investigación criminal, y no debía, por tanto, culminar con acusaciones.

Le pregunté al jefe por qué quería adoptar este enfoque. Nos explicó que no quería nada que indicara que un «Ron Stallworth hombre del Klan» había siquiera existido, algo que también afectaba al detective Jim Rose. Para ello, el jefe me dijo que destruyera todas las evidencias existentes que mostraran que el Departamento de Policía de Colorado Springs había estado llevando a cabo una operación de infiltración en el Ku Klux Klan. No quería que el público supiera jamás que el Departamento de Policía de Colorado Springs tenía agentes encubiertos que eran miembros del Klan.

Argumenté con vehemencia contra la lógica del jefe, con el sargento Trapp golpeando varias veces mi rodilla (algo que el jefe no podía ver) intentando calmarme. Expliqué que todo lo que yo —nosotros— habíamos hecho estaba dentro de los límites morales, éticos y legales fijados por las leyes, así como dentro de las directrices fijadas por las normas del departamento. También le recordé al jefe que todo se había hecho con el conocimiento y la autorización del sargento Trapp. Argumenté que adoptar las medidas planteadas por el jefe implicaba que nosotros, en la Unidad de Inteligencia, habíamos hecho algo inapropiado cuando, en realidad, no era así.

Como he dicho antes, el jefe, que había sido el teniente a cargo de la sección de Relaciones Públicas del departamento de policía antes de ser ascendido de rango, daba mucha importancia a la imagen pública del departamento y a la suya propia. Creía que sería muy perjudicial para esa

imagen si los ciudadanos de Colorado Springs llegaban a conocer la implicación de su departamento con el Ku Klux Klan, con independencia de si esa implicación contaba o no con respaldo oficial. Fue categórico en que quería que fuese destruida *toda* evidencia de nuestra implicación con el Klan, incluyendo *todos* los informes que habían sido elaborados por los agentes implicados.

A mi pesar, acepté las instrucciones del jefe y regresé enfurecido a mi oficina junto con el sargento Trapp, murmurando todas las palabrotas de mi vocabulario e inventando unas cuantas nuevas por el camino. Su expresión más definitiva sobre las instrucciones del jefe fue: «Hijo de puta, esto no es justo». Casi un año de duro trabajo innovador y muy valioso estaba a punto de ir a la basura por culpa de la cobardía del jefe ante una «posible» reacción pública si se descubría lo que habíamos estado haciendo. Desde mi punto de vista, sobre la base de la respuesta de la ciudadanía, protestando contra la presencia del Klan, creía que si se llegaba a saber lo que el departamento de policía había estado haciendo en la sombra, y cómo habíamos puesto en ridículo al Klan durante todos esos meses, les habría encantado, habrían aplaudido nuestra iniciativa y se habría convertido en un caso de éxito de relaciones públicas para el departamento.

En presencia del sargento Trapp, comencé a destruir lentamente un informe por aquí, un informe por allá (ninguno demasiado importante). Mientras estaba realizando esta tarea, sonó varias veces el teléfono de la línea encubierta. Como se me había ordenado no volver a tener contacto con Ken, no me molesté en responder a las llamadas (en aquella época no se podía ver el número de quien llamaba, por lo que no tenía idea de quién podía estar llamando). Cuando el sargento Trapp se marchó de la oficina por un buen rato, cogí el archivo de la investigación y otros artículos acumulados en el curso de nuestras investigaciones, me los metí bajo el brazo, salí de la oficina, subí a mi coche y conduje hasta mi casa. Durante estos últimos treinta y cinco años, he guardado esos archivos, que me han acompañado siempre en mis viajes, y se han convertido en el fundamento sobre el que se ha escrito este libro.

¿Cómo podría explicar mi actuación? El jefe me ordenó «destruir» *toda* evidencia de la investigación que señalase la implicación del Departamento de Policía de Colorado Springs. Pero no me dijo «cómo» destruir esas

evidencias. Al llevármelas a casa, todo rastro de la implicación del Departamento de Policía de Colorado Springs fue retirado de los archivos del departamento, tal y como quería el jefe.

¿Mentí en algún momento sobre lo que hice? No, porque nunca nadie me preguntó si había destruido las evidencias, como el jefe había ordenado, por lo que nunca me encontré en la tesitura de tener que decidir cómo responder a esa pregunta.

Si mis actuaciones hubieran llegado a conocimiento del sargento Trapp o de alguno de mis compañeros, se habrían visto obligados a denunciarme a Asuntos Internos para ser investigado por una violación de las normas —llevarme ficheros oficiales de la policía sin la correspondiente autorización y desobedeciendo una orden directa del jefe de policía—. Las consecuencias de mi deliberada indiscreción podrían haber llevado a una suspensión o a mi despido. Así que... ¿por qué puse en peligro mi carrera?

Era consciente de que esta investigación era singular. Entendía que este tipo de investigación, con este peculiar elenco de personajes, nunca antes se había producido, al menos que yo supiera, y nadie en su sano juicio me creería si le contara la historia.

El archivo de la investigación, con objetos de recuerdo del Klan, muchos de los cuales se muestran en las fotografías que contiene este libro, era la única evidencia física de la importancia de mi actuación singular e innovadora, y yo quería tener un registro de esa actuación, algo diferente de los recuerdos transmitidos boca a boca, que se diluyen con el tiempo y, en el caso de mis compañeros policías, el alcohol.

La fase activa de mi investigación sobre el Ku Klux Klan quedaba «oficialmente» clausurada. Yo estaba orgulloso de mi departamento, y de mí mismo como estadounidense negro, por el hecho de que durante toda esta investigación no se quemó una sola cruz ni en los límites de la ciudad ni en las zonas adyacentes a Colorado Springs. El «Ron Stallworth hombre del Klan» desapareció de la escena, sin que ningún miembro del capítulo de Colorado Springs volviera a saber de él. También se acabaron mis llamadas a David Duke. Mi investigación sobre el Ku Klux Klan había finalizado.

¿Y aquel teléfono que sonaba la noche en que estaba guardando los ficheros? Esa misma noche se celebraba una recolecta de fondos a beneficio de David Scott Lee, el asesino negro de quince años que había matado a un

hombre blanco inocente, en Bell's Nightingale, el club nocturno propiedad de negros que había acogido a Stokely Carmichael durante mi primera misión encubierta, en 1975. Esa misma noche, algo más tarde, ardió una cruz frente al club. ¿Serían aquellas llamadas intentos de Ken de hablar conmigo sobre los planes para quemar la cruz esa noche? Nunca lo sabré.

Nadie reivindicó la quema de aquella cruz.

EPÍLOGO

Después del cierre oficial de la investigación en abril de 1979, seguí recibiendo informes de inteligencia relativos a las actividades del KKK. Algunos eran veraces, y yo los investigaba hasta donde podía, siempre con la preocupación de que apareciera mi nombre como «hombre del Klan» y con la consciencia de que mi jefe me había ordenado «desaparecer». Otras informaciones que me llegaban procedían de tipos como el agente Ed, que querían ser reconocidos como participantes de importancia en la investigación y así poder aspirar a ser transferidos a la Unidad de Inteligencia. En este sentido, el caso más flagrante seguía siendo el del agente Ed. Algunas de las informaciones que me pasaba eran tan claramente inútiles que me negaba a incluirlas en el nuevo archivo que abrí después de verme privado del original. Sus esfuerzos por insertarse en la investigación y obtener el favor del sargento Trapp no le sirvieron de nada durante el resto de mi servicio dentro del Departamento de Policía de Colorado Springs. No volví a recibir informaciones sobre más quemas de cruces, y tampoco recibí noticias de los miembros del PLP ni de los representantes de la sopa de letras de grupos de protesta anti-Klan en Colorado Springs.

Mi papel de agente encubierto de Narcóticos continuó una vez concluida la investigación del KKK. El teniente Arthur fue ascendido a capitán, lo que acabaría creando un obstáculo añadido al que tendría que enfrentarme. Decidí que mi destino al servicio de la ley sería más viable en otra agencia, donde Arthur no pudiera interferir con mis aspiraciones profesionales, así que me marché.

Pasé un año en misión especial para la Fuerza de Choque contra el Crimen Organizado del Fiscal General de Colorado, pero aquello no duró mucho. Empecé a buscar nuevos y más verdes pastos. Tras un periodo de dos

años (de 1980 a 1982) en Phoenix como investigador para el Distrito de Control de Estupefacientes de Arizona y Agencia de Sistemas de Inteligencia Criminal de Arizona, conseguí un puesto como agente encubierto de Narcóticos con la División de Investigación Criminal del Fiscal General de Wyoming. Tras cuatro años (de 1982 a 1986) siendo el único policía negro en el mar de población blanca de Wyoming, fui propuesto y, finalmente, contratado como agente de Narcóticos por la Oficina de Control de Narcóticos y Alcohol del Departamento de Seguridad Pública de Utah. Fue en Utah donde logré un importante hito en mi carrera dentro de las fuerzas de la ley.

Una gran cantidad de *crack* procedente de Los Ángeles estaba siendo vendida por miembros de las bandas callejeras Crip y Blood en Salt Lake City. Investigué el caso y elaboré un informe donde diseñaba una respuesta estratégica a su presencia. Aquel informe condujo a la creación del Proyecto de Vigilancia de Bandas del Área de Salt Lake (Unidad de Bandas Metropolitana), la primera unidad multijurisdiccional de desarticulación y supresión de bandas del estado. Mi informe dio pie a la creación de otras iniciativas antibandas similares en Utah. El Proyecto de Vigilancia de Bandas del Área de Salt Lake lleva, actualmente, veintisiete años en funcionamiento.

A comienzos de los noventa investigué y escribí numerosos informes, libros y artículos para revistas sobre la correlación entre el llamado rap *gangsta* y la cultura de las bandas callejeras. Me convertí en un conferenciante reconocido a nivel nacional sobre este tema —llegué a testificar frente al Congreso en tres ocasiones— y mis compañeros me aclamaron como la «mayor autoridad sobre el tema dentro de las fuerzas del orden».

Teniendo en cuenta que entré en las fuerzas del orden para tener la oportunidad de llegar a ser profesor de educación física de secundaria, alcancé un nivel de éxito que jamás habría imaginado cuando me entrevistaron para el puesto de cadete a mis diecinueve años, en 1972. En este tiempo, he recibido una distinción oficial del Departamento de Policía de Colorado Springs y de la Fuerza de Choque contra el Crimen Organizado en reconocimiento a mi trabajo encubierto. La Administración de Control de Estupefacientes y la Oficina de Alcohol, Tabaco, Armas de fuego y Explosivos me dieron certificados de distinción por mi labor educando a sus

agentes especiales sobre los entresijos de la cultura de las bandas callejeras. El Centro Nacional de Investigación de Bandas Criminales me concedió su Premio Frederic Milton Thrasher a la Trayectoria Extraordinaria en Liderazgo Nacional en reconocimiento a mi labor de identificar la correlación entre la música rap *gangsta* y la cultura de las bandas callejeras. Además, el Departamento de Seguridad Pública de Utah me concedió en dos ocasiones su Premio a la Distinción en el Servicio. Actualmente vivo con mi mujer en El Paso (Texas).

Chuck, mi *alter ego* blanco, tuvo una trayectoria profesional brillante en el Departamento de Policía de Colorado Springs y se retiró como sargento. Jimmy Rose, en cambio, tomó un camino distinto dentro de las fuerzas del orden. Unos tres años después de que yo abandonara el departamento, Jimmy tomó también la decisión de marcharse y ampliar su potencial como investigador. Se unió a la Administración de Control de Estupefacientes como agente especial y llegó a ser supervisor. Actualmente está retirado y vive fuera del país.

En cuanto a Chuck Howarth, el líder del Posse Comitatus, su trayectoria posterior al final de mi investigación y a mi salida del departamento de policía fue bastante pintoresca. En mayo de 1982, dos años después de mi marcha del departamento, tuve noticia de una investigación interagencias en la que estuvo implicado el Departamento de Policía de Colorado Springs y que culminó con el arresto de diez personas por, presuntamente, vender dinamita, detonadores, temporizadores, mechas detonantes y armas automáticas. Entre los arrestados se encontraba Chuck Howarth. Cuando se ejecutó una orden de búsqueda en su negocio, los investigadores encontraron uniformes y propaganda del KKK.

Un portavoz de la Policía de Denver le contó a un reportero de prensa que Howarth era, aparentemente, el líder de los Klanes Unidos de América y, según admitió, ostentaba el título de «Cíclope Elevado». ¿Podríamos haber previsto este nuevo giro y parado los pies a Howarth si me hubieran permitido continuar con mi investigación? Desafortunadamente, nunca sabremos la respuesta. Al final lo sentenciaron a dos años de prisión por tenencia ilegal de explosivos y dispositivos incendiarios. Ahora está muerto.

El Departamento de Policía de Colorado Springs ha hecho grandes avances desde aquel día de noviembre de 1972 en que me preguntaron si

podía hacer como Jackie Robinson y no responder a las provocaciones de los agentes blancos que trataran de menospreciarme. Este departamento ha mejorado mucho desde que abrazó la diversidad. Estoy orgulloso de decir que he llevado el uniforme y la placa del Departamento de Policía de Colorado Springs.

Tras los acontecimientos de la investigación, el Departamento de Policía de Colorado Springs se mostró más abierto a aceptar a agentes negros entre sus filas. Tres meses después de mi ingreso como cadete, contrataron a un negro como técnico de identificación, seguido, dos meses después, de otros cuatro agentes negros. Uno de ellos, Robert Sapp, se convirtió en el primer sargento negro en la historia del departamento. Aproximadamente un año después de mi ingreso, el departamento contrató a su primera cadete femenina. Más tarde ingresó en las filas de los agentes policiales, pero no fue la primera mujer en conseguirlo.

El número de oficiales negros del Departamento de Policía de Colorado Springs fue creciendo exponencialmente mientras yo trabajaba allí. Uno de ellos, Fletcher Howard, fue ascendido a comandante, el tercer rango en importancia dentro del departamento, en 2008. Se retiró en 2016, tras treinta y ocho años de servicio. Un artículo del *Gazette* sobre la inclusión de minorías en el Departamento de Policía de Colorado Springs, publicado el 28 de marzo de 2016, citaba la siguiente estadística de oficiales negros en nómina:

- 1 - Teniente (mujer)
- 4 - Sargentos
- 25 - Agentes

Ya no es necesario ser como Jackie Robinson.

A menudo, aquellos que conocen mi historia me preguntan si hay algún paralelismo entre nuestra época actual y la investigación encubierta que llevé a cabo hace cuarenta años. Mi respuesta es siempre la misma: ¡un sonoro e inequívoco «sí»!

La retórica violenta, intolerante y cargada de odio de supremacistas blancos como David Duke, Fred Wilkens y Ken O'dell era una continuación natural del largo arco generacional del Ku Klux Klan que arrancó en el momento de su fundación, inmediatamente después de la guerra civil. En el

clima político de hoy seguimos viendo y escuchando ecos de esa misma retórica y objetivos. En agosto de 2017, en Charlottesville (Virginia) un grupo de nacionalistas blancos se juntaron para un acto de Unamos a la Derecha. David Duke estuvo allí, y un manifestante fue asesinado cuando un supremacista blanco de la derecha alternativa lanzó su coche contra la multitud. Fue una tragedia, y su paralelismo directo con mis propias experiencias con el Klan y David Duke en los setenta resulta evidente.

Ken O'dell me mencionó en una ocasión que el Klan iba a montar su propia patrulla fronteriza para vigilar a los «espaldas mojadas» que cruzaban la frontera del río Grande hacia El Paso (Texas). Me dijo que el Klan se armaría con rifles con mira telescópica y dispararía a los «espaldas mojadas» que trataran de entrar en los Estados Unidos. Comparad las palabras de O'dell con la afirmación que el Gran Mago del Klan, David Duke, publicó en 1977 en el periódico del grupo, *The Crusader*: «Creemos firmemente que los blancos se están convirtiendo en ciudadanos de segunda clase en nuestro país [...]. Cuando pienso en los Estados Unidos, pienso en un país blanco». Duke continuaba explicando que un millar de miembros del Klan patrullarían las carreteras secundarias y los pasos fronterizos durante la noche para detectar a los «inmigrantes ilegales» mexicanos que entraban en los Estados Unidos a través de la frontera de San Ysidro (California). Estos sentimientos y estas ideas son similares al mantra que Donald Trump repetía durante su campaña para la presidencia sobre la construcción de «un gran muro que proteja toda la frontera con México y no deje entrar a sus violadores y a sus traficantes de drogas».

Las políticas nacionalistas blancas y nativistas que vemos hoy fueron imaginadas y puestas en práctica primero por David Duke, durante el auge de su mandato como Gran Mago, en la época de mi investigación encubierta del Klan. Aquel odio no ha desaparecido, sino que se ha visto reforzado en los más oscuros rincones de internet, en los *trolls* de Twitter, en las publicaciones de la derecha alternativa y en nuestro presidente nativista, Trump.

A pesar de que el Partido Republicano del siglo xix, siendo el partido de Lincoln, se opuso al ascenso del Ku Klux Klan y al dominio de los supremacistas blancos en lo relativo a los recién liberados esclavos negros de los Estados Unidos, opino que el Partido Republicano del siglo xxi tiene una

conexión simbiótica con grupos nacionalistas blancos como el Klan, los neonazis, los *skinheads*, las milicias y el pensamiento supremacista blanco de la derecha alternativa. Pudimos ver los primeros signos de ello durante la presidencia de Lyndon Johnson, con la salida de los Demócratas del Sur (*Dixiecrats*) hacia el Partido Republicano en protesta por su agenda sobre los derechos civiles. Los republicanos iniciaron una espiral descendiente hacia la extrema derecha, abrazando todo aquello que es aborrecible para los no blancos.

David Duke se presentó en dos ocasiones a cargos públicos en Luisiana como demócrata y perdió. Cuando cambió su afiliación a republicano, pues su ideología y su pensamiento racial estaban más cerca del GOP (Partido Republicano) que de los demócratas, y volvió a presentarse a la Cámara de Representantes de Luisiana, los votantes conservadores de su distrito le recompensaron con una victoria. En cada caso, su posición sobre estos temas permaneció inalterada: supremacista blanco, respaldo nacionalista de una retórica etnocéntrica y populismo nativista. Quienes cambiaron fueron los votantes. Los demócratas rechazaron las políticas de Duke, mientras que los republicanos le apoyaron. En cuanto a las acciones de protesta del Partido Laborista Progresista contra Duke y el Ku Klux Klan, estas también tienen un vínculo histórico con las actuales protestas del llamado Antifa (antifascistas, comunistas radicales, socialistas y anarquistas). El PLP, como Antifa, estaba dedicado a combatir a la extrema derecha radical. Al igual que el movimiento antifa, el PLP rechazaba la autoridad del Gobierno y de la policía para controlar a la extrema derecha. Ambos creen que el Gobierno, en particular la policía, ayuda y alienta a grupos extremistas de derecha como el Ku Klux Klan y no se puede confiar en que actúen en pro de los ciudadanos, ya que siguen las normas establecidas en la Constitución de los Estados Unidos. Por ello, tanto el PLP como Antifa creen que lo adecuado es la confrontación agresiva y, si es necesario, física, sin importar las consecuencias. Nuestra historia se halla siempre en nuestro presente. Yo sé que, a pesar de los distintos logros obtenidos en mi carrera, lo que siempre despertará la atención y el interés es mi investigación sobre el Ku Klux Klan y la forma en que logré engañar al Gran Mago, David Duke, y a su camarilla de seguidores. Esto me ha marcado hasta niveles difíciles de imaginar y ha fascinado siempre a quienes escuchan esta historia.

Agradecimientos

Al señor Elroy Bode, mi profesor de lengua inglesa de segundo año en el Instituto Austin de El Paso, en Texas (1969). Autor publicado y premiado, el señor Bode accedió gentilmente a «traerme de nuevo a clase» y editar mi manuscrito.

Nuestros caminos se cruzaron de nuevo cuando volví a vivir en El Paso en 2016, después de cuarenta y cuatro años de ausencia. Era mi profesor, se convirtió en mi amigo y pronto asumió el rol de mentor. Yo apreciaba mucho nuestras conversaciones. Me hacía sentir como si hubiera vuelto a la escuela, empapándome de la sabiduría que había acumulado a lo largo de tantos años, especialmente en relación con el arte de la escritura (fue él quien me convenció de que tenía talento para ello). Siempre salía de aquellos encuentros preciosos con un brillo cálido en el corazón y lleno de pensamientos profundos sobre los que reflexionar. Mi alma se veía siempre enriquecida ante el honor y el privilegio de compartir un breve fragmento de vida con él.

El señor Bode, tristemente, falleció el 10 de septiembre de 2017. Gracias, señor Bode (y a su viuda, Phoebe), por permitirme compartir estos momentos «especiales» con usted. Gracias por su amabilidad, su tiempo y su paciencia conmigo. Usted fue y siempre será mi «profesor».

A mi esposa, Patsy Terrazas-Stallworth, le mando un «gracias» repleto de amor. Tras la pérdida de mi primera esposa a manos del cáncer en 2004, atravesé un periodo de gran inestabilidad emocional. Y el 10 de diciembre de 2010, Patsy regresó a mi vida.

Patsy y yo nos graduamos en el mismo instituto en 1971, y los dos habíamos tenido al señor Bode de profesor de lengua inglesa de segundo año, aunque estábamos en clases diferentes. Otra experiencia que teníamos en común era que también su marido había muerto de cáncer unos meses atrás. Ella vivía en El Paso y yo en Utah, y aquel día de diciembre nos pasamos más de tres horas hablando por teléfono. Desde entonces, seguimos conversando cada día, a veces por más de cinco horas, hasta el día de nuestra

boda, el 26 de mayo de 2017. Suyos fueron los primeros ojos en leer mi manuscrito, y me ofreció comentarios a los que yo solía prestar atención. Ella ha sido mi roca firme, mi mayor apoyo y, como siempre, mi «dulce niña».

A mi agente de negocios, Andy Francis, le transmito un saludo muy especial. Nada de esto habría sido posible sin tu fe en mí y tu apoyo.

Gracias a Joel Gotler y Murray Weiss de Intellectual Property Group, mi agencia literaria.

A James Melia, mi editor en Flatiron Books. Ha sido un placer trabajar contigo en este proyecto. Gracias por tu paciencia.

Un agradecimiento especial a Pete Bollinger por creer en mi historia desde que la escuchó por primera vez y por sentir que merecía una audiencia mayor.

Le estaré siempre agradecido a Shaun Redick, Sean McCittrick y Ray Mansfield, de QC Entertainment, por creer que mi historia merecía ser llevada a la gran pantalla y por poner en marcha esa empresa.

Por último, pero no en importancia, gracias a Jordan Peele y Spike Lee, quienes escucharon mi historia y decidieron convertirla en un proyecto creativo. Siempre estaré en deuda con vosotros.

En este libro me he valido de mis propios recuerdos para relatar mi investigación del Klan y mis experiencias como joven agente de policía en Colorado Springs. También me he ayudado en el proceso de escritura, como material de investigación, de otros libros que me gustaría citar aquí: *Autobiografía de Malcolm X*, de Malcolm X y Alex Haley; *Criminal Justice in Action*, de Larry Gaines y Roger LeRoy Miller; *Ku Klux Klan: A History of Racism and Violence*, del Centro Legal para la Pobreza Sureña; *Days of Rage*, de Bryan Burrough; y *Hooded Empire: The Ku Klux Klan in Colorado*, de Robert Alan Goldberg.

INFILTRADO EN EL KKKLAN



En 1978, cuando Ron Stallworth —el primer detective negro en la historia del Departamento de Policía de Colorado Springs— encontró un anuncio clasificado en el periódico local pidiendo a todos los interesados en unirse al Ku Klux Klan que se pusieran en contacto a través de un apartado de correos, hizo su trabajo y respondió con interés, usando su nombre real, pero haciéndose pasar por un hombre blanco. Imaginaba que recibiría algunos folletos y revistas por correo, y aprendería así un poco más sobre una creciente amenaza terrorista en su comunidad. Pero unas semanas más tarde

sonó el teléfono, y la persona al otro lado le preguntó si le gustaría unirse a la causa supremacista. Stallworth contestó afirmativamente, arrancando así una de las investigaciones encubiertas más audaces e increíbles de la historia. Reclutó a su compañero Chuck para interpretar al Stallworth «blanco», mientras él mismo dirigía las conversaciones telefónicas posteriores. Durante la investigación, Stallworth sabotó quemas de cruces, expuso a los supremacistas blancos del Ejército e incluso se hizo amigo del mismísimo David Duke. Su increíble historia es el retrato abrasador de unos Estados Unidos divididos y de los extraordinarios héroes que se atrevieron a defender sus derechos.

La historia real que inspiró la nueva película de Spike Lee.

RON STALLWORTH

El Paso (EE.UU.), 1953

Policía veterano, con treinta y dos años de servicio y condecorado con las más altas distinciones, que trabajó como agente encubierto en los departamentos de narcóticos, vicio, inteligencia criminal y crimen organizado en cuatro estados. Como el primer hombre negro en el Departamento de Policía de Colorado Springs, tuvo que superar una feroz hostilidad racial para desarrollar su larga y distinguida carrera policial. Después de cerrarse su investigación sobre el Klan, Stallworth lo mantuvo todo en secreto. Pasó a trabajar para el Departamento de Seguridad Pública de Utah como investigador durante casi veinte años y se retiró en 2005. En enero de 2006, concedió una entrevista al Deseret News de Salt Lake City en la que relató por fin los detalles de su brillante infiltración e investigación. Esta ayudó a destapar las relaciones del Ku Klux Klan con el Gobierno de Colorado y también cómo varios miembros de este grupo racista trabajaban en el Ejército o incluso en organizaciones militares tan importantes como el Norad, con acceso, por ejemplo, a misiles nucleares. Muchos de ellos fueron reasignados tras conocerse su filiación al Klan. En 2014, Stallworth publicó el libro *Infiltrado en el KKKlan*, sobre sus experiencias en la investigación del KKK. El libro ha sido llevado al cine y la película ha ganado, de momento, el Gran Premio del Jurado del Festival de Cannes de 2018. Se estrenará a nivel mundial en noviembre de 2018.

NOTAS

[1] En el original, el autor utiliza el término peyorativo *nigger*, que aquí traduciremos como *negrata*. (*Todas las notas de la presente edición pertenecen a los traductores*).

[2] En el original, el autor utiliza los términos peyorativos *niggers* (negratas), *spics* (sudacas) y *chinks* (amarillos).

[3] Nacido en Georgia en 1919, Jack Roosevelt Robinson ocupa un lugar muy destacado en la historia del béisbol. En 1947 se convirtió en el primer jugador negro en incorporarse a las Grandes Ligas, siendo proclamado, ese mismo año, «novato del año».

[4] Crítico con los métodos pacifistas de Luther King y partidario de responder de forma directa a la opresión o a la violencia policial, el Partido de los Panteras Negras (Black Panther Party) fue uno de los grupos más importantes del movimiento afroamericano por los derechos civiles. Aunque el gesto con el puño cerrado en alto no es exclusivo de los Panteras Negras, se asocia en gran medida con esta organización. La imagen de dos atletas negros con este gesto, puño en alto, en el podio de los Juegos Olímpicos de 1968 proyectó mundialmente esta simbología de la protesta negra. J. Edgar Hoover, director del FBI, calificó a los Panteras Negras como «la mayor amenaza a la seguridad de nuestro país».

[5] «Las vidas de los negros importan». Se refiere al movimiento social surgido en la presente década para protestar ante los hechos de violencia policial contra afroamericanos y frente a la discriminación sociolaboral.

[6] «Massa» es la transcripción del modo de pronunciar *master*.

[7] Término coloquial actual (*white niggers*), que podría traducirse como

«negratos blancos».

[8] *Jive* en el original. Se refiere al argot popular afroamericano.

[9] *Den* en el original, que el autor utiliza en ocasiones para referirse a los capítulos del Klan.

[10] El Ejército Simbiótico de Liberación fue un grupúsculo violento basado en California, activo entre 1973 y 1975. Ganó gran notoriedad con el secuestro, en 1974, de Patricia Hearst, nieta del magnate de prensa William Randolph Hearst, y alcanzó un enorme impacto mundial cuando la víctima se unió al grupo de sus secuestradores, adoptando el nombre de Tania (por la compañera del Che Guevara) y participando en diversas acciones violentas. La fotografía de Tania empuñando un AK-47 se convirtió en la imagen del año en todo el mundo.

[11] El autor juega en este título con el doble significado del término: uno, enraizado en la cultura popular, en particular del *western*, que se usa para designar al grupo de hombres armados que, bajo la autoridad del *sheriff*, salían a capturar forajidos (o a matar indios); otro, estrechamente relacionado con la idea anterior, a la organización extremista y violenta Posse Comitatus, que aparece en este capítulo como actor relevante y cuya filosofía nos cuenta el autor. Creada en 1960, adoptó como denominación el título de la vigente Posse Comitatus Act (1878), que limita los poderes del Gobierno federal, prohibiendo el uso de las fuerzas de carácter militar (Fuerzas Armadas y Guardia Nacional) como fuerzas de orden público dentro del territorio nacional, salvo autorización del Congreso.

[12] El sobrevivencialismo, survivalismo o preparacionismo es una corriente de pensamiento no estructurada y difícil de clasificar que, con carácter general, defiende la necesidad de prepararse para el Armagedón, que podría llegar bajo muy diversas manifestaciones, desde una guerra nuclear, una hambruna, un choque racial de grandes dimensiones, plagas, crisis energéticas o, ¿por qué no?, un ataque zombi. Entre la panoplia de medidas ante alguna de estas eventualidades, las recomendaciones van desde tener un arma (y saber usarla) al almacenamiento de agua y alimentos, construir refugios o contar con generadores eléctricos.

[13] Mantenemos el término *are* (segunda persona del singular y del plural del verbo *ser* y *estar*, cuya pronunciación es igual a la de la letra *r* en inglés).

[14] Referencia a la letra de *Strange fruit*, el clásico de la cantante afroamericana Billie Holiday.

[15] En el original: «*Klan, Klan, Klan, scum of the Land / Duke, Duke, Duke the Puke*».

[16] Letra del himno *We Shall Overcome*, que puede traducirse por: «Venceremos, venceremos, venceremos algún día. / En lo profundo de mi corazón / yo creo en que venceremos algún día».